VÍCTOR A. FERRARI
(Uruguayo)

VISIONES Y VIOLETAS ROMANAS

(NOVELA)



MONTEVIDEO
EDITORIAL RENACIMIENTO
1928





Visiones y violetas romanas

(Novela)

COLECCIÓN

VÍCTOR A. FERRARI

OBRAS PUBLICADAS:

El Camino Doloroso (traducción del italiano, publicada en folletín en « La Tribuna Popular » de Montevideo).

OBRAS EN PREPARACIÓN:

Siempre contra Artigas.

Influencia de la cultura española en la civilización colonial.

Memorias de un viaje de guerra a Italia.

La Jurisdicción de las aguas del Río de la Plata.

Colección de artículos sobre una Campaña Fascista en el Uruguay.

El poder de los millones (adaptable a la pantalla).

La patria genovesa de Colón.

VÍCTOR A. FERRARI

(Uruguayo)

Visiones y violetas romanas

(Novela)

MONTEVIDEO
EDITORIAL RENACIMIENTO
1928

¡ TIVOLI !

(De un reciente discurso).

« Io amo questa vostra Tivoli, ricca di acqua e di luce, che sono le figlie dell'aurora; le voglio bene per lo scroscio dolcissimo delle mille fontane tra i secolari cipressi de Villa d'Este, per le Cascate possenti ardenti nella gloria del sole, come una selva di scudi e di lance. Ma piú l'amo per il vostro cuore umile e grande, unico astro che risplende ancora ed io vi ringrazio e vi benedico e le benedizioni di Dio discendano sul vostro capo e su quelli dei vostri figli ».

Carlos del Croix
Ciego y gran mutilado de guerra.
Actual diputado al Parlamento de Italia.



OFRENDA Y ACLARACIÓN

A mi querida esposa Emma Helena:

He querido, — como ofrenda infinita de amor sincero, — aclarar ante tus ojos este primer y pobre libro de mi propia cosecha personal. en la tan mentada lengua de nuestro nacimiento y educación: la de Cervantes, aunque con sangre en las venas. — este tu esposo. — proveniente de la antigua y luminosa estirpe romana, que en milenarios tiempos fuera dulce dominadora del mundo.

Al hacerlo así, no sé si estarán mal trazadas o no, estas líneas; pero si realmente fuera lo primero. te participo. que no tengo la pretensión de que sea leído como si fuera una gran obra. Jamás fué mi intención, ni remotamente, que su fie' y real contenido, — aunque es parte inherente a mi propia fantasía, posiblemente con mucho de mí mismo. — serte infiel, tanto en mis épocas de novio, como en mi tiempo de casado que llevo contigo, en que, a Dios gracias, en casi cinco años transcurridos. cada día aumenta más el cariño mutuo de nuestra feliz unión. después de once años de noviazgo ideal. ¡Tú, muy bien que lo sabes todo ésto!

Y si leyendo estas páginas te asaltara por acaso la duda

terrible de alguna posible traición en mi época de noviazgo formal, permitidme para salvar mi alma del pretendido amago de pecado, en honor al arte y a la nobleza del hecho que encierra la trama de esta simple historia, sucedida en los muros de la Imperial Ciudad de los más estupendos Césares del mundo. en plena guerra mundial 1914 - 18, no pudiendo ahogar por más tiempo en el misterio del ser que lo engendró, una página literaria vivida en parte. de alto vuelo artístico, que a pesar de ser un honor para mí, su fiel relato, creo que su versión en letras de molde en nuestro ambiente, enaltece a la propia patria que me vió nacer.

Esta historia, que ni de amor se podría tildar, porque en verdad, no dió lugar a tal título, sino que, a una simple sensación de gloria frente a la belleza de la Mujer y del Arte, está encuadrada dentro de los límites de la más perfecta moral social y cristiana; y, sino hubiera sido tal, creedme, — amada esposa, — que me hubiera avergonzado hoy y siempre de darla a luz, porque sobre mí recaería todo el peso de su pecado. Todo ello encaja muy bien en aquel pensamiento soberbio de la eximia e inmortal María Eugenia Vaz Ferreira, cuando en el pórtico de un celebrado libro suyo, dijera:

« ... Y el oro es perfumado porque el soplo humano y per-
» sonal que le animó, soplo de un alto espíritu, le ungió
» también con la gracia perfecta de arte y en el vaivén ilimi-
» tado y curioso de su excelsa vía, nunca turbó la propia
» guía espiritual, ni el surtidor de la emoción interna. ni se
» dejó jamás perder la pureza clásica y melodiosa del estilo».

La sorpresa que pueda causar en ti y en los que me lean la tendencia de este libro mío, emanado escuetamente de una mentalidad netamente de educación rioplatense y con pocas luces, concebido su argumento, nada menos. que en medio de las catacumbas y anfiteatros de la Roma Eterna de un Sila

o de un Nerón, estriba mayormente, en la pretensión quizás, demasiado exagerada, de hacer conocer al mundo nuestro, que los sudamericanos, no viven tan sólo circunscritos a una estrecha esfera de acción, demostrando por este medio, a la medida de sus pocas fuerzas intelectuales, que por más modestos que seamos siempre en el consorcio de nuestras circunstancias educativas y culturales, muy bien nos podemos descubrir sabiamente ante seres animados e inanimados, ante los estupendos vestigios de milenarios tiempos de grandezas sin límites, en Atenas, en Roma, en Egipto, en Palmira... sin ser seducidos, en absoluto, por falsos espejismos de los que en el presente desean alterar la verdadera historia de los tiempos idos, — como sus enseñanzas morales y materiales de a puño, — en el pasado y en el porvenir.

Este y no otro, — es esposa mía, — el motivo fundamental de dar a luz este libro, que sin duda alguna, servirá para poner en evidencia la gran espiritualidad inconfundible de la civilización que nos rodea, cuando realmente, nos hemos transportado a mundos tan sublimes para el cuerpo y el espíritu, como la Roma Imperial de que se trata, creada bajo la influencia de los dioses del Palatino, por Rómulo y Remo.

Acéptalo, esposa mía, que es un libro eminentemente del espíritu y de la moral.

Tu esposo

VÍCTOR

Montevideo, Verano de 1927-28.



PRÓLOGO

Estas anotaciones de viaje, convertidas a guisa de novela, robadas al verdadero « memorándum » que de exprofeso ha de salir a luz pública, a su debido tiempo, de mi viaje de guerra a Italia, en 1917, en la hora más aciaga de la guerra submarina « *au - trance* », provenientes de las impresiones recibidas en la propia Roma Imperial de los más estupendos Césares del Mundo, tienen su interés general, no sólo por ser impresiones anotadas en el momento de la máxima conflagración que viera el mundo antiguo y moderno de los cinco continentes, sino porque, ante todo, han sido concebidas bajo la influencia madurativa, de una estada de más de dos meses, que me ha permitido profundizarme en algo, sobre la videncia del mal y del bien que encierran estas arcaicas ruinas universales, aunque falto de la debida inteligencia para trazar con mano firme y sabia, la fulgurante página de oro o de cobre, que se cierne sobre estos pasados escombros de los primeros pasos del « *Homo - Lupus* » sobre la tierra.

Me apresuro a dar a publicidad estos fragmentos de estupenda comprobación ocular, por cuanto el tiempo apremia, y no sé si en otra ocasión, podré tener la felicidad de poderlos colocar a la par de otros pobres trabajos míos, en la firme

convicción y esperanza de que, tras la negrura inmensa de la noche trágica, que aún persiste sobre las catacumbas romanas, provenientes del nerónico circo leonino, en horas de paz de esta estupenda nación itálica, ha de resplandecer el efluvio de una primavera en flor de alta cultura y civilización, que sin duda alguna, restañará la profunda herida de este ciclo errado de humanidad feroz, dando pie seguro, en el porvenir, para que siempre sea el Faro de la Ciudad Eterna de Rómulo y Remo, que ilumine al mundo con la Máxima Sabiduría de la hora de un Petronio, un Cicerón, un Homero, un Virgilio, un Horacio, un Bocacio, etc., etc.

EL AUTOR.

Montevideo, Invierno de 1927.

VISIONES Y VIOLETAS ROMANAS

(NOVELA)

CAPÍTULO PRIMERO

Es intento más que profano, el pretender describir magistral y puntualizadamente, lo que en verdad ha sido y es Roma, desde que sobre las siete colinas famosas, la cimentara para los siglos de los siglos el Divino Rómulo, que amamantara la célebre mansa loba, sin caer, hasta sin pretenderlo, en el triilado camino de los que ya tanto han escrito sobre las cosas e ideas de la misma Ciudad Eterna de pasados y presentes tiempos.

Roma ha sido y seguirá siendo para las generaciones futuras del mundo entero, no sólo la capital mayor del Reino de Italia, sino que la Capital del Mundo, en el Latinismo y en lo Artístico, como insuperable, desde milenarios tiempos, por capital alguna del hemisferio viejo y nuevo.

La palabra sutil y magnífica de *Roma Imperial,* de *Roma del Foro,* de *Roma de los Césares,* tienen a la fecha, desde milenarios tiempos, cimientos y raíces profundas en las más selectivas conciencias humanas de todos los rincones civilistas del Universo actual.

¡Cualesquiera de estas sagradas palabras, se pronuncian siempre con regocijado y amoroso respeto y veneración sin límite!

¡Se podría decir en honor a la más pura verdad, que, decir *Roma Imperial,* es decir todo en el mundo, puesto que en sus vetustos y milenarios muros, contuvo, contiene y seguirá conteniendo el más inmenso y proficuo Faro mental de Civilización primordial del Mundo Latino entero!

Para un hijo de América Latina que por primera vez en su vida vaya a Europa, ver detenidamente las grandezas de pasados y presentes tiempos de la Roma de Rómulo y Remo y después de un Julio César, es verlo todo en la vida, desde que el mundo es mundo concretamente civil y cultural.

El sudamericano que tenga la suerte de ir a Roma en los tiempos presentes, puede tener la seguridad por descontada, de volver a vivir la vida de la pasada historia gloriosa de una Atenas o una Palmira, sin por eso dejar de comprobar los hechos y muestras patéticas de los más modernos medios de progreso en todos los demás órdenes que enorgullecen a la propia vida sudamericana.

En los viajes cotidianos que se hacen viceversa entre Roma y Tívoli, en el pequeño ferrocarril belga, apenas de cinco vagones: dos de primera y tres de segunda, a uno y otro costado de los caminos por los que pasaban los Césares imperiales que descansaban de sus actividades en sus suntuosas villas de Tibur de Tibursio Cassio, se puede comprobar con profunda y embargada tristeza, con un no sé qué, de inexplicable e indecible amargor en el fondo del alma, la soledad solemne y espectral de la campiña romana, apenas este tren parte de la llamada Puerta San Lorenzo, dejando a la derecha el máximo cementerio romano.

La campiña romana, en la presente época se halla

dedicada casi por completo a la agricultura cereal intensiva, pero con todas las bellezas imaginables que puedan ofrecer al viajero una vegetación forestal bien cubierta y vasto panorama « in - extenso », y con más pronunciamiento a la caída de la tarde, en que el paisaje se viste de gala de multicolores, como no se puede imaginar mente fantástica alguna, se presenta en forma de desvastación de progreso moderno, envuelta en una aureola de misticismo poético, que más bien dá la impresión soberbia de un gran cementerio abierto, donde las tumbas de grandes romanos de la propia época cesárea, se agigantan aún más, empezando por la de Cecilia Metella, primera esposa de Sila, que se levanta ciclópea y majestuosa a un costado del camino, entre Roma y Tívoli, como eterno vigilante para ver que es lo que le puede pasar al Acueducto de Claudio que tiene a su frente, a una regular distancia, pero visible.

Más allá, más cerca de Tívoli, antes de llegar a la Villa Adriana del emperador de este mismo nombre, la campiña romana aparece a los ojos del viajero con más marcado carácter aún de tiempos prehistóricos, y por ende, más solemnes, más imponentes para el cohibido espíritu del novel visitante a estas tierras.

Aquí y acullá se ven pastores vestidos con pantalenes y chaleco de cuero de oveja en bruto con luengas picanas en la mano, que repuntan sus respectivas majaditas de cien o doscientas ovejas a lo sumo por cada pastor, que se asemejan a patriarcas primordiales de eras salomónicas pasadas, que tan sólo se ensueñan a través de la lectura de las páginas idealistas y fantasmagóricas de « Mil y una noche ».

¡ Parecieran realmente los Reyes Magos, que en sus

líricos y profundos versos, suele pintar patética y concretamente, la mente superior y ensoñadora de Grazia Deledda, la gran novelista del reciente premio Nobel de Italia!

El único contraste hermoso, casi alegre con esta melancólica campiña descripta, es el inmenso atractivo que produce todo el panorama en general, una vez que se está en una altura como en la que se halla colocada la milenaria ciudad de Tívoli, ese simpático como imponente contraste que hacen las localidades de Ostia, Civita-Vecchia, Veletri, la antigua Veletrae, Frascati, la antigua Tusculum, eregida en medio de un oasis verdaderamente encantador; Viterbo al sur del lago de Bolsena, Albano, colocado sobre el lago del mismo nombre, cerca donde existió la llamada «Alba la Longa», y por último Terracina, colocada en la extremidad meridional de las célebres lagunas pontinas, a la fecha disecadas por completo, evitando para lo eterno aquella «malaria» que pesaba mortalmente sobre la Ciudad Eterna un día, como una fatalidad inevitable, causa de que muchos italianos mismos, aunque amaban a Roma, huían cuanto antes del alcance mortífero de los aires malsanos de esas aguas pestilentes, que fueron a dar por completo al mar Tirreno, para lo eterno.

Por do quiera que uno dirija la vista por esta melancólica campiña, pareciera contener en sí, todo el peso de las injusticias humanas que presenciara en épocas prehistóricas de la humanidad, frente a los muros romanos, que contrista al espíritu menos profundizante sobre lo que fué y es a la fecha, esta región de la humana estirpe universal, en su génesis.

Desde sus lomas, de sus lagunas, de sus matorrales,

de sus tierras labradas, pareciera sentirse un eco, un lamento espectral, emanado de las almas en penas de los seres justos que fueron últimados por tan sólo la bondad y la virtud incorruptible de sus ideales, que fueron al sacrificio supremo de la vida, entonando estrofas sublimes de otra existencia mejor en el más allá, creyendo firme y ciegamente, encontrarla en el otro mundo de la eterna misteriosidad humana... como lo hicieran en forma espartana los paraguayos de López, en la guerra de la Triple Alianza sudamericana.

En este usual trayecto que se hace casi a diario, como se ha dicho ya, en renglones anteriores, entre estas dos viejas ciudades del ex-Imperio Romano, cruzan el camino tortuoso y desmantelado, con cuevas subterráneas aquí y acullá, de tanto en tanto, en las bases de los desmontes que se han hecho de las colinas para el mejor nivel de esta carretera antigua, para librarse el peatón viandante de las furiosas tormentas que se suceden muy a menudo, en los días invernales, cuyas cuevas se ven a simple vista, con asiento de la misma tierra contra la pared, en forma de extensos bancos de piedra, siendo estas obras aún, — vestigios de la civilización de dos mil años atrás, hechas con esclavos al servicio de tal o cual César Imperator, — algunos arroyuelos y cañadas, con aguas turbias hasta en días completamente de buen tiempo, con riberas escarpadas nada exuberantes de vegetación, a no ser en los propios alrededores de la villa Adriana, que es maravillosamente emocional la exuberancia de los árboles y las flores que hay por sus flancos.

Hace más triste, aún, esta parte de la campiña romana, la presencia real y positiva. como un enorme esqueleto

humano milenario, el conocido Acueducto de Claudio, donde se ven pastar pacientemente, con suma tranquilidad, algunos animales vacunos de enormes astas bien puntiagudas, pero que parecieran a simple vista, que no son del número de las siete vacas gordas que nos pinta la Biblia, cuyo acueducto proviene de las cercanías de Tívoli, pareciendo enclavado sobre estas ondulantes tierras, en forma de un viejo, pero enorme e interminable ferrocarril, abandonado en medio de un camino polvoriento y solitario de la gran pampa argentina, por los siglos de los siglos.

Hay un no sé qué, de triste y melancólico en el carácter, en la fisonomía de toda esta gente oriunda de la región; de gravedad e imponencia en su andar y en sus maneras de ser, hasta en los movimientos y manifestaciones más simples de su vida pública y privada, que admira e infunde cierto respeto, también grave. Hay en ellos, en todas las categorías sociales, en todos los partidos políticos y en todas las religiones, en cada colectividad, en cada individuo, una mueca, un rictus singular a las demás razas de la tierra que los hace eminentemente graves, tomando todos, su misión desempeñada, por más humilde que sea ella, como una misión encarnada naturalmente, por propia naturaleza, desde que se nace y se viene al mundo a sufrir. En la mayoría de los seres de todos los ambientes sociales, como se ha dicho ya, el ser menos perspicaz de la vida, puede notar a primera vista, que llevan en sí, sobre sus espaldas, como un penoso peso; como un estigma proveniente del dolor que causa el ser hijo de esta tierra de sangre y de furores humanos idos, como en ninguna parte, hasta hoy del mundo, de aquella hora de reverente locura humana,

digna hija de la mente ofuscada de aquel cruel fariseo, comediante pretencioso, de encarnar por encima de todas las sabidurías del Orbe, la más mágica genialidad de los hombres civilizados, que al huir cobardemente, de las gradas oficiales de aquel monstruoso circo leonino, por miedo de caer en manos de la justicia que mide con la misma vara con que midiera fieramente a los demás, no supo clavarse en forma un puñal en la garganta, pero sí supo decir melifluamente con voz ahuecada, de policinella que se muere de verdad: «¡Qué gran artista pierde el mundo!».

Pareciera que, desde el Olimpo al Averno, desde el Tiver al Teverone y al Tirreno mar, los ojos impotentes para abarcar tanta magnitud arquelógica de una raza que fué y dejó de ser, en el primer ciclo de la civilización cristiana, se levantara el fantasma más colosal de la vida, con un potente grito de justicia por sobre los siglos de los siglos, en medio de esa escena muda y parsimoniosa de todo lo que allí tiene vida y calor. El acueducto de Claudio, así extenso, alto, imponente y carcomido por el infinito transcurso de los siglos, pareciera realmente la representación genuina de las almas sufrientes idas de la época de su apogeo, cuya canaleta en la parte superior, de más de sesenta kilómetros de extensión, hacía verter sobre la *Urbi* de las siete colinas, que creara Rómulo bajo la influencia de los Dioses del Palatino, sus límpidas y purificadoras aguas, proveniente del Arno imponente de los Alpes, agua cristalina y pura que iba por otros canales bifurcadores dentro de la Ciudad Inmortal, a rumorear a los pies de las estupendas matronas de sin igual belleza marmórea, tan impúdicas como lascivas, tan virtuosas como puras.

Según la historia, si mal no se recuerda, Tibullo, en una de sus elegías impregnadas de admiración única a estos alrededores actuales de Roma, habla de la pasada campiña augusta, afirmando que, de las ventanas y de las torres de las suntuosas villas y palacios marmóreos de las familias pudientes y patricias de Roma, se veían florecer los laureles y los mirtos, en una distancia que la vista se perdía, mucho más allá de los muros sobre las predichas colinas famosas y sagradas. Que todo el panorama de los alrededores de la Ciudad Eterna, fuera del Campo de Marte, de la Via Appia y del Colosseo, aparecía a los ojos de todo el mundo, como una cuenca vastísima, consagrada a los amores de las agrestes divinidades.

Todos los más celebrados cerebros poéticos de la época cesárea, se puede decir, en honor a la más pura verdad, cantaron sus mejores estrofas, con inspiración ultraterrenal, el aire puro y perfumado que sobre la *Urbi* soplaba en la primavera de cada año, proveniente de esta triste y desolada campiña romana de hoy día, que algunos escritores contemporáneos de ambos mundos, de países extraños al terruño de que se trata, han dado en decir en sus obras o conversaciones privadas sobre la impresión de esta campiña, en contraposición de lo cantado por Virgilio u otro talento de la época, sobre lo exótica que era esta naturaleza que no se ve ahora por ninguna parte.

La cuestión es, en verdad, que las celebridades más románticas de la época cesárea, han dedicado a la triste campiña romana de hoy día, sus mejores y más soberbias estrofas, afirmando en sus versos que el hálito divino, perfumado y exquisito, fué en la mayor de las veces, en

cada estación del año primaveral, testigo ocular de las grandes fiestas y de las grandes solemnidades sobre la consagración definitiva de algún *César* en el Campo de Marte o algún laureado de las letras, como fué, por ejemplo, la consagración de Petrarca, apenas a su regreso de Avignon, siempre y eternamente enamorado sin consuelo de su Laura inmortalizada hoy, para los siglos de siglos, que fué superior a la coronación de rey o emperador alguno del Orbe, introduciéndose a la vez ese exótico y particular perfume de exquisitas flores agrestes extramuros de la Inmortal Ciudad, por los intersticios de los palacios suntuosos, de las villas y castillos como torres de marfil, lugares selectos de los seres más cultos y refinados de la época, tanto en el culto del cristianismo o del paganismo, contra un cielo de púrpura y de oro como aparición milagrosa, sagradísima de la vida terrena, tan impregnada de placeres materiales y morales, a la vez.

Los poetas más gloriosos de aquella pasada jornada de la historia humana, como lo fuera Horacio, por ejemplo, que había venido a Roma, proveniente de la parte meridional de la Italia actual, la llamada *Tierra de Trabajo* en el bajo napolitano, por primera vez en su vida, una vez de hallarse frente a los muros de Roma, la Roma del foro, confesó con toda la convicción de su alto conocimiento artístico y literario: « He tocado el Trono del Olimpo ».

Es claro, que el que hoy vaya a Roma, de cualquier parte del mundo que sea, y crea a pie junto que va a ver esa misma Roma, tal cual la viera Horacio, en el instante de visitarla por primera vez en su vida, va a sufrir un desencanto, por cuanto todo eso, lo que no ha

desaparecido por completo, son semi - ruínas, siendo muy pocas y bien contadas las que realmente se mantienen un tanto perfectamente conservadas, sin necesidad de la reconstrucción completa, a pesar que, la sensación de lo estupendo la recibe igual el viajero, porque el sello de lo inmortal ha quedado grabado en ellos, hasta en las hojas de los árboles y de los yuyos, viniendo muy bien parodiar aquí, aquel versículo de Elías Regules, en su *Mi Tapera:* « En cada pastito hay un recuerdo clavado ».

La gloria de los guerreros, las hazañas de uua fuerza herculiana en el Campo de Marte o en el Colosseo, ya de avezado auriga, ya de acostumbrado domador de fiera enfurecida ; la glorificación del hombre de letras o de un arte cualquiera, en forma de genio, tenía en la época cesárea un lugar prominente en la conciencia, aunque masturbada de las masas populares, porque todas esas manifestaciones del ser humano, en una forma singular y única, bajo cualquier punto de vista que se le mirara, para esos seres semi - inconscientes, tenían signos tangibles de cosa creada excepcionalmente, para el individuo que lo ponía a prueba, y que por ende, no era común verlo reproducir en seres pertenecientes a otras razas y a otros pueblos, existiendo un inmenso y arraigado afán de eclipsar a todas las cosas e ideas provenientes de Atenas o de Egipto, de Esparta o de Cartago, o de cualquier otro lugar del mundo que fuera, con carácter de sabiduría máxima.

Como se sabe, los romanos de la época cesárea, puestos frente a la belleza de los distintos panoramas de la Naturaleza de esta campiña, eran menos expresivos que los griegos en estas mismas manifestaciones del sentimiento cultivado, para la expresión emotiva de la forma

literaria, que fieles a la tradición de los Sículos, se dedicaban con preferencia a los trabajos agrícolas y a las faenas del campo, tanto en la cría de lanares como de animales vacunos, que en medio de esa grave preocupación constante de la labor cotidiana, no había un sólo instante en que, se sintieran predispuestos a las dulces y apacibles impresiones de los sentidos, inclinados siempre y eternamente, con más fervor, a las cosas reales y positivas de la vida.

Es así, pues, que bajo ese aspecto, se puede apreciar lo que fueron en todos los pormenores de su vida, los antiguos romanos, que habitaron por una larga década de tiempo, una comarca de lirios y mirtos, que a la fecha se ha convertido en un verdadero campo de abrojos y cardos, a no ser por el cultivo de cereales a que se halla dedicado en su mayor extensión.

El sentido de la contemplación poética de los antiguos pobladores de estas comarcas sobre la verdadera idealidad de la Naturaleza, era por lo tanto muy difícil expresarla con facilidad, también, por otra parte, por cuanto la lengua reinante del Lacio era menos rica en imágenes, menos variada en sus giros, y más propia para expresar la verdad de las cosas, tal cual aparecen a la vista humana, para plegarse a la fantasía de la imaginación, que la lengua de los griegos.

Pero la fuerza majestuosa e imponente de la Naturaleza y de la belleza panorámica y exuberante de la campiña romana, hicieron que, en la época de Augusto, algunos genios superiores, — ilustrados ya un tanto por la corriente del genio literario y artístico de los hombres de Atenas, — tocados en su amor propio de una idiosincrante parsimonia que muy pronto comprendieron que

a la vista de los griegos pasaban por anti-patriotas y atrasados en los conocimientos sutiles de la humanidad, supieron no obstante vencer esa eterna inercia tan sólo de admiración hacia el trabajo rural y rudo de sol a sol, sin más descanso que la cama en brazos de buenas y fieles esposas, que también ayudaban a sus maridos en las mismas tareas cotidianas, traduciendo por fin el sentido sentimental de la Naturaleza que nunca habían sentido, aunque la preveían majestuosa e imponente en su creación divina, con una excepcional fuerza de expresión, puesta de manifiesto, hasta entonces, por los griegos más sabios en la materia de que se trata.

Recordemos, — en este caso, — las sentidas poesías de Lucrecio, que escribiera magistralmente *Sobre la Naturaleza,* confundiendo en su fuerza de emoción la poesía con la filosofía, casi por primera vez en la historia de los romanos, hasta entonces, donde considera este gran cuadro de la Naturaleza que rodea a Roma, en la forma triste y desolada, ya descripta por muchos eminentes autores contemporáneos, sorprendiendo el contraste que constituyen la aridez del sistema automístico y sus extrañas visiones sobre la primitiva formación de la tierra,— que a decir verdad, cuando especialmente se halle en el fondo mismo, donde caen las aguas de la famosa cascada mayor del imponente Arno o Teverone, en Tívoli, descendiendo por un zig-zag excavado por los esclavos del Papa Gregorio, en la caída de la montaña a plomo, de más de ciento veinte metros de profundidad, con amplias habitaciones, más interiormente en la pared, como para el debido descanso, meriendas, etc., etc., — es realmente estupenda esta creación natural panorámica, por donde quiera que uno extienda la vista, en una circunferencia

de más de diez kilómetros de la ciudad de Tibursio Cassio, con la más viva descripción de la raza humana, saliendo del fondo mismo de sus cavernas y de sus bosques, de los cuales se ven aún intactos, como en aquella misma época prehistórica, en la parte opuesta de la ladera de una de las montañas que da frente oblicua a la caída de las aguas de esa imponente cascada de que se habló más arriba, en estas líneas, donde existe un antiguo monasterio franciscano, en cuya capilla se va a visitar sus maravillosas reliquias de plata y oro, ofrendas y promesas de prehistóricos fieles, también, todas cosas que contristan y hacen meditar sobre las ideas de los seres del pasado remoto de la humanidad, para labrar la tierra en la planicie, vencer todas las más abruptas fuerzas naturales de la época, cultivar más sutilmente el espíritu, perfeccionando el lenguaje aun áspero, duro y poco retórico a las manifestaciones bellas para una mejor y más llevadera existencia sobre este valle frondoso de lágrimas, y fundar así la vida civil de que fué teatro la Roma Eterna, emanando de ella los grandes caracteres de la ciudadanía de los hombres en el universo entero, la Madre Eterna del Derecho Latino, del Derecho Romano jamás superado por nación alguna libre del mundo consciente, viejo y moderno, a igual que lo hicieron las razas indígenas más adelantadas de las selvas americanas, en sus varias divisiones actuales, que en un día inesperado, por seguir las leyendas auríferas descriptas magistralmente en un país imaginario, por Marcos Polo, aquel santo varón visionario de una gran realidad pasmosa, que se llamara Cristóbal Colón, para después seguir su obra, Pizarro, Cortés, Mendoza y otros adelantados de España la Conquistadora, donde hoy, aunque desgraciadamente, se

hallan casi totalmente estirpadas las sabias razas de los Incas o de los Aztecas, ha sentado sus reales una nueva civilización por hombres de estas mismas tierras envejecidas ya, en sus máximas de antaño, que es envidia del mundo entero, tanto la felicidad privada de que gozan en sus hogares como en sus formas de gobierno público.

Existen pruebas evidentes acabadas, de que, en la propia época cesárea, de todo lo que muestra de ruinosa esta campiña y esta Roma de la Loba, que aunque en medio de una vida agitada y por demás azarosa por gobiernos infames y descabellados como el de Nerón y el de Sila, por ejemplo, que a pesar de las pasiones llevadas hasta el paroxismo, existían estadistas de corazón y de sentimientos puros y nobles, como lo eran Cicerón y Petronio, que en los momentos propicios, escapaban del campo de acción constante, en pugna con las cosas que combatían contra el régimen imperante, echándose sin reservas, en brazos de la propia Naturaleza, como la única capaz de reconstruir sus fuerzas perdidas en la tremenda lucha política sostenida con poder de león titánico, con un inmenso amor a la soledad por un largo período, poniendo de relieve, de este modo, que todos no pensaban como los que labraban la tierra sin saber sentir la emoción de su belleza panorámica, como también no estaban mareados como los que rodeaban a la corte corrompida de algún César jactancioso de todos los poderíos y todas las sabidurías humanas, entregados por completo, en el campo carnal y materialista de la lujuria y de las orgías más repugnantes al ser racional y civil del mundo.

El turista sudamericano, se encuentra en efecto en Roma, en una ciudad europea eminentemente histórica.

En esta ciudad que existe a la faz del mundo viejo y nuevo, desde hace más de 3.000 años a la fecha, antes que el tiempo y los acontecimientos presentes, y que se han ido desarrollando en distintas faces, uno se siente transportado a la propia época milenaria de los hechos, máxime cuando se encuentra en la parte antigua de la ciudad.

Roma, no es para el mundo tan sólo importante por sus maravillas y monumentos; es como si realmente dijéramos, el centro mismo de toda la civilización de Occidente. Después de este tiempo, que se remonta casi a la propia historia de la Europa entera, Roma ha impuesto y seguirá imponiendo sus leyes al mundo moderno, como lo hiciera eficaz y gloriosamente con el antiguo. Roma ha sido en la mayoría de los siglos, embargada de espiritualidad inimitable de grandeza espartana, igualmente universal en su aplicación sutil. En los presentes días, la Ciudad Eterna, bajo la égida patriótica y activísima del Fascismo de Mussolini, se encuentra en un período álgido de un casi completo renovamiento de cosas e ideas, que hace prever en un término no muy lejano, los esplendorosos días de una Roma Imperial, bajo la propia égida del más grande de los Césares Romanos: Julio César Imperator.

A cada paso que uno da, siendo extranjero en esta Roma Inmortal, por los siglos de los siglos, la presencia de cualquier objeto, hasta de cualquier persona, hombre o mujer del propio lugar, nos hace recordar el pasado remoto de los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra, y ese mismo objeto y esos mismas persoñas lugareñas que nos hacen satisfacer hondamente una curiosidad superficial, nos hacen sentir al mismo tiempo, el deseo vehemente e infinito de recurrir sobre tablas a la

propia historia que hemos leído en la adolescencia en nuestras escuelas superiores sudamericanas.

¡Roma Eterna!

Chateaubriand, el estupendo e inmortal autor del «Genio del Cristianismo», ha dicho de esta capital del Mundo Latino, en el propio idioma de Voltaire:

» Il me serait impossible de vous dire ce qu'on éprovue
» lorsque Rome vous apparaît tout à coup... La multi-
» tude des souvenirs, l'abondance des sentiments, vous
» appresent; votre âme est bouleversée à l'aspet de cette
» Rome qui a recueilli deux fois la succession du monde,
» comme héritiéere de Saturne et de Jacob».

He aquí, pues, las particulares y profundas impresiones sentidas en todo su ser, como si fuera un sacudimiento solemne, único en su vida, de la cabeza a los pies, de Roberto Mirafiore, que de las propias tierras sudamericanas nativas e ilustrativas, había partido para el cruento campo de la gran guerra 1914-18, al hallarse casi inesperadamente, sin quererlo, dos meses de estada permanente y asidua en medio de esa propia Roma de los Césares, del comienzo mismo de la historia de la humanidad sobre la tierra, no viendo más que visiones y violetas artísticas y morales por todas partes, de ese fulgurante centro de acción de un Julio César o de un Adriano, donde también, inesperadamente, sobrevino la pequeña historia romántica y triste que vamos a describir en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

En una de aquellas mañanas, absolutamente primaverales del mes de Abril de 1917, en plena guerra mundial de 1914-18, en la Ciudad Eterna de los ensueños de oro de los más estupendos Césares Imperiales del Mundo, hasta el presente, — esa primavera en flor en máximo apogeo, especialmente de toda la península itálica con su famoso cielo azul incomparable, de que nos hablan también las novelas románticas de esta prodigiosa región del Dante y de Petrarca, de Virgilio y de Homero, con ese perfume exquisito y exótico a la vez, que en la Roma de Rómulo y Remo, muy especialmente, despiden los interminables invernáculos y canteros de los miles parques de Villa Borghese y los lirios, mirtos, madreselvas y glisinas, que de tanto en tanto, cubren con hiedras exuberantes a los señoriles y marmóreos palacios nobiliarios del evo o del medioevo, — Roberto Mirafiore, a las 12 y 30 de una de esas mañanas esplendentes de belleza panorámica, de cantos de avecillas y de sol, después de haber almorzado frugalmente en un discreto restaurant, muy cerca del palacio real, el Quirinal, a pocos metros del imponente *trasforo,* penetraba apacible y tranquilamente sólo en un pequeño pero lujoso café de la Via Veneto, frente por frente al importante

hotel romano «Exselsior-Hotel», donde por lo común, se albergan como huéspedes oficiales de la Nación, las embajadas más solemnes y extraordinarias que de toda parte del mundo civilizado que mantiene relación cordial con la Casa Savoia y con el Gobierno de Italia, vienen a la Roma Imperial de pasados y presentes tiempos.

Roberto Mirafiore entraba a aquel aristocrático cafecito de la *hélite* romana, en la via Veneto, para hacer tiempo a que el embajador extraordinario de su país de provinencia sudamericana que se albergaba, con su Embajada en el hotel de referencia, terminara de almorzar de las 14 en adelante, para ser recibido por asuntos que lo habían traído a Roma, desde mares intercontinentales, desde el nuevo al viejo mundo, por primera vez en su vida.

El hombre que acaba de penetrar en este simpático como artístico café de la via Veneto en Roma, hacía más o menos un mes que se hallaba en Italia, desde su país natal, la República de X, en el Río de la Plata, con el sólo y preconcebido propósito de prestar su mente y su brazo a la santa causa de la libertad mancillada, desde 1914, por el férreo y fiero casco germano, repitiendo con Roma y con el Mundo, aquella prehistórica como indigna jornada de los invasores como bárbaros Hunos de que nos habla la historia milenaria con el dedo de la Justicia Póstuma.

Roberto había partido de la América Latina del Sur, hacia la Italia de sus ensueños de oro de toda la vida, respondiendo más que a afinidades ideológicas, al llamado de la sangre, puesto que era hijo de italianos de padre y madre, que allá, por la época misma del comienzo de la emigración primordial, se habían encaminado con valor de espartanas disposiciones, a las tierras Colom-

bianas, en busca de nuevos horizontes, dicha y paz en el hogar que en su propio medio ambiente no hallaban, aquella tierra del bajo napolitano de ardores y de ansias de fuego y de glorias tácitas, donde por largo período imperaron los hispánicos Borbones, dignos hijos de aquella tierra del Manco de Lepanto y del Cid Campeador, y, de donde, a causa de esa amalgama de sangre y de raza morisca en la Italia Meridional, ha surgido con pujanza y con bríos inconfundibles, esa especie de raza italiana que se diferencia de la del Norte, mitad Quijote, mitad Sancho, que honra a la península itálica de cabo a rabo, en lo social, en lo político, en lo económico, en lo industrial, en lo científico y en lo artístico, cooperando eficazmente, con sus demás hermanos de regiones distintas de la península, a que Italia, en el pasado y en el presente, goce en el mundo entero, del nombre de primera potencia europea en todos sus órdenes y actividades públicas y privadas.

No hay que dejar pasar por alto, si es que hemos de ser minuciosos en esta breve historia y pasajes de un sudamericano por la *Urbi* de la latinidad del Mundo, que en el instante de penetrar en el referido café de la via Veneto, el protagonista de nuestra atención preferente, hasta este instante, vestía el uniforme de subteniente de su país de origen en el arma de infantería, de campaña y color kaki a la inglesa, de los últimos modelos que de un tiempo vienen usando los ejércitos de los distintos países sudamericanos, que no es más que una simplificación de los ejércitos modernos de la vieja Europa, y con marcada especialidad, desde que estalló la gran guerra mundial 1914-18, que de lo inútilmente aparatoso de los uniformes diarios de los jefes y oficiales de cua-

lesquiera de estos ejércitos, se ha ido *ipso-facto* a la sencillez y a lo eminentemente práctico, en absoluto, dando la pauta de esa simplicidad esta misma gran guerra.

Pero, a pesar de esta simplicidad y parecido a los uniformes de los oficiales de ciertos ejércitos europeos en acción, de Roberto Mirafiore, al cruzar, por lo general, por las calles más céntricas y concurridas de Roma, era muy a menudo interpuesto en su paso por alguna dama o caballero, casi siempre con el estribillo: «Disculpe, señor; ¿es Vd. oficial inglés? ¿Es Vd. oficial norteamericano?» ¡Hasta una buena tarde, de esas en que el pobre Mirafiore, se paseaba estupefacto de admiración, frente a las maravillas de la época cesárea, que a cada instante obstruían agradablemente su paso una dama, al parecer de gran sociedad, le estampó cara a cara esta pregunta: «Diga, señor; ¿es Vd. oficial ruso?!».

Es así, pues, que este oficial sudamericano, se hallaba ese día saboreando un riquísimo *moka* en el último pequeño apartamento de gran lujo, de los tres que tenía corridos, el referido establecimiento de la Via Veneto, a dos cuadras, nada menos, de una de las vías de acceso al panorámico y perfumado jardín urbano de Roma, que se llama Villa Borghese, último vestigio de las grandes villas solariegas de los príncipes de este famoso apellido romano, donde en la villa soberbiamente intacta aún con todo su mobiliario antiguo y obras de arte de incalculable valor, que en otros días de paseo por la Ciudad Eterna, el militar sudamericano, había visto y palpado de cerca, muy detenidamente, con ojos ávidos de maravillas tales, sirviera de aposento a aquella célebre belleza exquisitamente femenina, hermana de Napoleón I, que

se uniera en matrimonio con un Borghese exquisito también, en cuya mesa se servía el Falermo espumante de más pura cepa, en ánforas y copas de oro maciso de sendos y máximos kilates. Apenas hubo tomado asiento al fondo del saloncito aristocrático y contra la pared, a cabeza descubierta, como todo el mundo en estos exquisitos cafés romanos, donde acude lo mejor y más granado de la sociedad y de la intelectualidad artística, damas y caballeros, en un exquisito *tête-à-tête* de parejas o más, en cada mesita, Mirafiore, fué objeto de viva curiosidad por parte de todos los asistentes, no sabiéndose si por la rareza del uniforme, o por su presencia un tanto rural americana, nada hecho a estas cosas e ideas de una vida mundana de gran refinamiento y cultura, por cuya causa, es de imaginar el lector, la inquietud que habíase posesionado de nuestro biografiado a *grosso modo.*

De pronto hicieron irrupción allí dentro, en el propio saloncito casi privado, donde se hallaba el oficial americano, dos figuras de aristocráticas y linajudas damas, una más joven, en grado superlativo que la otra, tan joven que parecía realmente su hija, pero eminentemente bella, como hasta ese mismo momento, dicho militar extranjero, no había visto otra que la superara, durante sus accidentales estadas cotidianas en Roma, en que había acudido a los lugares siempre de más mundana y exquisita vida romana, siempre que sus quehaceres fundamentales, se lo habían permitido, causas de sus asiduas visitas a la Inmortal Ciudad, desde Tívoli, su residencia habitual, en casa de su querida parentela, que no lo habían conocido hasta entonces, de su voluntariado intercontinental, para la gran guerra de la hora.

Desde cierta distancia, apenas traspusieron los umbrales del tercer saloncito, como Roberto se hallaba de frente a la llegada de ambas damas, la más joven de las dos, fijó súbitamente su dulce y furtiva mirada sobre el joven oficial extranjero, que con motivo de aprovechar el único asiento desocupado para dos o tres personas, con sillas de terciopelo granate con finísimos encajes, apenas a la derecha de éste, a un sólo metro de su mesa, en que se hallaba, fuera causa de insistir la joven bella, en no desviar en absoluto, la mirada escudriñadora que le dispensara, desde el primer instante que lo divisaron sus ojos negrísimos como azabache, que realzaban aun más su notable belleza y elegancia única, un singular y maravilloso pelo como hebras de oro, sirviendo de corona a una verdadera cara de cera, como la Virgen de fray Angélico de la admiración artística de la eterna Italia de las musas y de las artes.

El particular y místico rostro de la mujer más joven de este encuentro, hacía que la mirada del oficial sudamericano permaneciera directa y perennemente, desde la corta distancia en que se hallaba, sobre los de aquella mujer. Su tranquilidad y su aplomo pareciera que ayudó mucho también a que ella persistiera su mirada con más tenacidad y atrevimiento. ¡Tenía, apesar de su rostro de virgen de cera, lineamientos de mujer superior y fuerte! Era una mujer, que a simple vista, al ser menos perspicaz y advieso en cuestiones de amor y seducciones en cualquier sentido hacía entrever un exquisito sentimiento de sensualidad que se imponía a cualquier cerebro masculino equilibrado, psiquiatra y pensante de las cosas más graves y sesudas de la vida.

Roberto Mirafiore, tenía, pues, a su presencia, en aquel

café romano aquel dia de ensoñaciones luminosas, dignos de los poetas y de los artistas de verdad, a una mujer que lo hacía transportar a milenarias épocas románicas, que en medio de la hora dolorosa del momento de la nación, le mostraba con la luminosidad infinita de sus negrísimos ojos mudos, la alegría y el goce de la vida en la tierra y no en el cielo.

En el diáfano azulino de aquel día radiante de luz, el cielo parecía coronar todas las esperanzas de glorias del oficial extranjero, nacido en las novicias tierras del Río de la Plata, y colocado de exabrupto en medio de las tentaciones y muestras prehistóricas de neronianos tiempos.

La primavera romana es de lo más encantadora que pueda imaginarse mente humana alguna de ambos mundos, invadiendo en las almas buenas y sensibles una especie de romanticismo y sensualidad delicada jamás sentida en la vida, que anonada por completo la libre función de otros pensamientos y otros propósitos.

Roberto Mirafiore, sentía en lo más hondo de su ser, las mismas sensaciones místicas de la romana vecina de mesa de café, en aquella tarde primaveral, y la misma curiosidad y las mismas ansias de ser cada uno el primero en romper el silencio expresivo, echando a rodar con todas las miradas y con todos los convencionalismos de las circunstancias.

Se veía a simple vista que en ambos personajes existía la indecisión de ser el primero en hablar y hacerse conocer en lo exterior y en lo íntimo...; pero se leía también en el semblante de ambos, la persistencia del ahogado propósito de estallar en un íntimo coloquio de dos almas que bregan por confundirse en una sola.

La actitud del oficial extranjero de nuestra reseña, frente a este caso, era bajo todo punto de vista circunspecta y moral a toda prueba, absolutamente de acuerdo con su idiosincrante manera de ser de toda su vida, en América, en Europa y en cualquier parte del mundo en que había puesto sus plantas de hombre un tanto romántico, a semejanza de la hidalguía del Quijote, que había llegado al campo más arcaico de la vieja civilización del mundo, después de Grecia, no como un ser superior y excepcional de la moderna civilización sudamericana, sino tan sólo, con un alma noble y desprendida, en pro de un ensueño, es posible, vano y hasta efímero, pero siempre enseñante de nobles actitudes para las futuras generaciones de la América Occidental Sur, descubierta por aquel intrépido gran Almirante liguriense, que se llamara Cristóbal Colón. Además, seguía interrogándose a sí mismo:

—¿Será una mujer realmente del linaje físico que aparenta ser a simple vista? ..¿Será una mujer mundana, versada en el chantaje y en el vampirismo que tanto abundan en estas grandes capitales itálicas, conforme lo he podido ver amenudo por las calles más concurridas de elegantes peatones o en los cafés o restaurantes?.. ¡Pero su figura de Virgen! ¡Su porte distinguido y gentil!... ¡Ese escudo nobiliario que la señora de más edad, lleva ampliamente prendido sobre su pecho! ¡Sí, no hay duda alguna! Esta es realmente gente de lo mejor y más decente de toda Italia.

Roberto Mirafiore, no por haber sido toda su vida, un muchachote de límpida moral en todos los pormenores de su vida pública y privada, apesar de haber sido militar, donde se dice siempre que se aprende lo bueno y lo

malo, no dejaba de comprender y hasta interpretar debidamente todos los engaños, todas las falsías de los seres humanos en la tierra, que, como dice el viejo adagio en tierras ríoplatenses, *se ven caras pero no corazones,* sabiendo muy bien distinguir lo bueno de lo malo, al sólo primer golpe de vista de una persona tanto masculina como femenina y especialmente en la femenina, que por sí misma, la mujer que es de mala conducta con respecto al honor y la virtud, lleva visiblemente sobre su frente, una especie de estigma, de marca imperecedera, que hace recordar a aquellas célebres flores de lis, que en los antiguos tiempos colocaban con fierro candente, ciertos hombres, en las espaldas de las esposas impúdicas e infieles, que el ser menos avezado en cuestiones carnales entre ambos sexos, aparta fácilmente cual es la oveja descarriada del redil de una gran majada.

No había duda alguna, que el militar extranjero de aquel café en aquella espléndida tarde romana de un abril de 1917, desde los primeros instantes de aquella aparición alucinante a su lado, en forma de la más bella mujer itálica, se había dado exacta cuenta, de que realmente se trataba, por parte de la mujer, de una de esas súbitas simpatías que las mujeres hermosas de esta tierra espiritual y artística, sienten sin poderlo contener, frente a ciertos casos varoniles, verdaderamente inexplicables para un temperamento de educación netamente sudamericana.

Aquel viaje inesperadamente a la gran guerra italo-austriaco, en 1917, de Roberto Mirafiore, teniendo que permanecer una temporada de dos o tres meses en Roma, casi en forma obligada, produjo en su espíritu una mar-

cada impresión de cosas e ideas, jamás previstas ni a través de los libros novelescos ni de la historia. Ni él ni sus padres italianos, desde que, habían llegado a las playas sudamericanas, habían transpuesto los umbrales de los límites de la nación en que se crió, se formó y se instruyera.

¡Justo es imaginar la impresión que hiciera Roma la Imperial y la Eterna, en su espíritu de simple provinciano de las tierras latinas-americanas!

La presencia de los casi intactos y auténticos monumentos romanos de más de dos mil años atrás, y de la vida activa en general de sus habitantes, le convulsionaron por completo la existencia, impresionándose profundamente frente al «Colosseo», al «Campidoglio», al «Pantheon di Agrippa», a la «Piazza Colonna», de la «Trinitá dei Monti», a la «Fontana di Trevi», del «Foro Trajano», del «Foro Romano», de los arcos triunfales de «Settimio Severo», «Costantino», «Tito», templo de «Castore e Polluce», Acqueducto de Claudio, tumba de Cecilia Metella, pirámides de «Caio Cestio», el templo de «Vesta con la Fontana», San Pedro, el Vaticano, la «Via Appia», etc., etc.

¡Es necesario vivir en Roma la Eterna los primeros albores de su exuberante y florida primavera, para sentirse uno enervarse la sangre a la sóla influencia de la poderosa atracción de estos precedentes enumerados vestigios de pasada grandeza imperial romana, a la vera de mujeres jóvenes y hermosas, que parecieran moldeadas en las más encumbradas matronas de los miles hogares patricios de aquella propia era Cesárea.

En ese atiborramiento de dudas terribles se hallaba ensimismado, Roberto, no sabiendo qué partido tomar

de aquel atolladero de absoluta mudez observativa, cuando de pronto la joven mujer, causa causorum de ese estado de ánimo, volviéndose a su compañera, a medida que se iba quitando los guantes de gamuza blanca, con un exquisito *savoir faire* de gran dama del mundo romano de linajuda estirpe, descubriendo a los ojos ávidos de más novedades, en aquella singular belleza de mujer, de nuestro militar sudamericano, una diminutísima mano, blanca y conca como una mano de arcángel y con uñas anacaradas y brillantes que cegaban la vista, interrógole, con una voz realmente de cielo:

— Señora condesa, ¿tiene usted, cigarrillos egipcios, por un acaso?

La noble dama interpelada, tomando la cartera de soberbia seda negra toda llena de encajes y cuajada con labores arabescos de gran valor, después de sondearla hasta el propio fondo, con su enguantada mano, repuso con aire aristocrático:

— No, querida Fanny, se me han terminado.

Y cuando realmente la bella vecina del militar extranjero, se dispuso a llamar por el mozo para pedir que le sirviera cigarrillos egipcios, que son los que están más en boga en la alta sociedad romana, entre el bello y feo sexo, porque hasta las princesas reales, pareciera que fuman en este país del arte y de la música más sublime del Universo, Roberto, maquinal e inconscientemente, movido por una rara lucidez del momento, no dió tiempo a su cercana dama de mesa, a que verificase tal pedido, con extenderle su petaca de plata oxidada, con la misma calidad de cigarrillos que ambas mujeres iban a pedir para fumar, que dicho sea de paso, la mantenía abierta, desde antes de la llegada de dichas damas a aquel lugar

sobre la mesita, en que bebía su taza de café. Dicho ofrecimiento, dicha galantería, la verificó con tal arte de verdadero *gentleman* avezado de la civilización europea, tan espontáneo y respetuoso de aquellas damas, al parecer de abolengo y de vasta cultura, que ellas mismas, especialmente la joven, aceptaron complacidísimas esa inesperada actitud del militar extranjero a quién no conocían ni por sueño, hasta el momento de sus llegadas allí, con el consiguiente revuelo de los descarados mirones que los rodeaban en aquel estrecho saloncito, cuando mucho de de 8 por 8 de espacio, que no perdían de vista, ni un sólo ápice de los movimientos, tanto de nuestro hombre como de aquellas dos mujeres.

Y a pesar de lo inesperado de aquella feliz oportunidad de haber sido obsequiadas aquellas dos damas por el oficial de nuestro relato, ambas mujeres se sintieron infinitamente halagadas de aquel gesto tan singular como simpático, llevado a cabo por un hombre que desde antemano se lo habían figurado extranjero.

En verdad que una y otra, frente a la fina gentileza del desconocido militar extranjero, en el primer momento no sabían qué cosa contestar, a pesar de que él había hecho el ofrecimiento de los cigarrillos con un aplomo y naturalidad, que no tenía más originalidad, que poner de manifiesto el deber ineludible de gentileza que tiene siempre un oficial de cualquier ejército del mundo que sea, puesto frente o cerca de damas, en lugares relevantemente sociales y nada más, ejecutando la acción con la plena seguridad de no ir más allá de un cumplido de orden, de esos tantos cumplidos de la vida cotidiana de las grandes capitales del mundo entre damas y caballeros que no se conocen, siempre que a las primeras les pase cualquier incidencia inesperada.

La más joven de ambas damas, al ofrecimiento verdaderamente oportuno y caballeresco de Roberto, en el primer momento se sorprendió un tanto agradablemente, teniendo presente también quizá, que todo un mundo de ojos, se hallaban perennes como proyectiles sobre los menores movimientos de los tres personajes de nuestra historia.

Pero después de instante de pausa indecisa, respondieron casi a un coro:

— Muchísimas gracias, señor . . .

Pero con gesto más angelical y agradecida de la fina atención de aquel hombre desconocido, pero gentil a carta cabal, lo hizo la más joven de las dos, dejando traslucir en forma perenne un sonriente ritus de triunfo de sus suavísimas miradas durante todo aquel tiempo de admiración muda, pero comprensiva de cosas grandes en una y otra alma de sexo opuesto.

— No hay por qué darlas, señoras, — fué la respuesta un tanto emocionada de Roberto, con un visible rubor en el rostro, que fué de inmediato notado por todos los circundantes, celosos de envidia de aquel gran avance de la segunda etapa de aquella semi - aventura, sin saber a ciencia cierta las consecuencias buenas o malas, al final de todo aquello, exhalando un suavísimo suspiro, desde el fondo mismo, de su alma sufriente y dolorosa por múltiples razones de espíritu, desde aquel día feliz o aciago, en que, se había alejado con lágrimas perennes en los ojos, de sus patrios lares americanos, abandonando todo un mundo de afectuosidades para él; padres, hermanos, novia, parientes, amigos, conocidos, patria, que quizás jamás nunca volvería a ver una sola cosa de todo eso, sano y bueno, si es que lo aceptaban

de hecho y de derecho, en las filas del ejército en operaciones en el frente del Carso o el Isonzo, en las condiciones solicitadas y pactadas en Sud-América, con la propia Legación de Italia, a la suprema autoridad competente militar italiana.

¡Es que también este hombre, jamás en su vida había sido tan prolongadamente mirado con suavidad de amor de cielo, por una mujer tan bella, como la belleza misma de una Venus de Milo de la moderna era Cristiana!...

¿No sería aquel el principio vívido y contundente de una nueva era de gloria en Italia, en esa Italia también amada de su pura sangre italiana en las venas, esa gloria jamás brindada en sus anhelos profundos y constantes de hacerse y formarse hombre útil a la humanidad, con mucha honra, para el país que lo viera nacer modesto, pero decente a carta cabal?

¡Cuántas ilusiones de glorias se hacía Roberto, en presencia de aquella desconocida beldad, en aquel café romano, en momentos tan solemnes de la hecatombe mundial, en que, los espíritus que tenían que ver algo directo o indirecto con la guerra misma y sus derivados, buscaban afanosos una mano sutilísima de mujer, para apagar tanto pensamiento cruento y fragoroso, a la vista misma del dolor intenso que causaba tanta gravedad, tanta ferocidad de los enemigos eternos de la civilización latina: los Hunos del otro lado del Rhin inmerecido; por más que se tuviera una novia ideal a seis mil millas de distancia, aunque Roberto, desde ya, hacía cuenta que no la tenía, en absoluto!

¡Oh, también, las heroicidades de la juventud, en momentos tales de convulsión, nada menos que de carácter

universal!... ¡Y cuándo con mucha razón, esas heroicidades responden a una serena y elevada comprensión del verdadero Derecho de Gentes, aplicado por las naciones que se tildan de más civilistas del mundo!...

Ya se ha dicho en precedentes renglones que Roberto, jamás en su vida americana, había tenido algo de tenorio ni mucho menos, pero sí admirador perpetuo e incondicional de la belleza y el talento de la mujer, las dos grandes virtudes femeninas para hacer feliz al hombre menos sabio y menos humano de esta dura vida que sobrellevamos como el peso incontenible de una gran cruz, sobre las espaldas en este valle frondoso de lágrimas dolientes. Y como al fin y al cabo se hallaba completamente libre de compromisos morales y materiales, hasta con la novia que había tenido en Sud-América, hasta el momento de su propia partida al viejo mundo, consideraba desde mucho antes de hallarse, frente a frente, con esa soberbia belleza de mujer itálica, que no hacía nada de malo con tratar, desde ya, en buscar su porvenir, en todo y por todo, en la propia Italia, por la cual había corrido en su defensa, en el instante mismo de su supremo y más grande dolor de su prehistórica vida civil y cultural, hasta aquel momento. Y en último caso, pensaba también, el militar ríoplatense, que si en el conocimiento mundano que iba a sostener a menudo en la propia Roma de las arcaicas enseñanzas paganas y sibílicas, por más que se hubiera descarriado del camino moral impuesto *au-trance,* como medio de salir ileso, puro, sin mancharse para nada las alas blanquísimas de sus bellas ilusiones de gloria, en una o en otra actividad de brazo y de mente en tierra del Dante y de Petrarca, se debía esa consecuencia inesperada,

pero no encarnada en él, a la inherencia humana del propio caso propicio a estas expansiones sutiles del espíritu de todos los seres de todos los polos, por más fuerte que se esté, puesto frente a la provocación carnal bellísima, que contrastaba admirablemente con aquella romántica misión ensoñadora de su cruenta cruzada interoceánica, de seis mil millas marinas, sembradas de infernales máquinas mortíferas del repudiado pangermanismo de la hora.

Es así, pues, que el incidente de los cigarrillos complementó finalmente, aquella embarazosa situación de nuestro biografiado militar americano, en tierra de Virgilio y de Homero, en el lugar de sus propias acciones geniales, en que, se hicieron inmortales para la eternidad de los siglos, proporcionándole la oportunidad brillante y fácil de cambiar palabras con sus linajudas y simpáticas vecinas de mesa de café, absolutamente desconocidas, tanto ellas para con él, como él para con ellas. Y en este acercamiento se desempeñó tan bien y admirablemente sutil, Roberto, lejos de pasar por atrevido y guarango, en medio de un idioma riquísimo en fraseología y en exquisito *savoir faire,* que al sólo minuto de la ofrenda que conocemos, se hallaba compartiendo afablemente, en la propia mesa de aquellas aparentes ilustres damas desconocidas, a la sóla mágica palabra, de la señara que era tildada de condesa, por Fanny:

— Disculpe señor, mi curiosidad, ¿es usted oficial inglés?

Durante el prolongado relato de su calidad y provinencia de militar en aquellas sagradísimas tierras del estupendo Marco Antonio, aquel guerrero enloquecido de amor por la sibilina, pero estupenda Cleopatra de

los reyes egipcios de la conocida historia de amor y de muerte, y la causa fundamental de su presencia en Italia, en los duros momentos de la gran guerra mundial, más que itálica, la que por la señora condesa había sido tratada de Fanny, hasta ese momento en que, aún no se había hecho la debida presentación de estilo, entre gente del gran mundo de todos los pueblos civiles de la tierra, escuchaba como arrobada y soñando el cuento verídico y jamás falseado en un ápice de aquel sonambulesco viaje marítimo, con olor a muerte, antes de llegar a la propia capital de la antigua *Ligorum* de los genoveses, esa ciudad *madre de las naves* del milenario y rugiente Mediterráneo, la patria ingrata de aquel Colón de la reverencia y veneración americana, jamás menguada en el transcurso de los siglos, porque su obra como benefactora del mundo, es después de la que hace dos mil años, realizara el propio Jesuscristo de la tierra de Israel.

Fué entonces, que la anciana condesa, solemne y grave, admirada y respetuosa de la historia de la llegada de Roberto Mirafiore, a Italia, del oficial que hacía un momento habían tenido a poca distancia, solo y triste, esperando grave y melancólico, la aceptación lisa y llana de aquella solicitud de oficial voluntario en la gran guerra itálica, como si fuera una sentencia de muerte, porque en los días transcurridos entre Roma y Tívoli, a la espera de esa misma sentencia, se había percatado amplia y detenidamente, de la absoluta gravedad de la guerra, en general, de la Europa de la *entente*, en que ya, un primo suyo, hijo del tío en que habitaba en Tívoli, pocos días antes de su llegada a Italia, había sido hecho trizas por un 305 austriaco en las montañas

rocosas del Carso, comandando, con el grado de teniente con medalla de oro al valor militar, una sección de ametralladoras, le estrechó fuertemente la mano a Roberto, diciendo emocionada, con lágrimas en los ojos:

— Es usted un héroe y un gran patriota, que responde honrosa y dignamente a la tradicción histórica de nuestra fuerte y viril raza romana. Me admira que en América del Sur exista en los hijos de italianos un tal elevado concepto de nuestra querida y bella Italia en peligro de muerte por estos fieros bandidos austriacos. Su actitud para con las armas italianas y su exquisita gentileza para con nosotras hace un momento sin conocernos, me dispone sin ambajes ni medias tintas a que nos presentemos debidamente ante usted. Yo, la condesa Lucía Montebianco de..., esposa del coronel X, jefe del regimiento X... que se halla combatiendo en el frente, desde el principio de la guerra, y mi amiga, la señora Fanny Bonelli de..., viuda del mayor X, fallecido anteriormente a esta guerra. — Y a guisa de explicación y volviendo a tomar asiento, agregó: — Ya ve usted, señor oficial, que también nosotras nos encontramos identificadas con militares de nuestra querida patria.

A todo esto, las tres personas de esta solemne y particular presentación, se cambiaron las respectivas tarjetas de estilo, por lo que la bella Fanny, se dispuso a escribir con lápiz la dirección de su casa, mientras decía satisfecha de aquel encuentro de gloria para ella:

— Yo y la señora condesa somos de Torino; vivo en la via San Secondo y mi distinguida amiga en la plaza Crimea. Como somos tan amigas, y Torino con esta guerra resulta muy triste y apática, no habiendo mayormente que verse para matar el tiempo, es que hemos

dispuesto venir, de tanto en tanto, a pasar un par de meses en esta Roma de los Césares, con el sólo fin de visitar cotidianamente a las tantas maravillas arqueológicas que existen en estado de fehaciente admiración de sus antiguos esplendores. Habitamos aquí cerca, a la otra cuadra, en el hotel « Flora », donde abonamos cincuenta liras diarias por persona, cada cual con su habitación y todo el confort necesario a nuestras exigencias sociales e higiénicas, a una sóla cuadra de la entrada principal de la Villa Borghese. Esto le dará a usted, una mera idea de lo encarecida que se halla la vida en Italia a causa de la guerra maldita.

— Sí, es verdad, — intercede la condesa Lucía, afablemente, — solamente a eso es que venimos períodicamente a esta Roma de nuestra insaciable curiosidad de ver cosas de la antigüedad fastuosa de un César Augusto o de un Marco Antonio. Hoy, por ejemplo, tenemos pensado recorrer en coche parte de la Villa Borghese, hasta llegar al Pincio, y desde allí regresar a pie a la Ciudad Eterna, por una vía costanera a ese gran paseo aristocrático, desde donde se puede admirar fácilmente, el soberbio como incomparable panorama de casi toda la Roma antigua, que queda detrás de la bellísima cúpula de San Pedro, hasta verse las cimas apenas perceptibles, cubiertas de nebulosa nieve, del imponente Apenino que va a morir sobre el Tirreno mar, poco más abajo del puerto de Ostia, en la desembocadura del Tiver, con el objeto de visitar más tarde una iglesia del medioevo, que contiene unas pinturas del Pinturicchio, que queda apenas se sale del romántico paseo de moda, en las épocas invernales de esta Roma lluviosa y gris por demás, por esos días, que hace pensar fácilmente, con

lágrimas en los ojos, en los muertos queridos, de esta gran guerra, perdidos sus restos en el laberinto de las aberturas de las montañas ciclópeas del trentino irredento...

Ya que el militar extranjero biografiado se hallaba por entero frente a frente a aquella mujer extraordinariamente hermosa, ésta complementó definitivamente su veneración por este hombre desconocido, al verificar su trato y tener bien de cerca sus lineamientos físicos.

Solo así, cuando llegó realmente este inesperado y supremo momento, pudo darse exacta cuenta, haciendo un profundo examen de conciencia, de que el trato con un hombre absolutamente desconocido, en Roma y en toda Italia, podía degenerar muy bien y fácilmente en una no muy común aventura.

Varias ocasiones interrogó al extranjero si era absolutamente desconocido en Italia, por lo que picado por la curiosidad el militar, repuso, por último:

—¿Y por qué, señora me hace usted esta pregunta con tanta insistencia?

Y el rubor subió por primera vez a las mejillas de aquella mujer de cara angelical, al sólo pensamiento de lo que estaba obligada a contestar.

—¡Nada, señor oficial!... Nada... Si usted fuera a la fecha muy conocido en Roma, temería por el qué dirán de las gentes, por este tan amable y simpático encuentro con usted. ¡Es por eso que celebro que sea extranjero y absolutamente desconocido en todos los ambientes!

—¿Y aquí también como en América existen los convencionalismos y las murmuraciones indebidas, que hieren dignidades y decencias más puras y acrisoladas? —repuso el oficial, extrañado de que en una gran capi-

tal como Roma, la gente se preocupara de esas cosas como en cualquier aldeuela del mundo.

—Lo único que me extraña, señor, es saber que en tal sentido, sea en América como en Italia, para hablar mal a la menor libertad de una dama de sociedad, sin tener la intención de pecar en nada.

Y aquí la exquisita mujer itálica pronunció una palabra en francés perfecto, demostrando saberlo dominar a carta cabal, equivalente a decir en castellano, « pero a mí se me importa muy poco del qué dirán ».

Las miradas extrañas de todos los circundantes asediaban como perros de presa aquel interesante coloquio, digno de una novela de Grazia Deledda o de Matilde de Serao, las grandes pensadoras itálicas del momento.

La conversación subió a tal punto de explicativa y entusiasta de todo cuanto de maravilloso existe en Roma y en toda Italia, que cuando Roberto vió la hora en el reloj de su bolsillo, eran nada menos que las 15 y 30 horas de la tarde, por lo que se apresuró a decir:

— Este inesperado como afabilísino conocimiento con tan distinguidas damas italianas, ha sido causa suficiente, para que la entrevista casi obligada que tenía que tener, a las 14 horas en punto, con el embajador de mi país ante el Quirinal, la postergue para otro día, por cuanto a esta hora avanzada de la tarde, el referido diplomático se encuentra fuera de su cancillería, no lamentando, en absoluto, esta incidencia; por el contrario, me felicito de haber tenido la inmensa como inmerecida honra de encontrarla y saberla apreciar en todo su valor...

— Para mí, por lo menos... — repuso apresuradamente, Fanny, — es un momento agradable éste, el que hemos pasado con usted, de exquisito *savoir faire* de su parte,

que jamás hubiéramos imaginado encontrarla en grado superlativo, en un hombre sudamericano, que creo difícil poder olvidar este rato amable a la vuelta de unos días de dejar de vernos... — siguiendo a estas palabras una mirada capaz de trastornar al cerebro masculino más equilibrado y más duro a la sensibilidad de las palabras armoniosas de una mujer bella e inteligente.

— Por el contrario, señora, — siguió diciendo Roberto, un tanto más emocionado que al principio, porque se acercaba el momento supremo de la despedida, y no sabía si ella sería accidental o eterna, porque no quería perder de vista aquella presa espiritual y artística, la más espiritual y artística de todas las presas femeninas que lo habían tratado hasta entonces, desde que había llegado a Italia, — eso es demasiada honra para un pobre americano como yo, que nada vale para un semejante recuerdo en la memoria de una mujer tan bella y tan exquisitamente mujer, de esta venerada Italia, como lo es usted, que me pareciera realmente, que con esta sola incidencia gloriosa de esta tarde, he vivido lo suficiente, la más estupenda página del mejor romance de nuestro Divino D'Annunzio, el feliz autor de «El Fuego» y «El Placer».

— ¡Oh, qué imaginación poética tiene usted! ¿Ustedes en América, saben interpretar fielmente el sentido filosófico y estético de las obras de nuestros grandes escritores, como D'Anunnzio? — exclamó asombrada la exquisita mujer itálica, con alegría inmensa.

— No solamente, sabemos interpretar debidamente las obras de los grandes escritores del presente de esta estupenda Italia del amor y de las pasiones, como locuras del alma y del corazón, que no se curan nunca,

empezando por D'Annunzio, sino que al propio Dante, en su Divina Comedia, en sus más simples detalles filosóficos, como que, un general argentino, que dicen que ha sido uruguayo de nacimiento, don Bartolomé Mitre, y que también ha sido Presidente de la República de ese país, tradujo el Dante, como el mejor y el que más de toda el habla castellana, de esa estupenda tierra del Quijote, que se llama: España. D'Annunzio es el más grande genio franciscano y de sacrificio de la lengua del Dante del presente! ¡Es el más evangélico soñador del Mundo del latinismo de nuestra gran estirpe romana!...

Después de haber trabado amistad con aquella bella mujer desconocida, en un café de Roma, en momentos de más fragorosa lucha, en el frente del trentino, en 1917, — como se ha dicho ya, — un mes antes de la célebre retirada de Caporetto, debía ser, de seguro, para Roberto Mirafiore, que por momentos debía marchar hacia el campo de aquel mismo honor de los sagrados ideales de libertad de la humanidad latina del mundo entero, una muy tristísima separación, quedando largo tiempo, o quizá para siempre, sin saber más nada de la vida de aquella mujer, a la cual, desde ya, se hallaba ligado espiritualmente, por el encuentro mismo en sí, aparte de su belleza física fascinante, acompañadas por la libertad de los protocolos sociales y la brillante juventud.

Es que Roberto Mirafiore, apesar de la modestia de toda la vida, en su propia tierra americana, hasta los treinta y pico de años a que había llegado, en ese momento de su viaje al más arcaico lugar del viejo mundo del latinismo universal: la eterna Roma de los siglos de toda la vida, tenía algo de sabio en sí, pero accionando

siempre en la penumbra, no demostrado a nadie, si realmente no alcanzaba a divisar una pequeña partícula de perfección de conciencia. En su país y en todas partes del mundo en que, había puesto y seguía poniendo sus plantas, con mucho de Quijote en el alma y en su morral de viaje, mucho de Sancho, su vida fué serena y ejemplar, apesar de su semi-arte de bohemio a medias, sin haber dado ningún fruto en letras de molde, habiéndose consagrado, en medio de las actividades positivas de la vida, en la soledad y en el anonimato de los hechos de pública notoriedad oficial o privada, a una actividad también espiritual, romántica, mejor dicho, con espíritu de sacrificio físico y moral, padeciendo, sufriendo la impotencia de la revelación, al borde de los labios y de la pluma, ahogando en el misterio del ser, las fecundas revelaciones del pensamiento.

Fué a la guerra europea 1914-18, porque siempre le cautivó la grandeza espartana de las viejas y rancias leyes de la Cristiandad de los maravillosos ejemplos universales, eternamente prendado de los encantos del mundo y de la vida, a la cual amaba como el más precioso tesoro de la Naturaleza. Por más reveses que a cada instante sufría en todas sus ilusiones de gloria y mansedumbre, como un Cristo martirizado por el eterno egoísmo de la humanidad, jamás quiso desprenderse del perdón y de la bondad, con carácter de cobardía moral, a la vista de los profanos en elevación de miras humanas.

Por eso es, que al ver aquella mujer en la Roma Eterna de los ensueños de oro de una humanidad entera, había visto a la propia virgen de los ojos negros y cabellos dorados de las grandes fantasías rafaelescas o vincianas. Como los patriarcas de los milenarios tiempos,

nunca se entreparó frente a una mujer bella por la carne y por el espíritu, para profundizar su pasado, sino para sobreponerla a la superioridad de la realización del porvenir.

Cuando el oficial ríoplatense y aquellas dos damas se levantaron de la mesa de aquel *petit parisien* café romano de la espléndida y anchísima avenida Veneto, habiendo abonado Roberto, como cuadraba a su exquisita caballerosidad, la consumación en conjunto de aquella mesa que se abandonaba, éste se sintió de súbito invadido por un extraño sentimiento de desconsolación, al comprender que había llegado el momento no deseado por él de aquella separación, quién sabe para siempre, del lado de mujer tan adorable, por sus bellas formas y por sus maneras de ser en el trato directo con las personas. Era dolorosa esta situación para el militar extranjero, por cuanto si bien era fácil poderla ver en otras ocasiones a aquel ángel espiritual del inesperado encuentro de aquella tarde primaveral, interrogando a ella misma, la forma de poder seguir en adelante aquella exquisita y encantadora plática, cada dos o tres días que Roberto se presentaba, desde la tiburtina ciudad sobre las faldas del Apenino, no era fácil aunque esta dicha pudiera ser más o menos duradera, por cuanto dicho militar, esperaba por momentos la aceptación de sus servicios de oficial extranjero, por el gobierno de Italia, a los efectos de pasar a la escuela militar de Módena o de Caserta, a hacer un curso preparatorio de tres meses, en el arma de infantería, a igual que los que son llamados a ser oficiales de complementos en la propia península, en aquella guerra espantosa y cruel, y pasar de inmediato a combatir a primera línea, el primer mes de concurrir

a incorporarse en aquel frente de hierro a las órdenes del general Cadorna, del Duque de Aosta y del general Porro.

¡Y con sobrada razón Roberto Mirafiore no quería dejar perder la oportunidad esplendorosa de seguir un poco más adelante la espiritual aventura de aquella tarde romana, bajo un cielo azul purísimo, conforme lo había leído siempre en las estupendas obras del exquisito pensamiento de un D'Annunzio, de un Manzoni, de un Carducci!

¡Es que realmente era un idilio de novela célebre, lo del oficial ríoplatense, aquel día, nada menos, que en medio de los foros y las catacumbas de la antigua Roma de un Cicerón, de un Horacio, de un Virgilio!

Mayor gloria inesperada para un ser sudamericano' falto de popularidad oficial y privada, no puede pedirse, en una tierra de casi cuarenta y dos millones de seres, donde existen físicos y hechos perfectos y geniales, que eclipsan cualquier otra novedad de provinencia intercontinental, y mucho menos de las tierras ríoplatenses, donde pareciera, que en la vieja Europa, en general, no se le tiene en cuenta para nada en sus excepcionales signos de progreso en todos los órdenes de las actividades humanas.

Pero tampoco, por atesorar valores morales de tan elevados quilates, frente a una era social de verdadera podredumbre de conciencia, en todos los órdenes de la vida, en todos los pueblos del mundo de la era civilista del siglo XX, que han dado en llamar de las luces, el misticismo sutil de que era poseedor, por naturaleza y por educación, no oscurecía, en absoluto, la visión carnal, prosaica y convencional, de lo que aparentemente, quiere

aparecer ante el mundo, como factor fundamental de idealidad suprema de la vida. Lo que había de cierto en él, una vez de hallarse frente a frente a la pasmosa realidad, de caminar entre lo arcaico y lo moderno de la sabia y máxima civilización del mundo, es que se sentía inmensamente feliz, apesar de pretender marchar de un momento a otro, a entreverarse con aquella masa informe de soldados, cañones y fusiles del frente itálico, porque de cualquier manera, había plasmado una parte de su eterno ideal de vagar por el mundo viejo y nuevo, porque, en medio de todo ese maremagnum de cosas e ideas de la gran guerra de que se trata, amaba e iba siempre en pos de ese misterio que ofrece a ciertos espíritus exquisitos, el mundo de los lejanos horizontes, una especie de soñador de regiones remotas y azulinas de mundos desconocidos, que la fantasía de un Marcos Polo o un Pierre Loti, describieran maravillosamente para inspirar grandes empresas o visiones de otra vida mejor en este pícaro mundo de los convencionalismos recalcitrantes.

Y una vez en medio de ese misterio de la vida que tanto amaba desde lejos, como humano que era, cometía errores y equívocos, ya que el equivocarse en la vida, es propio de humanos corazones, empezando por el más sabio de los cerebros del mundo; se le podían señalar, a menudo, contradicciones a los principios de moral sustentados, porque como temperamento superior y vehemente, que era, no estaba exento de sentimientos paganos, en medio de un misticismo extático; pero llegado el momento de la prueba y de los hechos consumados, sabía templar el goce carnal con la poderosa influencia del cerebro, capaz de huir a zancadas, en el mismo mo-

mento de la lucidez del hecho material y perjudicial a los sentidos morales de la perpetuidad de la cosa disfrutada, en un momento de exquisita locura morbosa.

Este era el bagaje de idealidad y misticismo de la vida, que acompañaba a Roberto Mirafiore, en el momento de su estada en la Roma Inmortal de los Césares, viendo en aquella beldad del conocimiento del café, no a la mujer en sí, por ser puramente mujer, sino que, desde ya, veía en ella, algo de ese sacerdosio de vestal, alma genérica de la patriarcal era de exquisitez de los sentidos en que se encontraba en una forma muda y extática, como trasoñando de hallarse realmente en un mundo en la tierra, que tenía algo de Cielo... algo de Infierno del Dante, en su Divina Comedia.

Es que era realmente pintoresca el caso de la presencia en Roma, de aquel hombre más bien desconocido y hasta humilde en su tierra sudamericana, que al ir a cumplir una misión de *motu-propio* con la hora de opresión de libertad del mundo, en el propio campo de honor de los hechos consumados, involuntariamente, no perdía un sólo instante en colocarse frente a los vestigios maravillosos de los milenarios monumentos romanos, tratando siempre de buscar por algún rincón, por algún sendero del vetusto armatoste arqueológico, tortuoso y desmantelado, un hálito divino de aquella gloria canónica en que, los envolviera un día de su máximo festín, un Sila, un Nerón...

Con sus vehementes deseos de conocer el mundo de Occidente y de Oriente, como si fuera un Pierre Loti sin caletre, pasó de la tierra rural y agreste de las cuchillas de su americana tierra, a admirar psicológicamente, las comarcas donde han tenido lugar, los

más estupendos hechos y consagraciones gloriosas del Universo, en su génesis de civilización, de progreso y de cultura.

Y cuando la condesa Lucía se dispuso a llamar un lujoso coche de alquiler, con cochero con librea, un solo caballo con campanillas y yantas de goma, Roberto Mirafiore, como ahogando en sí mismo un suspiro de cruenta lucha interior, entre si lo hago o no lo hago, se apresuró a decirle a la dama de ilustre prosapia:

— Señora condesa; si usted me permite y no encuentra a mal, me voy a tomar la libertad de ofrecer mi compañía para las visitas que piensan hacer esta tarde a esos lugares maravillosos de los antiguos faustos romanos...

— Con muchísimo placer y a mucha honra, caballero,— respondió la linajuda dama, más bien con manifiesta alegría, con una sinceridad que le salía de su propia alma. — Casi había sido mi intención, en el momento de levantarnos, de ofrecerle a usted lo que me pide. ¡No faltaba otra cosa, que no aceptar una tan valiosa compañía!

Y la viuda Fanny, satisfecha por demás de aquel ofrecimiento espontáneo de aquel hombre extraño al ambiente en general itálico, se apresuró a exclamar:

— ¡Es que tendremos el mayor placer de servirle a usted de *cicerone!*... ¡Ya verá usted, señor oficial, qué de cosas estupendas y bellas hay en esta Roma de los emperadores romanos de dos mil años a esta parte!...

Y Mirafiore, satisfecho hasta el éxtasis por aquella segunda etapa a iniciarse de aquella inesperada, pero bien sentida jornada romana, aprestándose a ofrecer la derecha a las dignas acompañantes de aquel proyectado paseo, subió al coche, en medio de una emoción y una palpitación de corazón, visibles, en absoluto, a la vista

de aquéllas; se sentó en el medio de las dos mujeres, por indicación insistente de la condesa; ésta a la derecha y la viuda a la izquierda, diciendo con voz temblorosa:

—¡Por esta noble actitud de ustedes, para con mi modesta persona, desde que he llegado a pisar las sagradas tierras de esta Roma Inmortal, por la cual un día milenario dijera sabiamente el gran Horacio: «He tocado el Trono del Olimpo», me siento el más feliz de los mortales de mi tierra sudamericana! ¡Al tratar esta tarde inesperada y gloriosamente con ustedes, me figuro vivir las páginas del más sagrado y virtuoso romance de vuestra colosal literatura ¡honra y prez de la literatura latinista del mundo entero!

—¡Lo mismo es para nosotras, su amable y distinguido trato, señor oficial, — repusieron unísonamente ambas mujeres, con exquisita y particular gentileza de damas acostumbradas a lisonjas de más elevados quilates sociales que los que en aquel momento les podía ofrecer ruda y sinceramente un rutinario provinciano ríoplatense guíado solamente con el buen criterio y la idea bien arraigada de no hacer jamás malos papeles ni en las sociedades de América ni de Europa.

Y las miradas exóticas e infinitas, pisicológicas y profundizantes del militar extranjero, una vez en marcha en aquel lujoso coche, se cruzaron como saetas de ensoñaciones luminosas y románticas de mundos mejores en esta misérrima vida terrenal.

Uno y otro, sentían fuertemente incontenible hacerse preguntas sobre el verdadero origen de sus personas, pero la dulce emoción del hecho consumado, de la realidad casi fantástica de aquel paseo, los tenían mudamente conmovidos.

Y a todo esto, a pocos metros de la partida en aquel coche, de los tres personajes de nuestra historia, a un fustigazo magistralmente dado por el auriga al soberbio corcel oscuro que los arrastraba, el amuellado vehículo entró de lleno, sereno y solemne, en cuatro grandes trotadas aristocráticas de aquel caballo hermoso por donde quiera que se le mirara, por la Puerta Pinciana en el soberbio y perfumado gran parque urbano de Villa Borghese que encanta y embellece a la Inmortal Ciudad de un Julio César, de un Adriano.

CAPITULO III

Como hemos dicho en el capítulo precedente, en sus últimas citas, el coche con aquel oficial sudamericano y las dos damas de pura estirpe itálica, relacionados en íntima amistad lírica, en aquel café de la via Veneto de la antigua *Urbi*, tomó por una amplia avenida, que según las damás, iba a salir, sobre el mismo aristocrá tico Pincio, paseo de moda de la nobleza romana.

Aquel comenzar de dulce y plácida aventura para aquel personaje, completamente extraño a las cosas y a las ideas del medio ambiente milenario y superior, en que, ya actuaba en un plano singular, jamás imaginado por su propia fantasía, que en medio de todo, Roberto Mirafiore, era de aquellos seres en la vida, que por más romántico que se sienten, frente a un profundo deseo de amar la vida, para conocer y más conocer, la belleza de este breve pasaje del Hombre sobre la tierra, no se remontaba demasiado alto, donde, como dice el gran Rodó, en su *Motivos de Proteo*, suele volar el ave más alto que uno, sino que se atenía, ante todo, a ese espacio que estaba dentro de él mismo, aún sin explorar, siempre digno de ser explorado.

El trotar de aquel bello corcel y el rodar de aquel sedante coche, por una avenida esmeradamente macada-

nizada de una materia blanquecina, sin levantarse el más mínimo polvo tras de sí, el paseo de aquellas tres almas casi mudas, pero profundamente emocionadas de la singular grandeza del encuentro y del día luminoso, era tan sencillo como hermosísimo. Del resultado final de aquel conocimiento entre los tres personajes de nuestra historia, no se podía esperar otra cosa, que la más radiante felicidad, pareciendo que la tormenta de la hecatombe trentina misma no estaba hecha para alcanzar a destruir aquel idilio, sino de amor, por lo menos de finísima espiritualidad artística, de estupenda visión estética del acercamiento y contacto con lo bello, emanado de la propia máxima belleza en la vida. En aquel paseo por el centenario parque principesco, en lo íntimo y en lo visual de los seres que eran transportados, la memoria de uno y otro, no concebían haber sentido y visto grandeza de la vida italiana, más estupenda, uno por lo leído y los otros por haber nacido y vivido su propia acción directa. Mientras ésto sucedía, a medida que el coche avanzaba por aquella ancha faja en forma ondulante, de tanto en tanto, en cada uno de aquellos espíritus, parecía surgir en sus semblantes emotivos, reminiscencias de una existencia dichosa pasada, que jamás volverá a florecer con arpegios de música de cielo, con voces interiores del alma y del corazón, con asomos visibles de penas y lloros irremediables, que sólo son sentimientos que despiertan de su largo sueño, en un día florido y eterno, como aquel de aquella tarde, en que, aquellos tres seres de raza latina, escurrían sus cuerpos y sus sentidos, por unos de los lugares de más idílicas querellas de los romanos cantares de remotas y seculares épocas, que venían a estos mismos rincones,

porque eran testigos oculares de tragedias más ignotas aún, de esas tragedias humanas ignotas aquí abajo en la tierra, que parecían maravillosos poemas estelares.

El ancho e interminable camino culebreado, desde que el coche había entrado a rodar por él, se hallaba flanqueado por un jardín ameno con verdísimos prados, donde en una parte se veía una extensísima pista también, con un sinnúmero de elegantes oficiales de caballería italiana, haciendo ejercicio de equitación, ya corriendo carreras, ya saltando aquí y más adelante, en forma continuada y simultánea, elevadas vallas, que al paso de este coche, al ver mujer tan bella y uniforme militar tan extraño, entreparaban sus cabalgaduras de pura sangre, con colas cortadas al rabo, para admirar en forma novedosa, semejante pasaje humano, con caracter de novela; y aquí y acullá, en la otra parte, sobre el verde cesped, algún que otro pintor esbozando paisajes soberbios de aquella tupida y bella Naturaleza, como igualmente, de tanto en tanto, echado sobre el cesped o sentado en algún banco de piedra sobre la avenida, se veía algún ser femenino o masculino, absorto en la lectura de algún drama de amor, como si hubieran plantado allí sus propias tiendas para lo eterno, leyendo quizás los cuentos de fantásticas leyendas, con pupilas de ensoñaciones mudas, y más allá, se veía una cancha donde se jugaba al *lawn - tennis*. El conjunto de la vida del gran parque popular romano de los Borghese, armonizaba perfectamente con aquel bello y radiante día de Italia, ofreciendo realmente, un aspecto confortable y bellísimo. ¡En la primavera en flor de la romana *Urbi* de milenarios tiempos imperiales, no hay ningún otro lugar que invite tanto a la poesía y a la majestad de

las cosas de la vida, como ese grandioso y secular parque de la Villa Borghese!

A ambos flancos de la marcha de aquel coche de nuestro conocimiento, por aquel parque, no faltaban los mármoles esculturales de los más geniales cinceladores itálicos. A una cierta altura del viaje plácido y sereno, viéndolo todo con detención y minuciosidad, se veían estatuas, al completo desnudo, de Narciso. de Mercurio, del Dante, de Petrarca, de Nerón, y de tantos otros pensadores y césares romanos, buenos o malos, estos últimos, representados en su propio rol.

Las ventanas de las casas, en su mayoría, verdaderos palacios góticos encantados, que circundan a este gran parque romano, a través de una anchísima avenida, alcanzan a mostrar, apenas entrando las primeras cuadras parque adentro, las semi-ocultas colgaduras, y las caras virginales de sus vestales de carne y hueso, asomadas a los balcones, aspirando el aire puro y perfumado del que fuera en un tiempo, casi parque real de Roma Eterna. Es que en las épocas estivales, los áureos rayos solares entibian y alumbran por la mañana, aquellas lujosas moradas cubiertas de glicinas y madreselvas en flor, de una alegría que hace sentir en los humanos corazones que las habitan, pasión aguda en los amores terrenos, con carácter de cosas celestiales y ultramundanas.

Es así que Roberto Miraflore, aquella tarde estival de su paseo por la Villa Borghese, en compañía de aquella beldad colocada a su izquierda, como si él hubiera sido un ser humilde endiosado por la propia belleza de la vida, sentía el profundo placer del vivir, después de haber sentido la profunda angustia de la muerte, en el momento supremo de la determinante partida de los

puertos sudamericanos de su nacimiento, que le hacía sugerir una nueva y gran poesía del valor de la existencia humana.

Y mientras el coche rodaba y rodaba, por la carretera sin término de aquel vasto parque augusto, Roberto, embargado, en absoluto, en aquella golosina super de su vida, que llevaba al lado, como la más grande conquista de su temperamento, entre lo Quijote y lo Sancho, ensimismado en su triunfo, seguía repitiéndose a sí mismo:

— ¡Oh dulces ensueños, venid a mecerme en una ráfaga deliciosa y eterna, a fin de olvidar el presente y no pensar en el futuro!

Es que por doquiera que iba aquel coche en dirección al jamás llegado Pincio, el cuadro que Roberto tenía a la vista, le hacía recordar a aquel pensamiento de uno de nuestros celebrados escritores: « Armonía misteriosa, » dulzura sobrehumana, felicidad incomparable por su » fuerza, esplenden en el rostro del tocador. El monje » que interrumpe su éxtasis, parece le remordiera el » hacerlo. ¿Puede darse figuración más subjetiva de este » lejano infinito do imperan la paz y el amor? ».

Alguien ha dicho en letras de molde, que el amor a la belleza, es una de la más alta distinción a que podemos aspirar en la vida.

Era precisamente lo que Roberto Mirafiore sentía profundamente en sí, en aquel paseo, al lado de aquellas exquisitas mujeres itálicas.

¡Oh, las evocaciones de las realidades interiores de un corazón sufriente, que llora sangre por alcanzar un ideal perfecto en la vida!...

Recordemos a aquel pensador cuando supo decir:

« El arte nos ayuda a espiritualizarnos, muestra a los
» ojos cansados o miopes bellezas observadas por la vi-
» sión clarividente. El arte es paz, armonía, consuelo,
» alegría, ventana abierta hacia épocas en que la huma-
» nidad fué más grande y bella ».

A medida que transcurrían los segundos, los minutos, las horas al lado de aquellas dos damas desconocidas, Roberto Mirafiore, en medio de su entorpecimiento de alma y de cuerpo, por tanta felicidad inesperada, ni siquiera presentida, se daba exacta cuenta de su pequeñéz mental, porque, en medio de sus ambiciones, desde que se conocía con uso de razón, siempre se había considerado como un objeto sin valor para la utilidad social en la vida, ni tan siquiera para los excéntricos caprichos de particulares seres.

En todo aquel trayecto recorrido por la Villa Borghese, hecha su entrada, los tres personajes de nuestra historia, por el lado, se podría decir, de la arcaica Puerta Pinciana, estos aspiraban, en aquel día radiante de sol y de belleza, una brisa primaveral, suave, pura y delicadísima, con penetración al alma y al cuerpo, con perfume embriagador de la mitológica rosa azul de la vida, buscada inútilmente por todos los países de Occidente a Oriente, por los poetas sutiles del verbo exquisito del buen decir, al influjo poderoso del buen sentir, esencia dolorosa y triste de las almas superiores, que vagan por el ancho campo del mundo de las soledades exuberantes de la Naturaleza en flor, siempre en busca de un ideal pleno y amplio, fuerte y eterno como la gloria inmortal de los espíritus geniales que nunca mueren, y que cada siglo de civilización que pasa para la humanidad puramente accidental en su forma corpórea, se agiganta aún más,

el volúmen ya ciclópeo de esa misma gloria incontenible por su desmesurada grandeza póstuma.

El coche llega por fin a una altura de aquel paseo de románticas ensoñaciones de gloria eterna de seres superiores en la tierra de los arcaicos y perversos convencionalismos sociales *au - trance,* donde con más pronunciamiento e intensidad se siente paulatinamente, mientras se avanza a un trote pausado del corcel que arrastra la *carrozza,* un espeso perfume de lilas y de lirios, que romantizaba aún más profundamente erótico al alma de Roberto, el singular espectáculo de su vida, de hallarse al lado de una mujer itálica de la hora, tan exquisita y superior, que lo hacía pensar a pie juntos, en aquellas mujeres soberbias de belleza, de pasión y de exquisito buen decir, en lo oral y en lo escrito, de la época de Sila, empezando por sus dos esposas, maravillosas de talento y de hermosura: Cecilla Metella y Valeria; de Nerón, de Adriano, de Julio César. A la izquierda de los paseantes de aquella tarde se alcanzaba a divisar perfectamente, todos los pormenores del imponente panorama de la Ciudad Eterna, como dormida en un tranquilo sueño de gloria inmortal milenaria, y a medida que el coche se iba acercando al Pincio, en forma gradual y escalonada, se alcanzaba a divisar también, perfectamente, toda la parte romana que da sobre la altura de la arcaica *Urbi,* el famoso convento e iglesia de la Trinidad de los Montes, hasta llegar a abarcar la vista, todo el encantador espectáculo de lo que tiene vida y calor, colocado sobre la colina Vaticana, empezando por la propia gran Basílica de San Pedro, el Vaticano y sus correspondientes extensos jardines, donde se pasea el Papa prisionero de su pequeño estado moral,

después de su largo poderío en los antiguos estados pontificios caído en manos de la Casa reinante de los Savoia, por la espada libertadora de un Garibaldi, que después de Mentana sangrienta, hiciera su entrada triunfal en la Roma Pontifical, por el lado de Puerta Pía, para no volver a salir más, el resultado del triunfo de sus armas, en beneficio de la más amplia y soberbia democracia de toda Italia unida de la idealidad social y política de un Mazzini o de un Cavour.

También, desde ese lugar de la villa de los que fueron príncipes Borghese que honraron con su nombre y con sus hechos a la nobleza y a toda Italia democrática y grandiosa en todos los siglos de la historia de su gesta maravillosa sobre la tierra, se alcanza a divisar el Castillo San Angel de los Borgias envenenadores y malvados, del lado opuesto del tranquilo y turbio Tiver, cuyo río, atravesando Roma de cabo a rabo, la vasta y abrupta llanura de esa llamada triste campiña romana, hasta que va a desembocar su torrente de aguas apeninas en el Tirreno mar de la historia sagrada de esta Roma nerónica, cuyas aguas oceánicas son las mismas, en las cuales el propio vampiro de Nerón, con sutiles suterfugios de un aparente paseo matinal por el *mare nostrum,* en una barca preparada de antemano al efecto, quiso que ahogaran para lo eterno, a la propia autora de sus días: a aquella estupenda Agrippina de la más exquisita y perenne lascividad, que a los cuarenta y tres años de edad enloquecía de amor a mancebos inocentes como lirios frágiles, con los perfumes eróticos de su cuerpo de sierpe insaciable de lujuriantes placeres, que no hubiera de salir con las suyas, aquel gran mistificador de la máxima sabiduría de la vida del famoso coliseo leonino de su

lujuria de sangre de cuerpos humanos de almas dignas de un Espartaco, por cuanto la principesca nave, al abrirse de medio a medio, para que las profundidades del océano se tragaran para lo eterno de la eternidad, a la morbosa autora de los días de aquel Rey Fariseo, mitad hombre y mitad mujer, que por ser un perfecto degenerado nato, mandaba morir con un engaño sutil y una tranquilidad pasmosa de conciencia, a la mujer que de cualquier manera, fuere lo que fuere, le había dado el ser y la oportunidad de ser lo que pretendió *au - trance* ser, para la eterna desgracia y vergüenza de los siglos de los siglos, la madre indigna también, por la calidad de sus vástagos y el carácter de su conducta personal, como mujer que por su rango y educación, se debía a los principios básicos de moral de la sociedad humana, supo salir ilesa de aquel naufragio intencional, saliendo a nado a orillas del puerto de Ostia. Y más allá, muy en lontananza, por encima del Coliseo y el que fuera en un tiempo aún vestigios intactos del Palatino, con rumbos, la vista hacia el Acueducto de Claudio, tumba de Cecilia Metella, cuarteles de los fuertes romanos, los baños termales de la historia milenaria, estación y campo de aereonautación de Cento Celle, Tívoli de Cassio, etc., etc., se alcanzaba a divisar apenas sonriente y un tanto nebuloso de azulino panorama, las cimas de la larga cadena altísima e imponente, del gran Apenino itálico.

Frente a este particularísimo panorama, Roberto Mirafiore, no se cansaba nunca de admirar y ponderar las bellezas de aquel cuadro de la Naturaleza, que en tiempos prehistóricos de la sabia humanidad del siglo XX, sirviera de marco de oro, a todo lo que tenía atingencia, con la coronación a algún laureado de las letras, a algún

Ave-César verdadero, en circos, campo de Marte, foros, templos, etc., etc., exclamando a cada instante:

—¡Oh, qué bello es todo esto! ¡Nunca, en mis continuos paseos a Roma, se me había ocurrido venir por aquí! ¡Hay tanto que ver, a cada paso que uno da por doquier, que casi no hay tiempo para dirigirse expresamente a ver lo que se considera mejor! ¡Y eso que en toda esta Ciudad Eterna y lo que he visto en la campiña romana, en mis continuos viajes entre Roma y Tívoli, no sabría decirles a ustedes, cual sería lo peor que he visto! ¡Todo, pero todo aquí, es estupendo y maravilloso!

La flúida palabra de Fanny, que por largo trecho había quedado muda y observativa de las emociones de su acompañante desconocido, hasta ratos antes, apareció a flor de labios como un capullo de rosa que surge a la faz de la luz radiante de una suave mañana de abril, como una expansión también incontenible por más tiempo en su interior de mujer eminentemente exquisita, frente a lo exquisito y doloroso, frente a lo doloroso y humano, exclamó también, enamorada del hombre y del panorama que se le ofrecía ante su vista de mujer itálica, que por tal su admiración sincera, bien y profundamente sentida, de por fuerza tenía que ser de doble valor, que lo sentido por el extrnjero militar a su lado:

—¡Ah, tiene usted, señor oficial americano, alma y genio de artista medioeval! ¡Tiene usted en lo físico y en lo moral, algo de esta muestra grandiosa de la inmortal estirpe romana! Sí, mi caro amigo; se lo dice a usted una mujer que ha tratado y sigue tratando personas de esta estupenda tierra del Dante, que por su origen de familia y por su inteligencia, son de los mejores. Y esmás por eso que estoy autorizada para apreciar psico-

lógicamente el supremo valor de este paseo a su lado, por este jardín ameno de nuestra romana *Urbi,* en medio de una tarde suave, deliciosa de ensueños de oro, con un aire perfumado que realza aún más, el encanto inimitable de este feliz encuentro con usted, en el café cerca de nuestro alojamiento accidental en Roma. — Suspirando profundamente con caris de pasión sufriente: — ¡ Oh, Dios mío, he vivido momentos ignotos de tiempos mejores idos, que quisiera seguir viviendo, para todo el resto de mi vida ! . . .

Y dicho ésto, uno y otro se miraron profundamente en los ojos, donde, en toda aquella tarde estival, desde el momento del conocimiento hasta allí, fué el lugar que realmente se puso de manifiesto la alta pasión que sentían mutuamente, acrecentada por todo aquel dorado marco que les rodeara, con hálitos e inciensos de divinidad.

Fué tan expresiva una y otra mirada de los dos enamorados en silencio, que las manos se rozaron inconscientemente en un apretón sutil, como tersura sedante, afirmando lo que aún los labios no se atrevían a manifestar, por respeto a la buena, pero un tanto inflexible condesa, que en el fondo, deseaba de mil amores y facilitaba a la vez, el idilio moral de su compañero.

Aquellas dos almas en aquel momento, se dijeron sin despegar los labios, con los ojos y con las manos, las sutilezas más sublimes de una pasión de dioses, que no habría pluma en el mundo, capaz de traducir minuciosa y detenidamente, el verdadero sentido de la grandiosidad moral del acto amoroso, puesto secretamente de manifiesto, ante Dios y ante la propia conciencia, en el inmenso, como panorámico parque de la Villa Borghese, aquella tarde.

Roberto Mirafiore, con ligera trepidación por aquel encantador triunfo del espíritu, repuso por fin:

—¡Después de todo esto que pruebo esta tarde, la muerte en el frente, me sabrá a gloria eterna! ¡Lástima grande que no existan en el presente, genios pictóricos a lo Rafael o a lo Miguel Angel, a lo Tiziano o a lo Leonardo da Vinci, para así poderles encargar la miniatura de vuestras divinas y delicadas facciones de mujer exquisita, con eso me la llevaba a usted en pintura notable y gloriosa, en el momento de mi último suspiro en un Carso cualquiera, para posar sobre su marmórea frente inmaculada, el beso lánguido y puro de las almas que suben al cielo o al infierno, según el dictamen del Divino Hacedor, por las acciones cometidas en esta tierra, que por más buenas que hayan sido tildadas ellas por los más morales convencionalismos sociales, pueden ser consideradas por malas por Dios!

Mientras sucedía este diálogo entre ambos personajes de nuestra historia, la condesa Lucía se apresuró a decir:

—Distinguidos jóvenes amigos míos, no os cebáis demasiado en las dulces ilusiones que siempre duran lo que el perfume de una flor de abril... Todo pasa, termina y se olvida en esta vida, y la dicha que se cree eterna, no es más que pompa de jabón y triste sueño que desencanta al despertar del letargo de gloria a la realidad amarga y pasmosa del vivir cotidiano... Apresuraos a echar pie a tierra, que ya estamos sobre la balaustrada del Pincio encantador. Vamos a despedir el coche para marchar a pie.

—¡Ay, condesa por Dios, que profundamente pesimista que está usted hoy! El señor oficial americano, que no nos conoce en nuestras particularidades excéntricas aún,

va a creer que somos unas escépticas, unas verdaderas decepcionadas de la vida! — se apresuró a decir en tono de reconvención chistosa, la joven bella, que no pretendía que aquel caballero, ya adorable para ella, no se fuera a figurar que la noble dama, pretendía desarmarlo en sus románticos impulsos por aquella naturaleza en flor y por el acercamiento en sí, de aquella mujer como ángel llovido del cielo. — ¡ Piense usted también, condesa, que nuestro distinguido y deferente amigo, de un momento a otro tiene que marchar a pelear por nuestra querida Italia, y no es justo que le aminoremos las dulces ilusiones de este momento!

— ¡ Cómo! — respondió de súbito Roberto, como herido en su amor propio, — ¿ es que me tiene usted compasión por pretender ir a la guerra y tan sólo por eso me trata con exquisita dulzura, con esa exquisita dulzura de que gozan los reos de delitos que están sentenciados a muerte por la Justicia de los Hombres, cuando están en capilla, en el momento de ser autorizados a que satisfagan todos los caprichos del estómago, pudiendo optar por lo más exquisitos manjares?

La bella mujer fijó sus ojos tristes y profundos sobre el semblante empalidecido de aquel hombre que hacía un instante rebosaba dicha y ensueños de gloria inmortal, por todos los poros abiertos de su corazón y de su alma de bueno, como un niño ingenuo, como una criatura absolutamente inofensiva para nadie en el mundo. Y con un hondo suspiro del alma, después de meditar bien lo que iba a responder a aquel hombre factor voluntario de una futura y grandiosa victoria itálica, exclamó con tenue voz de madona herida:

— Si realmente fuera esa mi misión, en este momento

para con usted, no sería en verdad, de las más indignas acciones que una mujer netamente itálica, pudiera cometer en pro de la mejor disposición de los que han de ir al frente, en cualquier forma, voluntaria o impuesta por la ley. ¡ Esa, sería en verdad una de las más sagradas y nobilísimas acciones de la mujer itálica frente a esta gran guerra ! Pero ... lo más triste del caso, señor oficial, es que tras esa misión involuntaria e indirecta de mi parte, frente a usted en este momento, surge el caso, la evidencia, tan grande como una montaña, de que marchará con usted para el frente de fuego y hierro del trentino, algo de mi espíritu también de mujer sentimental, que sabe de la vida, más que por el valor de una hora de ensoñaciones luminosas, aunque por esa hora de dicha, tenga que pasar un siglo de sinsabores ... — Y suspirando profundamente, agregó a guisa de absoluta y acabadísima explicación : — Eso es todo cuanto he querido significar en la observación cariñosa que he hecho hace un instante a mi distinguida amiga, la señora condesa ...

Mirafiore, sonrió de agradecimiento y suspiró como tomando el aire que le faltaba. Comprendió harto clarovidentemente todo el magno contenido de aquellas palabras pensantes y de gran valor espartano de la más culta mujer itálica de la tremenda hora de prueba por la cual se atravesaba en 1917, no desconociendo, el militar extranjero, en los pocos días que se hallaba pisando tierra danteana, que en verdad, frente a la guerra europea, la mujer italiana y francesa, habían llegado a ese extremo de cariño obligado, y hasta fementido, pero artística y patrióticamente desempeñado, con los soldados aún, no soldados que se preparaban técnica y teórica-

mente para la gran lucha titánica del Universo, tratando de endulzarles la existencia, con manos y consejos de caris de novia ideal de la vida, superior a veces, a lo anhelado profundamente por el futuro combatiente, en la realidad justa y ecuánime de las aspiraciones no exageradas de un hombre en la conquista de la que ha de ser en la vida, la dulce y suave compañera eterna.

Hubo un momento, también, que las dudas terribles del pensamiento confuso, en cierto modo, de Roberto Mirafiore, por aquel magno acontecimiento de su vida, que era algo así, como la más alta cumbre de la gloria a que puede aspirar en la tierra un ser cualquiera, en que, su interior quedaba como absorto en un lejano punto, como en el fondo mismo de un abismo insondable, donde no se revolvían más que las falsías y los engaños más engalanados con la apariencia y los oropeles de la más pura verdad.

Y bajo la obsesión de aquellos pensamientos cruentos, se decía a sí mismo, a cada instante:

—¿No será, esta mujer eminentemente hermosa, un digno *pendant* de aquella otra hermosura sin igual de Mata-Hari, que en conivencia perenne con aquel indigno mercader de esta guerra, Bolo-Pachá, se constituyera en París, con el fin de practicar el espionaje en pro de Alemania, haciendo víctimas a granel, con estas mismas artimañas de la hermosura y del amor rápido y espontáneo, como chispa de fuego que jamás se empequeñece, sino que va siempre en aumento, hasta el completo exterminio del combustible que le sirve de alimento?

Realmente que había momentos, en que, conforme lo viera todo, bajo un prisma de color de rosa, al lado de

aquella mujer del conocimiento de unas horas, en aquel paseo por aquel prado romano, lo veía también una forma tétrica y obscura, que si no hubiera sido por el triste papel que creía poder haber hecho, como caballero y como hombre, que no debe huir frente a cualquier peligro, de buen grado hubiera saltado de aquel coche, para huir a zancadas de semejante tentación, no sabía si del Bien o del Mal.

Pero al final de cuenta, la dulce e inocente aventura amorosa, surgía a cada instante ante su vista, ante el espejo nítido de su grande alma de humano, que nunca dá cabida al mal, en el cuerpo en forma de mujer, por el físico y por el espíritu, prepotente y subyugante, que le hacía olvidar por completo, el más leve indicio de dudas terribles sobre lo que de mala intención podría tener la amistad de aquella mujer con su persona aquel día, desde que se habían encontrado en aquel café.

Es que, ante todo, Roberto, jamás en su vida americana, en lo civil y en lo militar, había conocido en él y los demás hombres, por más tenorios que fueran, en materia de conquistas fáciles y a la vuelta de cada esquina, con mujeres de temperamentos superiores y hasta de buena sociedad, aventura semejante a la que disfrutaba en aquel momento romano. Lo único que conocia en las tierras ríoplatenses, tanto en Montevideo, como en Buenos Aires, donde había estado siempre, en sus luchas cotidianas por la vida, eran esas aventuras galantes, que no tienen nada de tales, por los componentes y por los medios aplicados a desarrollarla, siempre a través de alguna oscura y prosaica callejuela de los suburbios muy pocos propicios a la moral, incapáz de romantizar en lo más mínimo a los protagonistas

del encuentro, no pasando el elemento femenino más que de alguna costurerita, empleadita de tienda u obrerita de fábrica, si bien es cierto de cierta belleza, hija de la propia juventud que pronto se esfuma, al calor de los estragos de la propia virtud, carecen, en absoluto, de intelecto y espiritualidad, poseídas tan sólo de un romanticismo muy vulgar y chabacano, que pudiéramos llamar cursi, a efectos de lecturas folletinescas, de esas novelas por entregas capáz de indigestar a un presidiario ávido de lecturas cualquiera, al solo efecto de matar los ocios de sus luengas horas carcelarias.

La aventura de Roberto Mirafiore aquel día, era de más alto quilate que todo esto, aventura espiritual y artística, en grado superlativo, como si realmente se viviera las horas fugaces de los protagonistas de una novela célebre, por su moral y virtud, por su pasión y exquisitez.

Había llegado, pues, de exabrupto, en su corta estada en la Ciudad de los Césares de verdad del mundo de los vivos, a tratar con una posible mundana sí, pero una posible mundana eminentemente exquisita e intelectual, de esas mujeres que saben a fondo del poder de la fascinación de la belleza corporal y las sutilezas del alma, capaces de trastornar a la cabeza masculina más bien sentada, en forma de locura pasionaria de las que terminan con un suicidio raramente vulgar.

Lo que realmente sentían en sí, y para sí, aquellas dos almas juveniles, al llegar finalmente sobre el parapeto del Pincio que da sobre la parte trasera de la colina vaticana, era realmente como algo así, de fascinación y trastornamiento, como el máximo elixir del amor, ese máximo elixir del amor, que tanto puede durar la vida

de una flor de lirio, como la eternidad de las encinas seculares del propio lugar que los circundaba.

Llegar al Pincio y abandonar los tres personajes aquel coche, fué realmente el punto culminante de la vida, hasta entonces, de Roberto, muy superior a aquel otro momento culminante también de su efectuado viaje a Italia, desde los puertos sudamericanos en los momentos, precisamente, de la más ruda campaña submarina *au-trance* del odioso pangermanismo mundial de la hora, creyendo por un instante que el cielo se brindaba a sus pies, en un mundo extraño, pero exótico de la vida, solamente de los libros ensoñadores, en cuyo lugar otros seres como él, hubieran buscado saciar hasta el éxtasis el placer de un solo instante, pero no sentir el vértigo insaciable de la dicha eterna, sentida una sola vez en la vida, en brazos del fuego perenne del amor, como lo buscaba Mirafiori, en cuyas llamas, desde ya se estaba quemando las pestañas de su lirismo, oculto en el fondo de su alma de hombre práctico, como la modesta violeta permanece oculta debajo de las frondas.

En aquel lugar, una vez despedido el coche con que habían viajado hasta allí, por más de media hora, en dulce descubrimiento de almas desconocidas, la vida parecía sonreir a ambos maravillosamente con intensos ritmos de voluptuosidades juveniles, en toda la extensión de la vista donde quiera que fuera dirigida ella, por uno u otro personaje de nuestra historia. Un suave perfume de lilas y madreselvas más intenso aún que durante el trayecto de aquel viaje en coche, embargaba más los espíritus musicales de aquellas criaturas humanas, tocadas en el fondo del alma misma, por la hora de furor y de sangre que encerraba al mundo todo, ese caracterís-

tico perfume que es inherente en las afuera de la Ciudad Eterna, *extra portam,* en los primeros días de una primavera en flor, capaz de hacer pensar en algún lienzo de Van - Dyck, en el preciso momento en que exóticas praderas, van dejando entrar paulatinamente los fuertes rayos solares de un verano largo y penetrante como canícula que mata y ahuyenta a los seres humanos hacia las Tirrenas playas, al lago de Como o de Monte - Cattini. Todas las cosas de aquel encantador panorama romano parecían dar mayor relieve augusto a las apenas perceptibles ondulaciones de las líneas milenarias. Allá, en lontananza, en medio de una atmósfera de olímpica pureza, se erguían imponentes y majestuosos el Castillo Sant - Angelo, la Basílica de San Pedro y las colinas del desaparecido Palatino nerónico, como muestra fehaciente de un pasado glorioso que aún perdura la expresión poderosísima de su influencia benéfica o nefasta.

Roberto, puesto de tal suerte al lado de mujer tan singular por las formas y por el espíritu, no veía, o no quería ver todo aquel grandiosísimo panorama, que a no ser las circunstancias inesperadas y especiales de aquel encuentro galante, hubiera desconocido durante toda su estada en la inmortal ciudad, la subyugante vista de aquel excepcional lugar romano. Él no veía más que a la soberbia mujer que tenía a su lado, marchando siempre con ondulante paso de vestal, haciendo que el joven americano trasoñara en aquellas dulces y suaves figuras de sasonias. No veía más que sus ojos negrísimos, rodeados de sombras azulinas; sus cabellos rubios como hebras de oro afiligranado; aquel cuerpo de mujer que tanto había soñado en su largo peregrinaje por la vida ideal de sus ilusiones color de rosa; aquel rostro de

virgen dolorosa; aquellos brazos y aquel cuello de cisne de formas absolutamente esculturales; aquellas manos ¡oh, qué manos! que no había visto más concas, pulidas y perfectas, en mujer alguna en su vida. Tenía ante sí la mujer deseable de toda su vida, en la propia Roma Inmortal de los Césares, en un instante de dolorosa incertidumbre itálica, sin exclusión de esa otra incertidumbre que causa al espíritu menos recatado, en el instante mismo del primer conocimiento y de la primera cita con una mujer eminentemente superior en belleza y en talento.

Una vez cerca y bien apoyados sobre la extensa balaustrada del Pincio, en esa parte de la terminación del extenso parque de la Villa Borghese, Fanny, arrecostándose más hacia al héroe de aquella batalla bien ganada por cierto, antes de quemar un solo cartucho, le dijo con un profundo suspiro del alma:

— ¿Habrá visto usted en su vida, un panorama más bello que el que nos presenta todo lo que tiene vida y movimiento, sobre la antigua colina vaticana?

Roberto, a esta pregunta de Fanny, con una mirada interminable de inteligencia, hasta pretender descubrirle lo más íntimo, allá en las propias profundidades del alma, de inmediato adivinó que la llama de un ardiente amor bullía en el corazón de aquella mujer hermosa, empezando a encenderse como en combustible con materias inflamables dentro, difícil de apagar su incendio al primer intento de contensión, hasta que las cenizas no aparezcan a la faz de la tierra en toda su plenitud de polvo vano de las cosas que fueron y no serán más para lo eterno. Por un momento, obrando aquel hombre, bajo ese instinto de conservación de los buenos

principios alimentados dentro y fuera del hogar paternal que había sido siempre su guía y su norte por el ancho campo de su eterno peregrinaje por el mundo, quiso tratar de ponerse en guardia contra aquel reiterado asedio amoroso sin precedente en la historia vulgar de su vida ejemplar de americana educación, que desde ya se prestaba fácilmente a todas las dudas y a todos los peligros de la pasión mundanal, que tarde o temprano, por más que gustase de su exquisitéz sin cuento, cuesta siempre cara a quien a ella se entrega de cuerpo y alma, sin mirar el más allá no muy lejano.

Pero aquellas palabras y aquellas miradas de sinigual sentido amoroso, terminaban siempre por vencer al oficial americano por el lado del buen concepto acerca de las condiciones morales de aquella hermosa mujer desconocida para él, hacía apenas unas horas, desapareciendo casi por completo las sospechas de la posible mujer pérfida y astuta, que dicho sea de paso, se lo sabía de memoria, que por Roma, como en París, en sus calles más centrales y concurridas, en los cafés y restaurants de lujo, abundan las mujeres vampiros y chantagistas, especialmente puestas frente a los extranjeros que visitan esta misma capital del reino, por lo general, con la bolsa repleta de oro acuñado y billetes de banco, no carentes tampoco de hermosura y exquisito *savoir-faire*, capaces de enloquecer de amor al ser más espiritual que sabe a fondo de la vida mundanal sus espinas punzantes hasta la muerte. Si, también en esta Roma de los Césares, como en el París del Montmartre de las alucinantes leyendas bohemias de los divinos iluminados de las letras de molde, del buril o del pincel, sin un ochavo en el bolsillo, hay mujeres

hermosas de cuerpo y alma, enlodadas en la perfidia y en la astucia de una mala vida, que vienen a ser como esas divinas hiedras mitológicas que Dios ha echado a rodar por el mundo de los vivos con apariencias de santidades, que no tienen otra misión sagrada, que reirse y burlarse de los corazones masculinos más buenos del mundo para con ellas mismas, de esos hombres inexpertos de la vida, que no viven más que de alucinantes espejismos carnales y lujuriantes, hasta conseguir morir en ellos, como la mariposa cae cegada por la luz, al revolotear contra una lámpara encendida.

Y por toda respuesta contundente a aquella patriótica como amorosísima interrogación, Roberto contestó con una muda, pero suave y expresiva mirada a la siempre fija de Fanny, quien no pudiendo resistir por más tiempo aquel choque de sincerísima explosión de sentimientos románticos, sus suaves manos creadas tan sólo para arrancar penas y dudas terribles del corazón más ahondado en la desgracia y en el dolor que mata, rozaron de nuevo las manos del militar extranjero, que en todo momento, desde que la había conocido en el café de la Via Veneto, su actitud de hecho, había sido para con ella, de absoluta circunspección y recato, digna de un franciscano temeroso siempre de pecar al menor movimiento material, siendo aquel rozamiento apenas perceptible para quien era tocado, como si hubiera sido realmente una sedante sensación de gloria bajada del propio Cielo de la Vida... Ella parecía posar sus sutilísimos dedos de muñeca de carne por sobre el teclado marfilino de un piano orquestal de notas excepcionales que llegaban al alma con alientos de perfumes exóticos, como esos perfumes exóticos que pintara en su Biblia el gran

Salomón: la mirra y el incienso de países provenientes del Misterioso Oriente.

Después de este soliloquio de muda y excepcional delicia de entrambos seres, las tres personas de nuestra historia, se dispusieron a regresar a la inmortal ciudad, por una anchísima avenida toda macadanizada y flanqueada de árboles corpulentos y coposísimos que cubrían casi totalmente la propia avenida, con miras de visitar apenas salidos del vastísimo parque de aquel trayecto interminable, el interior de la iglesia que había hecho mención la señora condesa, en el instante de abandonar aquel café, hablando siempre, uno y otro de las tres personas, de arte y de monumentos de los antiguos tiempos, de la hora realmente cesárea, en que actuara un Sila, un Espartaco, un Nerón, un Adriano, un Julio César, un Horacio, un Virgilio, un Homero, un Cicerón, un Bocaccio, un Papa Gregorio, un Alejandro I, una Lucrecia Borgia, una Cecilia Metella, un Quintino Varo, un Mecenate, un Tasso, un Petrarca, un Rafael, un Miguel Angel, un Tiziano, un Da Vinci, un Dante, un D'Este, etc., etc.

CAPITULO IV

Siguiendo el curso semi-tortuoso de aquella solitaria avenida del gran parque popular romano, los tres persojes que hemos dejado de biografiar en las últimas palabras del capítulo que antecede, todo cuanto pasaba al lado de Roberto, se deslizaba sin éste ver nada más que a aquella mujer encantada y a sus sueños inesperados de gloria inmortal. Su andamiento al costado de mujer tal era realmente una extraña figura de hombre, con profunda mirada y mente absorta en una misma cosa y en un mismo pensamiento, ora bonancible, ora cruentísimo que le partía el alma y el corazón juvenil, en las formas, pero no en los fondos.

Habían llegado a una altura tal por aquella luenga y silente avenida, que la anciana condesa empezó a demostrar la evidencia de su cansancio, obligando a Roberto, de inmediato a ofrecerle su brazo, con palabras entrecortadas de emoción respetuosa y reverente diciendo:

—Señora condesa, si usted me permite, le ofrezco mi brazo con el mayor gusto en servirle de apoyo...

La aristocrática dama no se hizo rogar en absoluto a esta oportunísima galantería del militir extranjero, que

pareció halagarla extremadamente, apresurándose a exclamar con alegría intensa:

—¡Oh, es usted muy gentil, señor oficial americano!... Tendré el mayor placer en aceptar el apoyo de su fuerte brazo.

A esta actitud del joven militar tan sólo para la noble anciana, aunque la consideraba legítima y de orden dentro de la caballerosidad del hombre social y culto, la bella Fanny, desde el primer momento del ofrecimiento de aquel brazo a su amiga, hizo asomar a su rostro de arcángel, una especie de celos terribles, algo así, como esperando que con ella, aquel hombre, hiciera lo mismo con el otro brazo libre.

Se respiraba en aquel momento, con más intensidad que nunca en aquel viaje por ambos paseos públicos romanos, aquella tarde, un exquisito perfume de flores, reavivando sus corolas al languidecimiento de los fuertes rayos solares, en las sábanas e invernaderos debajo de extensos bosques con sombras frescas como gotas de rocíos matinales. Llegaban hasta ellos, en aquel momento supremo de triunfo del oficial desconocido del medio ambiente, las agudas voces de los diversos seres que regresan al grueso de la ciudad, provenientes de los extramuros romanos, más allá de la via Appia, que ponen una nota pintoresca en la vida *extra-portam* de la grave *Urbi* romana de todos los siglos.

En esta forma de paseo pedestre, desde el Pincio a la ciudad, el joven militar marchaba solo ora a la izquierda ora un poco adelante, hasta que llegaron a una altura de la avenida completamente desierta, en que, la señora condesa manifestó abiertamente a Roberto que hallándose cansada, no existiendo un solo banco para sentarse, deseaba apoyarse en su brazo para seguir adelante.

Roberto, a esta insinuación de la anciana condesa, no se hizo esperar ni un solo segundo y estuvo en un santiamén a su lado para ofrecerle su brazo derecho, conceptuando improrrogable ofrecer el izquierdo a la señora Fanny, como una manifestación de incultura si hubiera esperado que ella misma se lo pidiera a igual que la condesa.

¡Esta fué en verdad la parte culminante de la pretendida e imaginada aventura eminentemente moral!

Las cosas marcharon de esta suerte un buen trecho, sin pronunciar más que algunas palabras que otras de cumplido, de tanto en tanto, por hallarse ambos jóvenes bastante más impresionados que antes de aquel encuentro y aquel paseo digno de los tiempos prehistóricos de la humanidad, en los primeros albores del romanticismo.

De pronto, casi al llegar a un recodo de la avenida de coposos y exuberantes árboles centenarios, apareció plenamente, a la vista de aquellos caminantes, un lujoso coche particular a un solo caballo, cubierto de escudos nobiliarios y campanillas, que irremediablemente hizo hacer a un lado al grupo de peatones, pero sin desprenderse del brazo del militar aquellas dos linajudas damas.

La avenida era un tanto estrecha y no era posible que Roberto prosiguiera, asidas de sus brazos las dos damas mencionadas, sin probable peligro de ser llevados por delante, y dado también a la casi excesiva velocidad con que trotaba en aquel momento el hermoso y brioso corcel que tiraba de la « *carrozza* ».

Al enfrentar al grupo de nuestra historia aquel aparecido coche, desde el fondo del asiento, se alza gentil y ceremoniosamente una figura de verdadero *gentleman* de la aristocracia romana, que con jacquet, monóculo y

galera de felpa, hace un saludo cordial y afectuoso de amigo a las damas que van del brazo aún del militar extranjero, que una vez posado el coche, obligó moral y curiosamente picado a éste, a interrogar a sus dignas e improvisadas compañeras:

—¿Quién es esa persona que saluda a ustedes con tanta dignidad y merecida cortesía?

—Es un conde, muy amigo nuestro de Torino de estada en Roma, con el mismo propósito con que hemos venido nosotras, —dijo la más joven de las acompañantes—¿Verdad que es un tipo elegante y distinguido?

Y diciendo esto Fanny, los tres excursionistas improvisados de la jornada del café de la Via Veneto y de la Villa Borghese, miraron a un mismo tiempo hacia el lugar por donde desaparecía a lo lejos la silueta del aristocrático conde en cuestión, que aún firme en su coche, de frente al grupo quedado atrás a gran distancia, hacía gestos de felicitación con las manos a Fanny, haciendo que Roberto mirara más directamente en el fondo del alma de su compañera, a objeto de descifrar qué significaba todo aquello.

Fanny, dándose exacta cuenta de lo violento de su situación, se apresuró algo sonrojada, a explicar las causas de aquellos ademanes lejanos del distinguido y noble amigo turinés, balbuciendo:

—¡No se alarme que no es nada! Lo que nos ha visto del brazo de usted, cree posiblemente, que es alguna conquista *en serio* que me he hecho durante mi corta estada en la capital del Reino de Italia, y por ende, con algún militar de misiones extranjeras.

A esta expresión de la mujer que iba del brazo de Roberto Mirafiore en aquel momento, siguió una pro-

longada pausa de turbación y de sentidas emociones de cosas bellas pero extrañas entrambos El silencio y la soledad augusta del paraje también cooperaba en aquel momento a la más absoluta mudéz del espíritu. A veces una mirada, como para desviar una interrogante misteriosa, de uno o de otro, por el lado de la derecha del gran Parque Romano, permitía al grupo, ver en lontananza, todo ese inmenso, potente panorama de la Roma de los Césares, que desde el mismo paraje han descripto las más celebradas mentalidades de las letras de moldes del viejo mundo, empezando por Emilio Zolá y terminando por Anatole France, poco antes de su muerte, este último.

Y siguiendo un poco más adelante en aquel ya largo y cansado trayecto a pie del militar extranjero y las dos damas itálicas que conocemos, todo lo que a Roberto le pudo sugerir la pesadilla de aquel meditar y de aquel silencio casi sepulcral, por un lugar arcaico de belleza de los tiempos de Nerón o de un Sila, fué decirle a Fanny:

— Si realmente es un compromiso para usted, señora, el que yo le haya ofrecido mi brazo en esta travesía a pie por este gran Parque Romano, deseo que me lo diga con franqueza y no haga cumplimientos en atención a una persona que posiblemente no ha de ver más en la vida...

Fanny miró súbitamente en la propia cara de aquel hombre, interrogó con la vista y no con los labios qué significaban aquellas insinuaciones que al parecer le causaban molestias. Roberto no pudo hacer otra cosa mejor qne bajar la vista, como aceptando el mandato imperativo de una voluntad femenina, que hablaba al alma con los ojos negros de su cara de virgen santa.

De pronto traspuso el Parque de la Villa Borghese, entrando de lleno en el poblado de la gran *Urbi* de las siete colinas sagradas de Rómulo, y sobre el costado izquierdo de una callejuela estrecha, entre el mismo parque y la ciudad, se levantaba la iglesia de tiempos inmemoriales que la condesa deseaba ver desde temprano en el itinerario a visitar en aquel día.

Desde mucho antes de llegar a su artística fachada, se veía un gentío enorme hacinado en el portal de entrada y una gran fila de coches y automóviles, que casi obstruían totalmente el paso, para acercarse o penetrar a dicho templo. Una extraña y mística música partía de sus interiores que hacía meditar más profundamente en el amor puro y noble de las almas angelicales de esta vida de cruentas miserias humanas, a la hora casi, de la puesta del sol, que en Roma es siempre en forma sanguínea e imponente.

— Se trata de un gran casamiento, — les repuso un auriga en descanso, perteneciente al cortejo nupcial de aquel momento de tramonto romano. — Estamos esperando que termine la ceremonia religiosa.

Las damas y Roberto pretendieron abrirse camino por entre coches y gentío, pero no fué posible, y la proyectada visita a aquel antiquísimo templo de la Roma pa. gana, hubo que postergarla para otro día más propicio al tiempo disponible de la condesa Lucía y su digna compañera turinesa

Se alejaron de aquel tumulto, como los tumultos de todos los grandes casamientos del mundo civil en América y en Europa, con fines sinceros o insinceros, con todos los grandes defectos de la sociedad actual, en que no pierde reunión social simil, para estirar la lengua,

como si fuera un algo necesario e inherente a la propia vida y debilidad humana, internándose de lleno en la gran ciudad, preguntándose Fanny qué le pasaría a Roberto, que desde que pasó en el parque aquel conde amigo en su coche de su gran palacio en Roma, no pronunciaba palabra alguna, y cada vez se hallaba más anonadado, casi como arrepentido de haberla conocido y dado aquel paso de acompañarla toda la tarde en la forma que ya conocemos.

Fanny, al ver esta larga turbación en el espíritu de Roberto, se encontraba violenta y como despreciada por el que no hacía mucho rato, habíase manifestado tan espiritual exponente de la singular cultura ríoplatense.

Era ya la hora del apogeo del crepúsculo romano, tan artístico e imponente, desparramando sus rayos de sangre y fuego por sobre las cúpulas y torres milenarias de la Inmortal Ciudad de los más grandes y soberbios Papas y Emperadores del mundo todo, en la era pasada y en la era presente. La cúpula Vaticana y el Colosseo más allá de las Palatinas cimas, aparecían soberbias de coloridos bellísimos, como cuadros magistrales de Miguel Angel o Rafael de Urbino. Es esta, en Roma, la hora solemne del recogimiento en sí mismo de las almas superiores, cortando plenamente de raíz toda otra manifestación del sentimiento. El alma de Roberto, especialmente en aquel momento del ocaso del Sol de Italia, parecía que le faltaba hasta la más tenue respiración. Así siguió grave y solemne, su paso el grupo de nuestra historia, por las encrucijadas calles de aquella también grave ciudad de las ex-romanas águilas imperiales, pareciendo identificarse hasta más no poder con el dolor acerbo de su pasado histórico.

Por fin llegaron frente a la puerta de un lujoso hotel con puerta giratoria, donde, inesperadamente la condesa Lucía, con gesto noble y de confianza, pero grave y adusto, como cabe a la gravedad de la palabra de las damas de su elevada alcurnia, le dice a Roberto:

— Señor oficial americano; yo me voy a quedar en este hotel, porque tengo a una amiga que para en él, que quiero saludar. Confío en sus manos y en su honor de hombre y de militar a mi distinguida y particular amiga Fanny Bonelly; para que se digne acompañarla hasta el hotel en que habitamos y he de juntarme con ella un poco más tarde.

Roberto Mirafiore, al sentir ésto de la anciana Condesa se quería morir de espanto ¡Jamás hubiera esperado semejante trabucazo de honor a boca de jarro, de improviso, después de un silencio como el que habíalos precedido a ese momento!

Pero haciendo valor y sacando fuerzas de flaquezas, teniendo en cuenta aquello de que las circunstancias obligan, se aprestó a responder con aire agradecido y ceremonioso:

— Señora condesa, mil gracias por la honrosa distinción y prueba de alta confianza que me dispensa como amigo de unas horas... ¡Sabré hacer honor a la joya tan preciosa y pura que usted coloca en mis pobres manos en este momento! — y besándole la mano, partió con su amiga accidental Fanny, siempre ofreciéndole el brazo. que a no mucho andar de donde habían dejado a la anciana condesa, ésta soltándose de su brazo, le repuso:

— Hemos llegado frente a mi domicilio. Este es el hotel en que nosotras nos albergamos en Roma.

— Entonces, señora Fanny, no quiero comprometerla,

y desde aquí me retiro. ¿Supongo que no pretenderá usted que la acompañe hasta el hotel mismo?

—Me placería que me acompañara nada más que hasta la puerta. Mas es imposible; hay muchos ojos que nos están mirando, y entrar en el hotel es de todo punto de vista inconveniente porque somos solas y habría quien nos apuntaría con el dedo...

Y de esta manera atravesaron la anchísima avenida de Veneto, hasta llegar al amplio jardín del frente del hotel, donde una monísima chicuela vendedora de flores, fué a importunar insistentemente al militar a objeto de que le comprara flores, seguramente para ofrecérselas a la beldad que llevaba a su lado en aquel momento.

Roberto ya se aprestaba a adquirirle a la chica un hermosísimo bouquet de frescas crisantemis, cuando Fanny, interponiéndose insistentemente con energía a la consumación de aquel acto, le dice a la chiquilla:

—¡Vamos, hombre, quita de aquí, atrevida!... ¡No pueden ver a un extranjero que ya se le van encima con groserías! ¡No le compre nada! ¡Váyase!

Aquella defensa inesperada de mujer tan bella y noble, si bien extrañó un tanto al extranjero, atrajo aún más su misteriosa simpatía. Pensó que no todas hacen lo mismo y tal actitud le dió la plena pauta de la decencia y noble corazón de aquella dama. ¡Pero creyó también haber cometido una injusticia con la pobre chica!

Pero en medio de todo, como Roberto en aquel momento tenía que hacer absoluto abandono de aquel ángel de toda la tarde, llegó un momento que no sabía lo que realmente le pasaba.

Muchas cosas le pasaron por su atiborrada mente en aquel momento de la despedida con Fanny, creyéndose, en especial modo, haber estado haciendo un papel ridí-

culo con las dos linajudas damas y que posiblemente su pensamiento a momentos, echando dudas sobre sus honorabilidades, hubieran sido fácilmente interpretados por sus talentos superiores.

Cuando ya estuvieron en la propia puerta del hotel, antes que saliera nadie a la puerta Roberto hizo una última pregunta a Fanny, con la desesperanza de no volverse a ver jamás:

—¿Y esta será la última vez que nos veremos señora Fanny? ¿Nos tendremos que despedir para siempre?

— Tenga usted la seguridad que yo y mi amiga la condesa, vendremos a Tívoli el próximo domingo, donde usted nos esperará a la llegada del tren de las 13 y 30, del Tranvía belga Roma-Tívoli, para visitar como nos ha dicho usted la Villa d'Este, con sus cien fontanas y el órgano hidráulico. Muchísimas gracias por todas sus delicadas atenciones.

—¡Adiós! hasta el domingo.—Y le tendió la mano para que se la besara caballerosamente a usanza de la aristocracia italiana.

— Supongo que no faltará, señora Fanny, — agregó en el momento de alejarse Roberto, que no quería creer en el primer momento en tal promesa.

— Soy de las que jamás faltan en sus propósitos manifestados, señor oficial. ¡Espérenos usted que llegaremos!

Y el oficial sudamericano se retiró de aquel lugar sin darse vuelta por no pecar por demasiado cursi ante una mujer eminentemente superior y fuera de lo vulgar, perdiéndose de vista entre un sinnúmero de coches y gentío en todo lo largo de la importante avenida Veneto de Roma en cuya arteria se alza también solemne y majestuoso el palacio de la Ex-Reina Margarita de Savoia, tan bella y amada en Italia como la propia Reina Elena.

CAPÍTULO V

Cuando Roberto Mirafiore tomó el pequeño tren belga en la Puerta San Lorenzo para ir a Tívoli aquella tarde ya desaparecido el sol, en que acababa de dejar a Fanny y a la anciana Condesa Lucía, y puesto ya en marcha el convoy de cinco vagones solamente, le parecía que todo lo que había vivido y palpado en casi toda aquella tarde romana era un sueño de aparición de hadas. Mientras el pequeño tren bufaba haciendo culebreos por aquel tortuoso camino que hace localmente entre Roma y Tívoli y viceversa durante el día, como si realmente arrastrara un convoy de cincuenta vagones a dos máquinas potentes, por mucho tiempo se pasó meditabundo sentado contra la ventanilla de su asiento, mirando las miles formas distintas de estupendas fantasmagorias que al oscurecer del día que se va, presenta al viajero la imponente y triste campiña romana.

En todo aquel cansador trayecto de una hora y media de viaje entre las dos antiguas *Urbis* romanas, no hacía otra cosa que tratar de reunir todas sus ideas y conceptos dispersos sobre aquel singular encuentro del día durante su accidental estada en Roma, habiendo dejado en su ánimo todo lo inesperadamente sucedido, sin duda

alguna, una muy profunda convulsión de los sentidos, no atinando para nada, a sacar verdaderamente en claro si aquella mujer estupendamente singular y hermosa, era un ángel o un diablo con todos los cuernos.

Como hemos dicho ya, Roberto Mirafiore estaba muy lejos de ser un tenorio de profesión y lo acontecido lo había sacado realmente de las casillas, como vulgarmente se dice. Jamás en su vida moral sudamericana había corrido aventura alguna de esta índole. Por más que pasó y sufrió en su adolescencia y cuando fué hombre de verdad, en medio de la vida de cuarteles donde en América, especialmente, tantas malas cosas puede aprender fácilmente, si quiere un militar con grado. Siempre fué muchado de vida recatada y correcta, tratando de ser socialmente más de lo que era por su origen modesto pero decente a carta cabal. Además al partir para Italia desde su país natal en América, si bien es cierto que no tenía un compromiso muy formal con una distinguida dama de la sociedad, por lo menos moralmente lo tenía ante Dios, porque, se sentía que la amaba y pensaba hacerla suya siempre que regresara con gloria sano y salvo de la gran guerra en que pensaba tomar parte como oficial voluntario. ¿Sería del todo correcto, pues, tomar en cuenta aquellas nuevas y extrañas sensaciones que en aquella tarde había sentido frente aquella mujer en el café de la Via Veneto y del paseo por la Villa Borghese y el Pincio?

Solamente estando en Roma como estaba, lejos del análisis severo de los demás de su tierra nativa, Roberto durante aquel viaje de Roma a Tívoli, en aquel tren liliputiense, trataba de descubrir en sí mismo, en su propio fondo, qué clase de corazón y clase de alma

poseía, porque en verdad, las cosas extrañas sentidas aquel día en su pecho, jamás las podía haber conceptuado suyas, porque jamas se le habían revelado de ese modo.

Ya por fin el tren iba llegando a la cúspide de la montaña en que, a 27 kilómetros de Roma, se encuentra asentada la antigua Tibur de Tibursio Cassio. Al llegar a aquella hora tan avanzada de la noche en casa de sus tíos donde pasaba desde que había llegado de América, no sabía qué cosa inverosímil contar. Optó por contar la propia historia del encuentro y del paseo con puntos y comas Se sabía de memoria que de aquella manifestación en familia alguna luz y algún consejo podía salir a su favor. ¡Cómo no conocía el ambiente, muy fácilmente habría podido ser engañado! ¿Pero engañado él por una mujer de tanta beldad y de tanta corrección dentro de los límites más extrictos de las conveniencias sociales? ¡No podía ser de ningún modo! ¿Que podía haberse reído de él, si realmente era una mujer superior de altos quilates morales y de la más linajuda sociedad itálica? No lo demostró en ningún momento en aquel accidental trato con él.

Al bajar del tren en Tívoli, ya casi frente a la casa de sus tíos, que lo esperaban ansiosos para comer, impacientemente se sacudió por entero, suspirando hondamente. Llegaba entre los suyos, después de una hora y media de viaje, sin haber comprendido un ápice del contenido real y positivo de aquel encuentro por la tarde en la imponente Roma de los Césares.

—¿Y en qué te has demorado tanto, Roberto? —díjole la tía al pobre muchacho que venía más muerto que vivo, en el instante de sentarse a la mesa.—¿Has tenido

alguna larga... conferencia... eh, con tu ministro plenipotenciario?

—¡No tía, nada de eso!...—repuso suspirando Roberto, tratando de disimular su impresión y su palidez que lo vendían a simple vista al ser menos perspicaz en estos casos de aventuras y amoríos.—Hice tan sólo un paseo detenido ante los monumentos más maravillosos de la antigua Roma, y como en América he leído su historia, me he venido un poco impresionado de sus estupendas grandezas.

—¿Te gustaron mucho esas maravillas antiguas?—interpusieron sus bellas primitas, contentas de que el *americano* como lo llamaban desde el primer día, les ponderara a su gran Roma de la Loba.

—¡Todo lo que he visitado hoy, es verdaderamente maravilloso, estupendo si se quiere una más elevada expresión!...—exclamó Roberto con vehemencia.—A la verdad que estando uno en Roma frente a esos pasados vestigios de grandezas imperiales, especialmente nosotros los americanos del Sud, que no tenemos historia milenaria de civilización, nos sentimos pequeños, casi insignificantes, con todas las grandezas positivas de nuestros tangibles progresos modernos, que es orgullo de todo americano en general.

La tía Amelia fijó más rectamente su mirada en el joven sobrino, como tratando de descubrir otras razones en el fondo de aquellas palabras, preocupada de verlo tan pálido, mientras comía, y agregó a guisa de corrección:

—Pero lo que a mí me extraña es que habiendo ido ya tantas veces a Roma, desde que has venido de América, sea la primera vez que vengas tan fuertemente

impresionado de lo que allí has visto de muestra de grandezas de pasados tiempos de gloria romana...

No había duda alguna que Roberto estaba descubierto por su buena tía en su inconfesión de aquel día, que dicho sea de paso, no estaba acostumbrado a guardar secretos ni para sus propios padres, aunque fuera en cuestiones de aventuras amorosas, que las había tenido muy poco o ninguna en su vida.

Se acuerda que en el pueblo de su nacimiento americano, donde jamás se hacía justicia a nadie y sólo se hablaba mal de Dios y todo el mundo que demostrara una pizca de sabiduría en la mente o se pusiera públicamente de relieve en cualquier sentido de las actividades humanas, un grupo de señoritas locales discutían fuerte y acaloradamente sobre la personalidad de Roberto Mirafiore, si era digno o no de la consideración de la sociedad, por ser hijo tan sólo de un hogar modesto, pero decente a carta cabal, una de ellas repuso con dignidad:

—El timbre de honor que más legítimamente puede obstentar ante el mundo entero Roberto Mirafiore, como una gran ventaja moral por sobre toda la demás juventud local, es que jamás se le ha visto sentado a una carpeta jugando sus haberes, ni tampoco ha tratado de dejar en malas condiciones o perder a ninguna niña de sociedad, como realmente están acostumbrados hacerlo los tildados *niños bien* de nuestra sociedad.

—Sí,—contestó por fin, Roberto a su tía,—por qué no decirlo; he visto todas esas maravillas romanas y las he visto acompañado de dos muy distinguidas damas italianas que las conocí accidentalmente en un café, mientras esperaba la hora para hablar con el ministro de mi país. ¡Qué quiere tía, no pude evitar el encuentro! ¡Eran unas damas tan finas y gentiles!

La tía de Roberto parecía estar adivinando una mala aventura con una de esas tantas mujeres hermosas, pero vampiros que pululan por las mejores y más centrales calles de la Roma Imperial, lo mismo y con la misma escuela y lujo que las «francesitas» de los boulevares de París, para cazar «mistos» extranjeros y sacarles la *platita* y largarlos por «baranda» con un gran desengaño más en el alma y en el bolsillo.

— Has hecho muy mal en hacer eso, Roberto, — replicó. — Tú eres dueño absoluto de tus actos. Pero ten presente que mientras estés en casa esperando la respuesta del Ministro de la Guerra para ser admitido como oficial de complemento en el ejército en operaciones, que nosotros somos gente bien en la localidad, llevando una vida correctísima, y que, si esas cosas hechas por ti trascienden a las amistades, de seguro que vamos a pasar algún mal momento.

Estas palabras de la tía Amelia acabaron por anonadar al pobre Roberto, que desde que había dejado solas en Roma a aquellas dos mujeres, parecía realmente una piltrafa de los pies a la cabeza.

— Mire tía, — dijo por último seriamente, Roberto, — tenga la plena seguridad de mi decencia y de mis acciones, que si yo fuera un sinvergüenza de esos tantos «jovencitos» bien que hay por el mundo viejo y nuevo, no estaría un sólo minuto más en su casa. Yo he venido de América para hacerles honor y no para deshonrarlos en vuestras cumplidas obligaciones sociales y morales. Esas damas que yo acompañé o me acompañaron en Roma, tengo la plena seguridad de sus virtudes y de su destacada posición social. Abreviemos más detalles y tan sólo puedo anunciarles, que como ellas han manifestado ser

de Torino, que vienen a Roma con el sólo propósito de visitar cotidianamente monumentos y maravillas romanas de milenarios tiempos, han quedado comprometidas seriamente conmigo en venir el próximo domingo a Tívoli, con el propósito de que yo las lleve a visitar el palacio y los extensos jardines de la Villa d'Este, que está en la pendiente de esta montaña a doscientos metros de vuestra casa.

— ¿ Y van a venir a Tívoli ? — repusieron a una sola voz tía y primas, como una exclamación de sorpresa.

— Sí, queridas primitas mías ; no os asombréis tanto. Vendrán y vendrán en el tren de las 13 y 30 a plena luz, y nada de incógnitas ni de ocultaciones ; yo no hago jamás cosas que me puedan ruborizar a mí mismo, porque en mi país americano mi pobre padre que es hermano del vuestro, me ha dado educación y moral, aunque no fortuna. El que quiera ver las cosas distintamente de lo que son en verdad que las vea. En mi tierra hay un adagio que dice « quien a la puerta escucha mal oye ».

— ¿ Entonces las crees decentes de verdad ? — respondió bruscamente más apaciguada la tía Amelia.

— Aparentemente ... buenísimas de verdad. Y creáme, querida tía, que si no lo fueran, este vuestro fiel sobrino carnal, tiene buenas disposiciones y buenas piernas para disparar del mal con cara de bien.

— Ya vemos que eres un hombre decente a carta cabal, — repuso sonriendo la tía. — Si no fuera así ya te hubiéramos corrido de esta casa.

— Muchas gracias por la lisonja ..... Hagan de cuenta que yo soy vuestro hijo agregado a los demás, y yo en ustedes veré siempre a mis segundos padres.

Ya que es así, — agregó a guisa de asentimiento la tía,

cuando bajen del tren tú las invitas a tomar algo en el café de al lado, que nosotros las veremos bajar desde el balcón del palacio, y si realmente vemos a simple vista que es « gente bien », te mandaremos a la gobernanta para que las traigas a saludarnos, para conocerlas mejor de cerca si son buenas o malas conocidas tuyas en tu paseo de hoy por Roma.

— ¡ Espléndido ! ¡ magnífico !— exclamó Roberto gozoso por aquellos consejos y por aquella determinación, de hacer su parentela una especie de pesquisa moral absolutamente necesaria a su alma sobre aquellas dos mujeres del café de la via Veneto y que por último permitieron la compañía de Roberto Mirafiore en un sendo y romántico paseo por la principesca Villa de los Borghese de la romana estirpe nobiliaria.

CAPITULO VI

Los flautistas de la campiña romana, el domingo de Pascuas, que era el día que estaba anunciada la visita de las dos damas de la historia de los anteriores capítulos, a la muy antiquísima ciudad de Tívoli, tanto o más que Roma mismo, hicieron irrupción en la tranquila y riente ciudad de las cristalinas cascadas célebres de la Villa Gregoriana fundada por Tibursio Cassio.

El domingo de Pascuas en Tívoli, además de la nota singular de estos campestres visitantes alegres con música triste, se ven por doquier, aquí y acullá, una cantidad innumerable de prelados, fieles representantes de la Iglesia apostólica Romana, como que en esta ciudadela de unos treinta mil habitantes más o menos, se pueden contar unas veinticinco iglesias, que en cualquier gran ciudad sudamericana, podrían catalogarse como dignas catedrales eminentemente artísticas. Van acompañados de monaguillos bendiciendo las casas de familia que así lo requieren, de acuerdo con su profunda fe católica.

Lo mismo hicieron ese día con la casa de la familia donde se albergaba Roberto Mirafiori. La tía Amelia, desde muy temprano no hacía otra cosa que estar encima de su sobrino americano para advertirle que ni faltara a

la hora de la visita del Reverendo cuando subiera a bendecir la casa ni mucho menos pecara en recibir extraordinariamente a sus accidentales amigas romanas que esperaba después de mediodía, quien preconizaba y anhelaba desde ya que si eran mujeres de fe cristiana no tendrían el valor de venir en un día como ese, a hacer una visita arqueológica sobre los monumentos y maravillas de aquella ciudad, para hacerse acompañar por un joven oficial extranjero.

Al tratarse de este día en Tívoli, sagradísimo para la gente en general, porque todo el mundo, poco o mucho, piensa con Dios por sobre todas las cosas de esta moderna y precipitante era de puro materialismo, es muy raro que no se deje sentir por alguna callejuela estrecha y semi-oscura de la antiquísima Tibur del romano fundador ya citado, o de alguna ancha avenida que va a dar sobre el Monte Croce o más allá del gran puente de mampostería antigua del ferrocarril del Estado, antes de penetrar al túnel de la gran montaña que desemboca en la misma estación principal de la ciudad, a unos quinientos metros del famoso puente Gregoriano por sobre el Arno imponente, antes de volcar sus aguas a una profundidad a plomo de ciento veinte metros, con caída y ruido de trueno, la típica música de estos agrestes visitantes lugareños de « extra-portam ».

Esa música triste y extraña, ni siquiera conocida en los pueblos sudamericanos, es una nota peculiar lugareña romana, nota vibrante de canto y poesía pastoral, de acuerdo en todo también con el sentimentalismo melancólico que produce en los seres vivientes en general, pero cristianos y civiles, de corazón y de alma, en el poblado y en la campiña cultivada con esmero, la lobreguez solemne de esta vasta extensión de tierra fuera de los estre-

chos límites de la ciudadela, donde aún se alza majestuoso e incólume el milenario torreón de la defensa de los Hunos invasores del Sacro Solar de Rómulo y Remo.

La nerviosidad y la justificada preocupación de Roberto por recibir obligadamente a sus dos señoras amigas, que días antes había conocido en Roma en la forma ya conocida por nuestros lectores, no fué óbice para poder saborear con éxtasis supremo, del raro cuadro multicolor que la ciudad de Tívoli presentaba a su vista de sudamericano el domingo de Pascuas, empezando por la propia comida a mediodía en casa de sus tíos.

Entre las tantas cosas raras que vió en esa particular y tradicional fiesta del espíritu católico en toda Italia, cada región a su manera, pero con poca variante de la descripta, pues las parejas matrimoniales, con el sombrero formando cono sobre la cabellera negra como azabache, con la gaita por debajo de la manta azul-turquesa del caballo, haciendo apresurar el paso del animal, a lo largo de los paredones de los suburbios también milenarios de vetustísima y enmohecida piedra, enderezando rápidamente al rocinante hacia la primer cantina abierta a su paso.

Si bien es cierto que la tradición en todas las cosas e ideas de la vida civil mundial activa, ha mermado notablemente en su valor moral, efectivo, no ha mermado de ningún modo, en lo más mínimo, en esta descripta región de la campiña romana y sus poblados centrales.

La tradición en todas las manifestaciones más simples de la vida pública y privada de estos lugares, en los alrededores no muy lejanos de la propia fulgurante y gran ciudad de Roma, tiene aún encarnación sublime y sus grandes defensores hasta perder la vida en los más eminentes ciudadanos lugareños.

De cuando en cuando, el domingo de Pascuas en Tívoli, de improviso al pasar tranquilo de un caminante por la simpática pero solitaria callejuela, estalla en un primer o segundo piso, detrás de alguna persiana, o en alguna cantina u hostería, con voz acariciadora y dulce, impregnada de límpidas floraciones del alma, de notas ágiles y agudas, una inmediata evocación de recuerdos sagrados, infinitamente queridos, como la propia vida de uno, ya sepultado a los oídos del peatón oyente; una especie de súbita floración del alma, de dulces encantos del espíritu olvidados en otras grandes ciudades italianas mismas, por los incontenibles avances del progreso humano, en que se ha sustituído la ópera o la música clásica de verdad, por el tango y el *Jaz-Band* compadrón y arrabalero, digna manifestación de la decadencia de la cultura social-humana del momento Universal, haciendo que por un momento vuelva hacia el aletargado espíritu, una inesperada parte de nuestra propia vida y constitución sentimental y romántica, siendo algo así como las fecundas revelaciones del pensamiento ahogadas en el misterio del ser, a causa de no haber oportunidad ni ambiente, para sacarlas y plasmarla a flor de labios con el artificio y el buen decir de la palabra.

¡Pascuas en Tívoli!

¡El padre, la madre, la prole «al completo»!... ¡Ciertas fogatas por la noche, ciertos paisajes de nieve en lo más encumbrado del cercano y divisante Apenino, como la eterna Sierra Nevada de España, ciertas noches frías y ciertos amaneceres rígidos, ciertos días largos y luminosos, y los amigos de la casa y los compañeros de colegio y cientos de saludos afectuosos de conocidos y de verdaderos amigos y parientes!

Esto es Pascuas en Tívoli.

¡Cuánto mundo en pocos minutos de vida! ¡Cuánta vida en la poca sonata de esta música primitiva, grave y enseñante en el sentido moral, viva y ardiente en los trinos de la *Zampogna*!

Y estos músicos celestiales de cada año una vez, siempre tienen apuro y en menos que «canta un gallo», cierran sin más trámite el encanto en el espectador desconocido, apenas visibles a los aviesos ojos humanos, desde algún invisible rincón oscuro de estos pueblos con alma y vida de cosa creada a través de dos o tres mil años. Vanse de nuevo a otro lugar, a alegrar por pocos instantes aunque sea, los oídos disecados de no oir mayores novedades durante la apacible vida de un año de aquel pueblo lugareño, de alguna anciana devota que ya no puede ir ni a misa los domingos.

¡Es que estos flautistas tiburtinos en el día de Pascuas, parecieron tocar música de cielo!

Se van más adelante aún, en alguna callejuela que tiene alguna imagen al aire libre, en el ángulo de alguna esquina, en lo alto de algún antiguo palacio principesco pasado a través de los siglos a manos del pueblo modesto y trabajador.

Con esta música divina, celestial, honran a estas imágenes callejeras, en forma de verdaderas orquestas en las grandes solemnidades religiosas de las más estupendas catedrales del mundo.

Cuando se acercaba la hora de llegar a Tívoli, las accidentales amigas de Roberto Mirafiore, el espíritu de éste, se hallaba completamente bajo la poderosa influencia de estas rarezas de la vida secular de un pueblo civil y culto de la tierra, como es Tívoli para Italia y el mundo entero del turismo.

En una palabra ; se hallaba enteramente romantizado su espíritu de cosas más celestiales y bellas aún, que en el mismo día que en Roma conociera y acompañara a las dos damas de nuestra historia. Aún más ; se sentía como clavado muy en alto por encima de las miserias humanas, no sintiéndose capaz, en adelante, de cometer ningún acto malo, que ante sí mismo rebajara su estado moral de hombre y de militar, y muy especialmente, de hombre civil sudamericano, de lo que era un timbre de honor para él, en tierras tan extrañas y remotas de la Humanidad.

CAPITULO VII

Una vez terminado el sendo y suculento almuerzo de aquel día de domingo de Pascuas, en casa de sus tíos en Tívoli, Roberto Mirafiore tomaron parte en la mesa, conjuntamente con la familia numerosa de la casa, los profesores de la Universidad en que, estudiaban y cursaban el bachillerato los primos del americano, éste, levantándose antes que nadie de la mesa, en que se le seguía haciendo los honores a un lechón y un pavo asado, con interminable vino del llamado *Castelli Romani* especial, se colocó en la vereda del palacio a ver llegar nerviosamente a sus invitadas amigas que días antes había conocido en forma accidental, pero más que amable, en la Roma de los Césares.

La tía Amelia, desde el lado de adentro de la sala, por el balcón, se asomaba a hurtadillas y de tanto en tanto, para prevenir al sobrino de no cometer ningún disparate con sus invitadas a venir a Tívoli, desde Roma, por cuanto ellas eran « gente bien » y que no era posible hacer hablar a la gente, que era un pueblo que todo lo sabía y todo lo comentaba a su placer, lo que era y lo que no era cierto.

— ¡ Ah, eso es lo mismo que en el pueblo en que yo

nací, en América, — respondía con sorna y un tanto chispeado por el buen vinillo, el bueno de Roberto.— ¡ Ven siempre la paja en ojo ajeno y no ven la viga en el de ellos ! ¡ No pierda usted cuidado, tía !

Había momentos en que en el atiborrado cerebro de Roberto, maldecía y execraba en sus adentros aquel encuentro en Roma con las referidas damas italianas, causa de haberle hecho pasar tantas noches de insomnios y tantos incoordinables pensamientos sobre el Bien o sobre el Mal, que el conocimiento de las mismas podrían acarrearle en lo sucesivo, si realmente estrechaba aún más los lazos de aquella cordialísima gentileza demostrada sin ambajes ni medias tintas.

¡ Después el contacto de un hombre por más santo y por más moral que sea, con una mujer hermosísima, aunque la sepa una sierpe, siempre es tentador y de lo más peligroso !

Un buen cuarto de hora más de impaciencia allí fuera de Roberto, una vez de haber abandonado el gran banquete familiar, por primera vez en su vida desde que había llegado a Italia, el pequeño convoy belga, hizo su aparición por la ancha avenida que se enfrenta a la via Garibaldi, para morir a pocos centenares de metros de esa misma aparición.

El corazón de Roberto, indudablemente latía fuertemente, impregnado siempre de sensaciones nobles, pero extrañas.

Por fin la máquina bufante por la empinada altura de la montaña en que regularmente se asienta Tívoli, hizo alto, empezando a bajar todos sus pasajeros provenientes de Roma y poblaciones escalonadas en la línea local de esta compañía belga ferrocarrilera en Italia, desde hace

más de treinta años, marchando a leña, porque por la gran guerra, no se hacía uso, en absoluto, del carbón de piedra, necesitando por tal causa mucho más tiempo para subir el convoy, en forma de « zig - zag » la elevada cuesta de la montaña, una altura tres veces mayor que la del Cerro de Montevideo, en el Uruguay.

Hacía ya algunos segundos que habían bajado casi todos los pasajeros del convoy y las distinguidas damas no se veían aparecer por ningún lado.

La tía Amelia y las demás primas de Roberto, al sentir desde adentro el silbato de llegada del tren y que paraba frente casi a su casa, para bajar sus pasajeros, se hallaban alegre y curiosamente agrupadas en el balcón principal del entresuelo del palacio.

No bien la tía Amelia pronunció con satisfacción estas palabas : « No vienen ; te han engañado », las dos mujeres en traje de viaje, elegantemente ataviadas, aparecieron a la vista de aquella gente, apenas la máquina se movió de su sitio, para tomar el desvío para regresar a Roma poco más tarde.

— ¡ Ahí están ! . . . — fué la exclamación desbordante del oficial americano, que las esperó en traje de particular que aún no había podido ser ni oído ni reconocido por las viajeras de referencia.

Hubo un instante de estupor y de admiración, de silencio y de bochorno para la parentela de Roberto, que preconizaba la no autenticidad moral y social de las accidentales amigas de Roberto, conocidas en Roma, en forma involuntaria, en uno de sus cotidianos viajes, por asuntos de su solicitud ante el Ministerio para ingresar como oficial voluntario en el frente de fuego y acero del Trentino.

— ¡ Ah, pero si son de lo más distinguido y noble que

puede imaginarse en toda Italia! — exclamó entusiasmada una de las muchachas, la mayor de las primas de Roberto. — ¡Qué porte de matrona aristocrática tienen una y otra, a pesar de ser una joven y otra anciana!

Y como la condesa y su compañera estaban ya casi sobre la vereda, la tía Amelia no tuvo más tiempo que decirle al sobrino, que ya lo había creído «un perdido» y un calavera «hecho y derecho», apenas si tuvo tiempo de decirle:

— Llevadlas al café, que después te mando a la gobernanta para que las traiga a casa a la sala para conocerlas y descansar un poco del viaje.

— Sí, tía, pero no hay mucho tiempo que perder, porque a las 16.30 sale el último tren y el tiempo apremia, — respondió Roberto, encaminándose a dar la gentil bienvenida a las distinguidas damas turinesas conocidas en Roma, apenas hacía tres o cuatro días.

CAPITULO VIII

¡Villa d'Este!

Este sólo nombre evoca fácilmente las bellezas idealistas más célebres de esta apartada, como hoy casi solitaria mansión real austriaca, hasta pocos días antes del comienzo de la gran guerra 1914-18, perfectamente habitable aún, por el más linajudo y pomposo Rey del Mundo.

¡Villa d'Este!

La han saludado y cantado los más grandes poetas del 1500 en adelante de toda Italia. Le han dedicado sus más bien sentidas y exquisitas musas, la han saludado con la más viva admiración incondicional y con profundo y sincero entusiasmo juvenil y pasional.

Roberto Mirafiore, después de haberles hecho tomar algún reconfortante en el café cercano a la estación en que bajaron en su encuentro, las dos damas de nuestro conocimiento y llevadas en presencia de su tía y primas, a pocos pasos de este mismo café y confitería, en que, unas y otras, se quedaron encantadas de su trato y exquisito «savoir-faire», abundando los elogios de las damas turinesas para con las bellezas de las primitas del oficial americano, introdujo a las mismas, en el palacio de Villa d'Este, la antigua villa de los nobles de Ferra-

ra, teniendo que abonar una lira de entrada por cada persona, a una pareja de viejitos, que en la puerta de entrada permanecen sentados a la espera de los pocos visitantes que en los días de la guerra iban a ver esta villa de los destronados Ausburgos de Austria, a cargo del gobierno italiano, en aquellos momentos, a raíz y consecuencia de la misma guerra.

Internados nuestros personajes por los salones principales del inmenso gran palacio, después de haber pasado por un gran patio cuadriculado de un cuarto de cuadra por lo menos, una especie de petit « Alhambra » de la Granada morisca, aquello fué para quedarse doblemente más mudo aún, que cuando un extranjero visita por primera vez los frescos del Vaticano y Basílica de San Pedro, por Miguel Angel o Rafael Sanzio.

Pasados al salón - comedor, Fanny, estática de admiración profunda, se acerca aún más a su «cicerone» diciendo:

— ¡ Yo que soy italiana y que amo y vivo para admirar el Arte por el propio Arte en sí, jamás me pude imaginar que en la Villa d'Este en Tívoli, pudiera existir tanto exponente de sabiduría artística y pictórica ! . . .

— Por eso que le dije yo a usted, señora, que valía la pena hacerse un viajecito hasta aquí. ¿ Qué me dice, de este Templo de la Sibila, pintado al óleo, sobre material de relieve, como si se tratara de la autenticidad del mismo templo existente aún en esta ciudad, al borde del precipicio de ciento veinte metros de profundidad que forman las montañas, donde cae la tan célebre cascada tiburtina ?

— ¡ Soberbio ! ¡ Magistral ! — repetía Fanny, cada vez más extasiada y contenta de haber venido a Tívoli aquel día por primera vez en su vida, a igual que la condesa amiga, que de impresionada que estaba no articulaba palabra alguna.

Los magníficos e intactos óleos del gran Cossa, deslumbraron a nuestros tres personajes, en cada una de las habitaciones que iban viendo. Hay quien ha dicho en la propia Italia del Arte Magno, que los óleos de los distintos salones de la Villa d'Este, fué inspiración y obra de Dios mismo, como las que fueron trazadas en el Vaticano y Capilla Sixtina, por los más grandes genios de la época: Rafael y Miguel Angel.

Durante su estada en Tívoli de Roberto Mirafiore, había sido minuciosamente informado por gente seria y preparada en la materia de antigüedades y maravillas romanas, que los fundadores de la Villa d'Este y otros dignos sucesores, a través de los siglos, acogieron en sus habitaciones y en sus extensos jardines estupendos de belleza panorámica, a muchos astros de las musas italianas, el Tasso, etc., entre ellos al científico Volta.

Por por otra parte, se conceptúa en Tívoli, que las almas de los muertos, jamás se hallarían mejor en su eterno descanso, que colocadas en medio de las frondas murmurantes de sus maravillosos arbustos y cipreces, que contiene el interior extensísimo de la Villa d'Este.

A cada paso que se da y se avanza en esta imperial villa de pasados siglos, aún en estado de aristocrática residencia, se siente el alma invadida por un sagrado misticismo de vida o de muerte.

Las plácidas corrientes de aguas por verticales y culebreados y estrechos acueductos, con una vértice que atrae, que subyuga, que marea en forma avasalladora de muerte, arrastrado por una velocidad de zaeta, los jardines profundos, las avenidas estrechas de « zig-zag », hasta llegar a la planicie, en el fondo mismo florido del valle, en la base de la montaña llena de sombras arcaicas y

milenaria como fantasmas colosales, la avenida de las cien fontanas, el órgano hidraúlico, las tupidas madreselvas y glicinas en los elevados y vetustos muros, producen a la vez una sensación de gloria inmensa y de espanto incontenible y desconocido.

Así es que, con el alma llena de recuerdos lejanos de dichas que fueron y que jamás volverán, aumentada la melancolía con la música de cielo de aquellos multicolores campesinos romanos, y el perfume exótico de las flores, Tívoli con su « Cascata » y « Cascatelli », sirviendo su presión potente de fuerza motriz a la luz eléctrica de Roma desde veinte y siete kilómetros de distancia, acogió ese día en su arcaica pero intacta y estupenda Villa d'Este de los nobles de Ferrara en su principio, y de la casa real de Austria en los últimos tiempos, como residencia veraniega en Italia, a aquellos tres dignos como particulares visitantes, como uno de los primeros después de pasado mediodía, sincera y profundamente enamorados del Arte por el propio Arte, incrustado por los siglos de los siglos, para lo eterno de la propia existencia humana, desde que se hizo la luz hasta el día del Juicio Final anunciado, en las paredes de villas, palacios y torres de las más esplendorosas épocas del cristianismo o del paganismo de la Humanidad Romana, exuberantes de genio, de riquezas y de fascinación.

Las almas de los muertos sagrados, jamás se hallarían mejor colocadas que en medio de las frondas de los exuberantes y portentosos cipreces que contiene a cada paso que se da, por todo el vastísimo jardín encantado de fuentes, de lagos y estatuas de mármoles de los más estupendos escultores de la Italia artística en grado superlativo.

Roberto Mirafiore, con su alma de nativo sudamericano, una vez en aquel secular lugar de refinamiento del espíritu más culminante de una época de sueños de gloria de las águilas romanas invencibles de grandeza y poderío, al lado de aquella mujer hermosa como era Fanny, alcanzaba a comprender toda la inmensa quietud silente de aquella tarde, en que, el perfume cargado de las flores de mil plantas diversas, plantadas por la mano de Dios mismo, ora parecía embriagar a su alma de una dicha indecible, jamás sentida en su vida, ora de una profunda e inefable melancolía, que tenía más olor a muerte pálida y olímpica, en medio de una capilla ardiente de incienso y sahumerios de Oriente, colocada en el verdadero trono de Dios, rodeada de Angeles y Vírgenes Celestiales, divinas, que un simple paseo a la vera de una mujer amiga, que una hora más tarde no había de verla para nunca jamás, posiblemente.

Y cuando ya los tres visitantes habían recorrido hasta la última habitación de aquel palacio real, menos las del piso alto, por hallarse cerradas con muebles de sus imperiales dueños guardados, desde que había estallado la gran guerra, Roberto, apenas pisaron la terraza, exclamó:

—¡He aquí, el panorama más estupendo y más hermoso, que yo he podido ver, en toda esta región romana, desde que pisé tierra genovesa, al venir de América! — Y bajando la voz, agregó con tristeza: — Pero...

—¿Pero, qué?... — intercedió rápidamente con curiosidad la bella mujer de su atención particular.

— No se alarme usted tanto, señora Fanny, por ese simple pero... Quiero significar, simplemente tan solo, que el motivo de abandono y de muerte silente que en este momento resuena aquí debajo, a casi mil metros de pro-

fundidad a nuestras plantas, como una enorme catacumba de la romana « Urbe », contrasta perfectamente con la vida activa y fabril de esta ciudadela, con sus costumbres y personajes típicos, que hacen pensar más serenamente aún, en el valor efectivo de esta ficticia vida que soportamos los mortales de las grandes capitales, y especialmente de los que creen haber llegado a la máxima sabiduría humana, allá en el confín occidental sur, de donde provengo en nacimiento pero no en raza.

Fanny fijó su profunda mirada en aquel hombre, que cada vez lo encontraba más digno de su atención preferente, hasta reconcentradamente, de sus simpatías. En ningún momento de su vida pudo creerse, ni remotamente, que un espíritu netamente sudamericano, pudiera hablarle de cosas humanas y filosóficas, en forma sutil, puesto frente a los más grandes y maravillosos monumentos de arte de la época cesárea, por lo que en Italia mismo, se necesitaba una fuerte dosis de cultura y conocimientos generales, vastísimos, para hablar con propiedad y despejo del verdadero sentido de sus creaciones.

Y después de haber andado un poco, siempre en forma extática los tres personajes de nuestro relato, y guardado un indefinido como misterioso silencio, Fanny repuso, casi melancólicamente :

— Es que, querido y buen amigo, este silencio profundo en medio de tanta belleza de Arte y de Natura, llama fuertemente a gritos y con voz fatal al alma humana, de corazón bueno como el suyo, las pompas y las glorias más legítimas idas de la paz de la romana tierra, por varios siglos ha.

Hubo un instante en que, la realidad pasmosa de la estupenda belleza y panorama de la Villa d'Este, en aquel

radiante día de sol y de perfume erótico, que llegaba al fondo mismo del alma, hizo pedantescamente creer a la imaginación calenturienta de Roberto Mirafiore, que su paseo en tal lugar, en aquellos momentos, era una rememoración pálida, pero casi real, de aquellos divinales paseos por el Paraíso y el Infiierno, del Dante con Beatriz.

¡No otra cosa podría haber sugerido a mente superior alguna, que de visu hubiera visto aquel día, andando de aquí para allá, como almas en penas, pero inmortalmente felices, a estos dos héroes de nuestra historia: Fanny y Roberto!

¡Tal era el sentido neto y filosófico de aquel paseo por la Villa d'Este, de los prenombrados personajes!

Y en verdad que tenía sobradísima razón lo que acaba de pronunciar Fanny a su amigo el oficial sudamericano. Es que ante todo muy pocas veces se le había presentado la oportunidad de hablar de las maravillas del antiguo poderío y esplendor romano, y con tanto fervor patriótico; y lo hizo más así por haber tenido la felicidad de hallarse frente a un espíritu selecto en la propia Italia, proveniente de una civilización intercontinental apenas imaginada.

La Villa d'Este, en cada época, en cada estación del año, cuando la primavera pone nuevos bríos en los seculares árboles, elevados y frondosos, floreciendo tímidamente entre tanta verde y exuberante naturaleza, casi de muerte, algunas que otras rosas rozagantes de vívidos coloridos, o cuando con el otoño caen lentamente sus pétalos sobre el espejismo magnífico de las cien fuentes, y toda la gran y señorial villa se halla inundada de rosáceos reflejos por el horizonte muriente lejano, como si realmente fuera un incendio festivo, cuando en los días

caniculares de un verano fuerte y el cielo de un azul purísimo, pareciera grabar con un manto solemne, las cimas excelsas de los árboles milenarios como vidas eternas, y por doquiera se vislumbra la sonrisa acariciante del sol, o cuando en un día de Noviembre, un velo de lluvia continua se pierde entre los senderos, escondiéndose todo a la vista del mundo de las cosas vivas. No sólo el alma de las muertas cosas hablan con voz solemne al espíritu sutil, sino que cada llanto y cada dolor encuentra la voz consoladora que evoca con fervor desesperante y muchas alegrías se entristecen un poco también.

Es que en esa villa imperial tiburtina, como en ninguna otra villa en los alrededores de la estupenda Roma de los tiempos idos y presentes, hace venir espotáneamente a la memoria las imborrables bellezas artísticas de las villas marmóreas de los eminentes patriarcas romanos de la hora de un Adriano o de un Julio César.

Aún permaneciendo sobre aquella elevada terraza, como si fuera el palco oficial del verdadero paraíso terrenal, aquellos tres visitantes de nuestro conocimiento, sin verse ninguna otra alma por ningún otro lado del vastísimo jardín imperial, no extasiándose nunca, ni uno ni otro, de admirar el subyugante panorama de la Naturaleza en flor más culminante de una primavera preliminar en aquella Italia de los divinos cielos azules, las vista abarcaba casi toda la extensa campiña romana que se avista en la lejanía de veinte y siete kilómetros, los propios muros de la Ciudad Eterna, sobresaliendo la cúpula de la Basílica de San Pedro, eregido este templo mayúsculo del catolicísmo universal, en lo apostólico y en lo romano, sobre la parte más alta de la colina Vaticana, de cuya ciudad, por la noche, de los propios suburbios de la ciudad ti-

burtina, desde unos montes de olivares centenarios y de troncos descuartizados y sin por eso dejar de dar sus sazonados frutos, Roberto Mirafiore, había admirado extasiado encenderse las luces de la silente Inmortal Ciudad de las más estupendas Aves-Césares del mundo, desde su fundación hasta el presente, y en aquella tarde casi estival, en que Mirafiore hablaba como el Dante al lado de su Beatriz, en el verdadero Paraíso de la Vida, tratando de dejar en las puertas del Infierno, en el profano discernimiento de aquel monumento del estupendo arte italiano, de su hora medioeval, los seres que en la vida milenaria pasada, no tenían méritos para gozar de aquella gloria, ni pecados que purgar para bajar al lugar del eterno dolor de las almas muertas, se veía el desierto mudo falta de voces de su propia grandeza por los millones de restos de una época gloriosa de Bien o de Mal, que jamás volverá a la paz de la humana tierra civil de ambos mundos del presente; esa campiña romana tan magnífica y maravillosa, aunque lentamente melancólica, en que se asienta para lo eterno, ese esqueleto extenso y carcomido que se llama Aqueducto de Claudio, donde tiene vida y calor cosas agrestes pero civiles de una alta moralidad tradicional, con gestos, actitudes y dichos que parecen Biblias, con ancianos patriarcales al frente de los hogares, como Salomones a cientos, con decisiones respetables y sabias que arden por sus venas como luz emanada del propio Dios, temblando perennemente la tierra pródiga, mientras estos ardores arcaicos, pero luminosos, convulsionan « in-extenso » a los que en el presente de la vida moderna de los pueblos de ambos mundos, no hacen más que comer y engordar, estrechándose el cerebro cada vez más, y nunca pensaron un sólo instante

que la vida es otra cosa más interesante y más bella en la tierra, que lo que ellos realmente creen a pie juntos.

Por fin llegó para Roberto el instante de invitar a las dos damas a que se apoyaran en sus brazos, por cuanto iban a recorrer los jardines de la real villa, bajando por los innumerables « zig - zag » a derecha y a izquierda del soberbio palacio decorado al estilo de un mismísimo trono imperial, lo que no omitieron resistiencia alguna, por considerar el terreno propicio a una mayor seguridad personal.

A medida que iban avanzando terreno por el lado de la derecha, un buen trecho casi sin pronunciar palabra alguna, ninguno de los tres personajes de nuestra historia, hasta llegar a la avenida de las « Cien Fontanas », denotaban cansancio.

— ¿ Es posible, señor Mirafiore, — irrumpió por fin Fanny, como trasoñando en ilusiones de cielo, — que el espectáculo hermosísimo de este antiguo parque real, nos haga pensar de verdad en alguna página de « La Divina Comedia » de nuestro artífice de la palabra más culminante ?

El corazón del pobre Roberto palpitó de gozo al sonido armonioso de esta mágica palabra de mujer en sus oídos. Y se alegraba infinitamente de ella porque en verdad, coincidía con su pensamiento interior desde hacía rato. El lugar romano, el ambiente completamente arcaico y de arte, la mujer eminentemente bella por el cuerpo y el espíritu que llevaba a su lado aquel día, ya hemos dicho, que lo hacía soñar inmodestamente con algún paraje de la gran obra del Dante, donde recorren juntos los buenos y los malos de los que fueron y dejaron de ser en la vida: en el Paraíso y en el Infierno.

— Sí, — continuó él, sin advertir el éxtasis cada vez mayor de la joven viuda. — Es mi mismo pensamiento, desde que pisamos en la villa los tres esta tarde. ¡ Pero no crea que esto quiera decir, que me da derecho todo lo que me rodea y me toca por felicidad, a que me crea un símil del Dante! Pero, en cambio a usted en todo y por todo, a la verdadera Beatriz de tan formidable mentalidad itálica.

— Es usted muy modesto en lo que atañe a su persona, y demasiado adulador para conmigo...

— Digo la más pura verdad, señora Fanny, — repuso con dignidad Roberto. — Créame que no tengo ningún interés en zalamerear a usted inútilmente y además que jamás ha sido mi costumbre. ¡ Puede creerme ciegamente, señora!

Fanny siguió su paso con sus compañeros de excursión por casi todo lo largo de aquella avenida de las cien fuentes, haciendo que no lo miraba a Roberto, mientras éste era todo ojo, observando la menor expresión de su semblante; pero de ninguna manera Fanny se hallaba disgustada.

¡ Desde este punto empezaba el verdadero flirt por parte de él y la verdadera coquetería por parte de ella!

Pero llegó un momento en aquel ir y venir de avenidas y senderos, en camino siempre de ir a parar a la planicie del valle, en el propio fondo del jardín, que Fanny, observando disimuladamente los movimientos de aquél, llegó a pensar que llegaría muy pronto el instante que demostraría que no estaba tratando del todo con un caballero, a causa de que la distancia en que sola marchaba adelante la anciana condesa, pudiera dar motivos al joven militar a que estampara un ósculo a la bella joven viuda, que se hallaba a aquella altura, realmente arro-

lladora, con sus colores rosáceos divinos y su indiferencia picaresca, raramente contenida y disimulada, para hacerse amar aún más, ese misterioso y encantador arte, que ponen todas las mujeres hermosas e intelectuales del mundo, frente a las primeras manifestaciones de Cupido.

Aquella situación no podía seguir más así, y Roberto con una ligereza de zaeta, pero siempre con recato y distinción intentó estampar en las mejillas de Fanny el ósculo revelador de todo aquel fuego del alma, contenido, agigantado por el ambiente y las circunstancies frente a mujer realmente tentadora, por mundos milenarios extraños e insinuantes.

La cosa no pasó más que de intento, porque ella seria, pero sin enojarse ni quedar muy extrañada de aquel paso de Roberto, le puso a tiempo su blanca manecita derecha en la boca, haciéndole caer ruidosamente la galera al suelo, causa de mirar para atrás de inmediato la anciana condesa.

Cuando todo esto sucedió en un santiamén, Fanny observó que el joven sudamericano se había puesto pálido, brillando sus ojos más que nunca desde que lo había visto.

La anciana condesa que se dió vuelta al ruido del rodar de la galera negra dura, a pesar de ver el aplomo de uno y de otro, tuvo la certidumbre de que algo anormal había pasado entre Fanny y Roberto, pero tranquilizada por las palabras de este último dirigidas siempre a su compañera, prosiguió su camino sin preocuparse más nada.

Roberto, mientras, pretendiendo que la condesa lo oyera, seguía repitiendo. — ¡ Maldita rama, esa que me pegó tan fuerte en la galera que casi me la agujerea ! ¡ Es que casi me pega en la cara !

La joven viuda proseguía su camino en dar la vuelta en una espaciosa curva, muy cerca al sendero que se va en dirección a la « Regine delle Fontane » y por el lado muy cerca del gran y artístico órgano hidraúlico, casi sin pronunciar palabra alguna, guardando él también el más profundo silencio, maquinando en sus adentros, si verdaderamente había procedido bien o mal en dar aquel fracasado paso, que fué como una bofetada moral. Pero, en medio de todo, veía y comprendía con harta clarovidencia, que la joven viuda no se hallaba disgustada por tal pretendida acción, sintiéndose un tanto orgulloso de haber triunfado en haberla hecho venir a Tívoli desde Roma ese día, y de tenerla así sola a su lado. a más de treinta pasos de su amiga la condesa, para poder susurrarle al oído lo que quisiera y fuese su pareja amena por aquel jardín imperial.

De pronto se volvió hacia ella y le preguntó un tanto titubeante, como para disimular la impresión que llevaba encima, después de aquel acto y de aquel prolongado silencio :

— ¿ Durante los días que no nos hemos visto en Roma, después del que tuve la gran dicha de conocerla, ha visitado usted muchos monumentos romanos ? ¿ Ha aprovechado usted bien el tiempo, divirtiéndose y disfrutando de su estada en la primer capital del Reino ? Lo que es por mi parte, no me he movido para nada de Tívoli y tan sólo he reiterado mis visitas a este templo del Arte, al de las Sibilas, a la Villa Gregoriana, a la Villa Adriana que encierra gloriosamente esta ciudadela, capaz de inspirar al menos apto en el manejo de la péñola, a escribir algún libro célebre.

— Yo y mi amiga la condesa, lo hemos pasado, como

desde el primer día de nuestra llegada a Roma, bastante bien, — replicó Fanny. — La condesa y yo, después que lo dejamos a usted, hemos empleado el tiempo en visitar detenidamente las Catacumbas, las Termas de Caracalla y el Coliseo. Antes de partir para Torino, porque quién sabe cuando vamos a volver a Roma, por el cariz que está tomando esta guerra espantosa, pensamos visitar especial y solemnemente al Sumo Pontífice, que desde ya hemos solicitado audiencia.

Roberto la miró dulcemente, como complacido por aquellas sencillas y leales confidencias después del incidente del pretendido beso y le dijo:

— ¡Qué buena es su amiga la condesa! — Otra señora no nos dejaría marchar solostanto tiemp o por senderos intrincados como estos. Espero que su alejamiento de nosotros por estos jardines, sea para dar lugar en que yo y usted nos entendamos mejor antes de su partida... ¿No le parece a usted Fanny, que es por eso?...

Estas últimas palabras de Roberto fueron pronunciadas en un tono suavísimo pero insinuante.

— ¡Qué irresistible es usted, — exclamó Fanny.

— ¡Pienso que es así, señora Fanny!...

— No se apresure tanto; espere... que se pierda de vista del todo. Es muy buena, pero no quiero abusar de su confianza y romper el hilo de su estricta moral social. ¡Es toda una gran matrona...! Sepamos contener nuestros impulsos. Mire, ahora que se sentó en aquel banco de piedra, vamos a internarnos en este explanado bosque de encinas y recojamos violetas dobles de ese violetal. ¡Ah, que perfume exquisito! Venga, ayúdeme a juntar.

Y se internaron precipitadamente en un casi tupido bosque de corpulentas encinas seculares, donde en ver-

dad manaban las violetas dobles, como un gran jardín ameno y un invernáculo bien cuidado, exhalando un perfume verdaderamente delicioso, que embriaga sin quererlo de amor al alma.

Al verse así solos, completamente ocultos de la vista de la anciana condesa, que había quedado rendida de cansancio en un banco de piedra a la vera de una avenida en la planicie, que llevaba a los lagos artificiales del fondo de aquella villa, ambos jóvenes sintieron en sus pechos algo incontenible, algo superior y avasallante que pugnaba por salir a flor de labios, como una copa de buen champagne que bulle chorreante cuando uno cree que el recipiente está servido más que por la mitad. Cuando ambos se inclinaron a recoger violetas, como era lógico y humano, la conversación sostenida, que no eran más que sílabas sueltas de tanto en tanto, carecían en absoluto de hilación. De pronto Roberto se acercó a ella para entregarle el primer manojo de violetas juntadas.

Ella se enderezó extendiendo el brazo marfilíneo para tomarlas. El sin entregárselas, con la vista fija en sus dos ojos negros como dos perlas, notó que estaba vencida a sus impulsos. Y sin darle más tiempo a arrepentirse a aquella espera de amor como una estatua de carne muerta por impresiones extrañas de felicidad sin límite en la vida, él estampa un beso formidable en la boca rosa de aquella mujer de sueño, aquella mujer de novela, la que después de saborearlo en forma desfalleciente, exclamó:

—¡Es un verdadero beso de amor!

A pesar de esta sensación de gloria de Fanny, estaba eminentemente excitada por la aceptación lisa y llana de aquel beso de amor dado por un ser sudamericano, que no sabía, si después de ese día de gloria lo iba a ver más.

Roberto estaba próximo a ser aceptado para ir como oficial voluntario al frente en el trentino, donde día a día, la lucha era más cruenta, más sangrienta que nunca. ¿Qué ocurriría después detrás de este beso? Esto era lo que realmente atormentaba a Roberto en aquel formidable instante de su vida, en que por primera vez quizás, en la propia Roma Imperial de los Césares, vivía con el cuerpo y con el alma, una verdadera página de amor, digna de la descripción de una mentalidad descollante del ambiente, consagrado aquel acto por las propias palabras de la protagonista, cuando afirmó después del acto consagrado:

—¡Es un verdadero beso de amor!

¡La emoción de ambos era muy grande!

Después, siguiendo los turistas el curso de los cientos de novedades maravillosas que existen completamente fehacientes en esta villa tiburtina, mandada construir por el célebre cardenal Hipólito d' Este, aquel fausto hijo de Alejandro I y de la pagana y semi-mesalina y envenenadora sutil Lucrecia Borgia, una vez dejada atrás la avenida de las cien fuentes que tiene más de cuatro cuadras de largo, andando por caminitos secretos y misteriosos, en la vibración trepidante de los árboles frondosos y seculares, en el ruido leve de las hojas muertas o caídas, se sintió un suspiro, una delicadísima voz de llanto de paloma herida, una voz de dolor, algo celestial, bajado del propio cielo de la vida humana.

La dama del amor y la poesía, en medio de las ruinas de los pasados tiempos de la más sutil civilización romana, al paso de su cuerpo eontra lo enmarañado del ramaje espinoso y florido, sufrió un leve rozamiento con aparición de sangre sobre su terso cutis de cera relu-

ciente, como la blancura de la propia estatua de la Venus de Milo.

Roberto se apresuró, asustadísimo, a brindarle fino pañuelo y agua cristalina, tomada con la cuenca de su mano del propio petit acueducto de la villa ferraresa.

La rasgadura felizmente no fué nada, y la dama noble y valiente, como las mujeres de espartanos tiempos, expuestas como los hombres de fuertes ideas y de hidalgos temples de aquella misma hora de duras pruebas, más bien sonreía que lloraba, satisfecha de que aquel militar extranjero, hiciera de practicante *ad-hoc*, no pudiendo evitar, mientras duró la cura que le dijera por lo bajo, apenas perceptible:

— Lo mismo hubiera hecho yo con usted si le hubiera pasado lo que a mí...

— ¡ Es un verdadero beso de amor!... — dijo con sorna, sonriente el militar.

— ¡ Pero un beso de amor, que también puede juntarse muy presto con esas livianas hojas secas que ruedan aquí y acullá, según los vientos!... Pero no importa después de ésto que venga la muerte apenas me vea fuera de aquí. — Mi amor es sagrado... — suspiró hondamente de nuevo aquella mujer toda alma, toda sensibilidad. Y agregó:
— ¡ He sufrido tanto en esta vida!...

Y lo dijo con tal tono, que fácilmente Roberto comprendió harto clarividentemente que en aquella frágil y delicada existencia había, un misterio, quizás un drama íntimo, de esos de carácter inconfesables, si no se quiere perder la poca y relativa dicha esperada en este breve paso por la vida de un ser humano, porque son pocos los que saben perdonar errores e irreflexiones de las humanas debilidades, y son muchos los que se gozan con

el dolor y el sufrimiento ajeno, aunque haya sido parte apreciada anteriormente a la manifestación del descrédito.

¡Y cómo no iba a invitar al amor sublime todo lo que tenía vida y calor en aquella villa tiburtina, si la visita de nuestros tres personajes, se había verificado, precisamente, en uno de los días más resplandecientes de la primavera en flor, de aquel año, cuyos días, en épocas milenarias, fueron causa de inspiración sublime, por su cercanía con Roma y por la belleza de la posición topográfica de la ciudad tiburtina, surgieron un día muy cerca de esta Villa d'Este de nuestra historia, la villa de Horacio, de Vopisco, de Varo, de Cassio, de Catullo, etc., etc., que los hijos de esta región cuentan a los turistas, por lo menos, en cuarenta las villas estupendas eregidas en las faldas de las colinas Apeninas, en los alrededores de Tívoli de todos los poetas y artistas famosos de la época cesárea!

Es que Roberto, desde que había llegado a Tívoli, ciudad donde tenía su más querida parentela en toda Italia, cotidianamente, se había hecho conducir por sus primitos estudiantes, nativos del lugar, a todos los más renombrados lugares, donde aún existían muestras evidentísimas de la grandeza artística de los hombres del pasado histórico de la tierra del Lacio, identificándose de tal manera con sus ruinas y vestigios, que después renovaba las visitas solo regresando a casa de sus parientes a altas horas de la noche, todo por el profundo cariño que había tomado a aquellos soberbios lugares milenarios. Había visitado por repetidas ocasiones esta misma Villa d' Este, estando al corriente de todos sus más nimios pormenores, de lo existente y de los que la habi-

taron, como igualmente el Templo de las Sibilas, la cascada y cascateles, la Villa del Papa Gregorio, como su palacio privadado en el centro de la población, sobre la vía Garibaldi, las gradas mandadas construir por el mismo pontífice, en la cuesta de una montaña llamada Monte Croce, para desde allí, admirar la imponencia de la caída de las aguas del Teverone, que forma la solemne cascada, y por fin había hecho varias y determinadas visitas a la soberbia villa del emperador Adriano, con sus muros elevados por cuadras enteras, con su amplia Sala de los Filósofos, con su gran teatro marítimo, con gradas y columnas aún de puro mármol con su subterráneo cuadriculado, donde estampó su firma, nacionalidad y fecha en la pared, al amparo de intemperie alguna, donde alcanzara a ver firmas de personas que habían estado a visitar el milenario lugar arqueológico, hasta del año 1500, construída esta villa sobre la falda de una elevada colina, en la planicie de una montaña, que aún sus ruinas existentes, dan fe de ser el monumento más completo del refinado gusto imperial de aquella época alucinante para la mentalidad supremamente romántica de Roberto Mirafiore, que en medio de todo bendecía a aquella cruentísima guerra europea, por cuanto le brindó la oportunidad única, aunque inesperada, de conocer estos lugares, los más interesantes quizás de toda la península itálica, donde no había tiempo disponible, suficiente, para admirar y describir psicológicamente todas las maravillas romanas de la prehistórica Era.

Es así, pues, que aquella pareja de enamorados, siempre acompañados a una prudente distancia de la condesa Lucía, iban acortando distancia, para llegar de una vez

por todas a la planicie del valle, dejando atrás la avenida de las cien fuentes, la fuente de la Ovada y de Neptuno, que esta última, es la más grande y soberbia, con sus grutas y estatuas de Venus diversas, rodeando a la vasta fuente en forma de media luna con una cascada perenne de más de cinco metros de altura de caída de las aguas por ocho de ancho en su forma de abanico, la Roma antigua en miniatura con fuente y columna obelisco en el centro, al costado izquierdo y apenas bajando los primeros peldaños de la villa, y por último la fuente del órgano hidraúlico que marchaba a gotas de agua, sobre el teclado, que se conceptúa la parte más artística y más soberbia puesta a prueba en el año 1550 por el célebre arquitecto Ligorio, a quien el cardenal d' Este encargó el plano de la famosa villa tiburtina.

¡Era digno de ver como el amor marchaba parejo con el arte, en aquella villa todo luz y todo misterio, en aquel día de nuestros biografiados personajes!...

CAPITULO IX

Fanny, después de la escena del beso, y la ramilla que hiciera sangrar su bello rostro de arcángel, se hallaba sumamente nerviosa. Preveía que alguna cosa incorrecta había hecho frente a su propia conciencia, por el hecho de haber besado gustosa y complaciente, no a un hombre, sino a un « extranjero », que posiblemente no vería más y por el hecho también de que un catedrático de la Universidad de Roma, « La Sapienza », como lo supieron después, que había venido en el mismo vagón con las dos mujeres de nuestra historia, había estado espiando todo lo acontecido entre Fanny y Roberto, escondido detrás de un corpulento árbol, llegado a divisar en esa triste y desgraciada actitud por la propia Fanny; pues privó a Roberto de hacer en adelante más manifestaciones de afecto, accionando.

El al saber ésto y ver aquel hombre simulando pasear por los senderos después de ser descubierto, interrogó ceñudamente a la joven viuda qué significaba la actitud vergonzante de ese hombre y a qué se debía su presencia allí, siguiendo sus pasos.

Fanny, repuso :

— Es un individuo que venía en el tren conmigo desde Roma, que no me sacaba la vista de encina. — Y agregó: ¡Le aseguro a usted que yo no le he dado motivos para que me siga y se interese por mí de esta suerte! ¡Me es un hombre tan antipático!

— ¡Basta el sólo papel desgraciado que estaba haciendo, bichando todos nuestros movimientos, desde el tronco de aquel árbol! — repuso Roberto, mirando para atrás; se entreparó de nuevo para mirar al desconocido espía, dibujándose en su rostro una sonrisa burlona de compasión y desprecio a la vez, exclamando:

— ¡Hombres así, deberían nacer para comadronas de barrios!...

Y mientras la figura extraña del que hiciera tan triste papel, se esfumaba en la curva lejana de un sendero opuesto a la dirección de nuestros tres personajes, estos se aprestaron a estar cuanto antes ante el convoy, que por lo menos, a las dos damas, debía reintegrar a su residencia accidental en Roma.

Eran las cuatro y quince de la tarde cuando, después de tomar un te con leche en el café cercano a la estación del pequeño ferrocarril, se hallaban sentados en el vagón de primera clase, prontos a la salida para Roma. El desgraciado bichón de la Villa d' Este, también iba en el mismo vagón de Fanny y la condesa, en un rincón opuesto, sin sacarles la vista de encima.

Roberto, mientras la demora del tren, firmaba unas postales de recuerdo gratísimo de aquella tarde en Tívoli, que tomando una la anciana condesa para leerla, exclamó:

— Usted dice que no domina bien el italiano, pero creáme que este pensamiento se deja entender perfectamente bien. ¡Oh, el amor cómo hace hablar y se hace enten-

der, en todos los idiomas, sin que se domine el vocabulario y la ortografía!

Roberto y Fanny, sonrieron tristemente.

Llegó el momento en que la máquina hizo oir su estridente pitada.

— Bueno, — dijo rápidamente a Fanny y a la condesa, — me voy a despedir.

— ¡ Cómo !, — respondió la joven viuda como asombrada — ¿ usted no va a venir a acompañarnos a Roma?

— No señora, me es sumamente imposible ... — repuso extrañado de la pregunta el joven militar, — no he prevenido nada en casa de mis tíos, como ustedes comprenderán... Yo me debo a ellos, como si fuera un verdadero hijo. ¡ Además que no hay tren para volver, sino a altas horas de la noche por el ferrocarril del Estado! ¡ Cuánto lo siento! ¡ Será para otra vez!

Y antes de que Fanny pudiera contestar sobre del por qué deseaba que Roberto la acompañara hasta Roma aquel día, éste le dijo:

— ¿Cuándo nos podremos ver en Roma, señora? ¿ Sería tan triste no vernos más después de este día? ¡ Ustedes parten para Torino dentro de quince días y yo, quizás de mañana mismo tenga que marchar al frente!

— ¡ Que sea lo que el destino quiera, — repuso con resignación Fanny! — ¡ Quiera Dios que nos ilumine!

—Siempre que dentro de esos quince días usted viene a Roma, si quiere vernos, — repuso afablemente la condesa, — vaya al café de la vía Veneto en que nos conoció, que nos encontrará infaliblemente a la misma hora de aquella vez; a la una.

— Muy bien, muy buenas tardes, muchísimas gracias por haber venido usted a honrarme con vuestras distin-

guidas presencias y que hagan un feliz viaje de retorno.

El tren partió y Roberto dando vuelta sobre sus talones apenas bajó del coche, empezó a saludar con la mano a la joven viuda, que tenía parte de la cabeza asomada por la ventanilla abierta de su asiento, perdiéndola de vista cuando el convoy bajó la pendiente por la curva de la montaña tiburtina, cubierta de milenarios olivares y de templetes paganos aquí y acullá, dibujando siluetas de gigantescos fantasmas enclavados en las noches sin luna de las almas en penas de los grandes hombres de épocas en que, estas mismos comarcas, veían a cada instante la planta del Divino Rómulo, fundador ineludible de la Roma Eterna.

CAPITULO X

Y cuando entró en casa de sus tíos, Roberto Mirafiore, después de haber acompañado «tan dignamente» a sus dos aristocráticas amigas italianas a la Villa d'Este y despedido en el tren hacía un instante, con una última y lánguida mirada a Fanny, que siguió asomada mirándolo por la ventanilla abierta del vagón del tren liliputiense, que por la curva del «Viale» Casiano, se perdió al fin de vista por la vertiginosa pendiente de la montaña por entre un espeso e intrincado bosque de olivares centenarios, la pobre y buena de su tía, le salió al encuentro mientras subía la escalera del apartamento en que vivían, diciéndole maliciosa, pero sonriente:

—¿Con que salistes con las tuyas, ah, Roberto, pecando en aventurillas de amor en Domingo de Pascuas? ¡Oh, si lo supiera el señor Obispo de la ciudad que nos quiere tanto por nuestra contracción a los preceptos del catolicismo!..—Y haciéndole ademanes, acercándose cada vez más a Roberto, siguió diciendo:—¡Parece que es una aventurilla de amor en toda regla, eh, picarón de sudamericano! ¿Son tan enamorados allá en tierra río-

platense? ¿Es que no hay mujeres bellas como en Italia?

— Sí que las hay tía, y muy buenas y dignas, — arguyó Roberto, bastante contrariado por aquella carga a fondo de su tía buenísima pero impertinente para el caso de que se trataba. — Usted le da demasiado importancia a estas cosas. Para mí no tiene más importancia que la de haber cumplido exquisitamente con una atención de caballero con una dama tan hermosa e inteligente de esta bella Italia del Arte y del Amor Sublime con idealidades de Cielo. Es un caso de fuerza mayor, es un caso de fuerza mayor, completamente ajeno a mi voluntad, — exclamó por último el joven militar sudamericano, queriendo de este modo evitar la notable preocupación que traía después de despedir a sus visitantes amigas accidentales. — ¡ Como Dios sabe la nobleza de mis intenciones en este caso y en todas mis otras cosas de la vida, me sabrá perdonar !

— Te repito Roberto, que aunque a ti te parece una cosa muy lógica y humana lo que has hecho hoy, aquí, en Italia, es una infracción a la moral social, — repuso la tía en tono de amable reconvención. — Y después de una pausa agregó : — ¡ Y gracias que tienen esas señoras presencia de honorabilidad auténtica, cosa difícil de vislumbrarse en mujeres del gran mundo en la época en que vivimos, provenientes de las grandes ciudades italianas ! ¡ Hoy hay muchos parices en Italia !

— Sea lo que quiera, querida tía, y en mucho valor tengo sus palabras sagradas para mí, viéndome así solo en Italia, no estando al tanto y a fondo de vuestras reglas sociales, y tan sólo haciendo prácticas las mías sudamericanas, es lógico que sea tomado por lo que realmente no soy, porque son ustedes que no conocen

a fondo nuestras costumbres y civilización. Si fuera criticar por criticar, de acuerdo cada cual con nuestras civilizaciones, como usted bien lo sabe, en los primeros días de mi llegada a esta casa, me extrañó profundamente, que señoritas bien muy amigas de todas vosotras, las he visto fumar descaradamente como hombres, sin ningún recato ni pudor, dándome una idea bien distinta, por cierto, de lo que es la mujer sudamericana, en estos momentos, apesar de sus mundanas costumbres, que por más defectos que tenga, no ha llegado aún a ese grado de invasión de los fueros y los vicios que hasta ayer han sido exclusivamente inherentes a los hombres.
—¡Ah! pero como no es así, y lo hacen aquí hasta las princesas reales!..

—Lo mismo pienso de esas dos mujeres, tía—exclamó ligeramente Roberto.—En esta vida no hay que prejuzgar según las apariencias o a primera vista las personas o las cosas. El tiempo es el mejor juez sobre un juicio. En Sudamérica hay un refrán brasilero que dice: «tiempo al tiempo y al reloj cuerda».

—¡Pero, esa despedida tan expresiva que le has hecho a tu *amiga Fanny,* en el tren al irse para Roma, me da qué pensar, hijo mío!.. ¡Tú estás enamorado de esa mujer!—siguió repitiendo preocupada como una verdadera madre, la pobre tía, que en el fondo de su corazón, ya veía al buen sobrino extraño a las cosas del medio ambiente envuelto de pie a cabeza en alguna aventurilla de las que cuestan siempre cara al espíritu en un término no muy lejano.

—¿Y es todo eso, lo que la tiene a usted tan preocupada, tía?—le interrogó por último el joven.

—¡Vaya si me tiene preocupada todo ésto que te está

pasando con esas dos señoras! Y después de todo, ¿tú no me has dicho que tienes un semi-compromiso en Sudamérica, antes de partir para la guerra? — interrogó con su curiosidad la pobre y buena tía, tratando de sondear el alma de su sobrino, para evitarle algún triste desengaño, por la propia inexperiencia que tenía del medio ambiente en que actuaba.

El pobre Roberto que también tenía en el fondo de su alma sus dudas y sus tribulaciones terribles referente al conocimiento con aquellas dos damas italianas, para evitar aquel «tête a tête» investigante con su tía, dijo, encaminándose hacia rumbo incierto:

— No piense usted más en este asunto, porque a esa angelical criatura, me parece que le he dado, sin pensarlo, esta misma tarde, el último adiós. Ella parte definitivamente para Torino de un momento a otro, y yo, o parto de una vez por todas al frente para cambatir contra los opresores de la libertad del mundo, o de lo contrario me voy definitivamente para mi América Latina. ¡Hasta luego!

* * *

Y así pasaron las horas del resto de aquel día por las callejuelas de Tívoli, de Roberto Miraflore, el oficial sudamericano. Este ya llevaba en Italia cerca de un mes y medio, y aún el Ministerio de la Guerra no había contestado nada al contenido de su solicitud para ser admitido como oficial voluntario en la guerra. El terrible momento por el que atravesaba toda Italia en los días en que hemos visto a Roberto en estas semi-aventurillas amorosas, tan inesperadas como ajenas a su propia voluntad, a causa del peso y de la gravedad de la guerra misma, en que no se veía por doquiera, más que dolor y

sangre, lágrimas y lamentos, impedía a este hombre divertirse y pasarlo entretenido en una nación de arte y de ensueños como es la península itálica en tiempo de paz. El luto que pesaba sobre las familias de los caídos por la Patria, en las cimas del Carso o en las profundidades del Isonzo, repercutía por sobre toda la vida de la nación, en una forma aplastante y dolorosísima, no viéndose en las grandes ni pequeñas ciudades, ni teatros, ni bailes, ni recepciones, ni comidas, ni nada que valiera la pena, levantar al aplastamiento en general del espíritu, viéndose obligado Roberto, a pensar tan sólo en las resultancias de su solicitud ante el Gobierno Italiano para ser admitido o no como oficial voluntario en el frente de fuego y acero, que a la sazón comandaba el general Luis Cadorna, un mes antes del revés de Caporetto.

Sino hubiera sido en verdad por aquel particular encuentro con aquellas dos desconocidas damas nuestra historia, la vida de Roberto en Tívoli, era de lo más triste y aburrida que pueda imaginarse en una lugareña y casi agreste ciudad de treinta mil habitantes, más o menos, de la campiña romana. Durante el curso del día no hacía más que ver, en sus idas y venidas por las principales calles de la vetusta y antiquísima ciudad, a las mismas caras antipáticas, de todos los días y de todas las horas siempre con curiosidad de aldeanos sobre su llamativa y particular persona, completamente fuera del ambiente, en lo exterior y en lo interno, hasta que a los pocos días de su llegada, pudo apreciar con su poca psicología del ser humano y de la experiencia de la vida, quién hablaba bien y quién hablaba mal de su propia persona inofensiva. Pero después de la visita a la Villa d' Este con las damas que conocen nuestros lectores, a

la media hora del particular suceso, había tenido en la «Ciudad-aldea» resonancias de zaeta. Todo el mundo sabía y contaba el hecho «a piaceri». Roberto sufría horrible e indeciblemente al saber todo ésto. Empezaba a comprender fácilmente, que tocante «al qué dirán» y a meterse en la vida ajena, en Italia como en América se «cocían habas» por partida doble y que la tía tenía mucha razón en sus letanías. El hubiera pagado un maravedí si realmente le hubiera sido posible irse de allí, para siempre, aunque hubiera sido en aereoplano en dirección a cualquier lado, aunque hubiera sido a América.

Habían transcurrido tres días de aquel del último encuentro con las damas de su conocimiento del café de la vía Veneto de Roma. Aquella mañana se hallaba sentado en el cercano café de la casa de sus tíos, en una mesa puesta en la vereda, a eso de las 9 horas, como trasoñando en todo lo que le había acontecido con Fanny, días anteriores y sobre aquella crítica mordaz e hiriente de la gente lugareña.

De pronto, la presencia de un soldado de Carabineros, hizo alto militarmente frente al oficial extranjero, vestido de paisano en ese momento, y llevando la mano al kepi, dijo militar y respetuosamente:

— Señor oficial, de parte del señor Teniente de servicio en el cuartel, dice si tiene la amabilidad de ir a notificarse de una resolución del Ministerio de la Guerra para usted.

— Muy bien, inmediatamente, — respondió súbitamente y poniéndose de pie y en marcha, Roberto, hacia al cuartel del destacamento de las fuerzas de Carabineros, a unos doscientos metros del lugar en que se hallaba en aquel momento.

El apuesto y arrogante oficial de servicio que ya como su Jefe y demás camaradas sabían perfectamente quién era Roberto Mirafiore y qué había venido hacer en Italia, en los instantes de más dura prueba de su vida nacional, desde prehistóricos tiempos, apenas éste pisara el umbral de la mayoría, mandó a sus tres o cuatros subalternos allí presentes cada uno en sus escritorios, con potente y disciplinante voz:

—¡Firmes!

Roberto agradeció emocionado esta deferencia de gentileza militar, por parte de la Guardia Real de Italia, el arma más distinguida y relevante de toda la milicia en general del Reino, y de inmediato, contestó:

—Estoy a sus órdenes, señor Teniente.

El oficial italiano, tomando un legajo de papeles del escritorio de su despacho, se apresuró a decir:

—El Ministerio de la Guerra nos ha remitido un expediente, con desglose de su documentación sudamericana a su favor, para que le notifique personalmente, que el Superior Gobierno no acepta su ofrecimiento de oficial voluntario en la guerra, por no ser oficial de un ejército europeo. — ¿Quiére usted enterarse del decreto y firmar al pie de conformidad? Aquí están sus documentos.

Roberto Mirafiore firmó estupefacto aquella resolución itálica, no sin antes manifestar al oficial notificante que dicha resolución del Gobierno lo tomaba de sorpresa y que si era así, en verdad, había terminado su misión en Italia frente a los deseos de haber tomado parte en la gran guerra, desde su país natal en Sud-America.

—Esto sí, que es el remache — dijo Roberto, tomando posesión de sus papeles. — A un hijo de italianos de padre y madre, no lo aceptan en su categoría de oficial vo-

luntario sudamericano para la guerra, por no ser oficial de un ejército europeo, de acuerdo con lo que establece un relativo decreto. ¿ Y qué decreto es ese ? ¡ Alemania y Austria - Hungría, también pertenecen geográficamente a esa palabra « Europa » ! ¿ Será que yo tenga que ser oficial de algunos de esos ejércitos para ser admitido como tal en el frente italiano ? ¡ Hay cosas que no se explican !

— Nosotros no hacemos más que cumplir disposiciones superiores, señor. — Contestó un poco serio y picado, el oficial italiano.

Y Roberto, como ya comprendía que había dicho bastante, se marchó tras una despedida cordial y ceremoniosa, a lo que el oficial italiano de nuevo mandó un potente: « ¡ Firmes ! ».

Vuelto a casa de su tía el pobre Roberto, más mortificado que contento, no atinó otra solución más viable a su dignidad de oficial americano y de voluntario con un grado a la gran guerra, que regresar cuanto antes a su país.

Su tio, frente a todo ésto, responde :

— Si quieres entrar de carabinero yo te recomiendo al Jefe que es amigo mío.

— ¡ Yo, Carabinero, en Italia ! — respondió casi indignado Roberto. — No he sido guardia civil en mi tierra, menos lo voy hacer aquí.

— Es que tú crees, — respondió con dignidad el tío, — que ser carabinero en Italia es poca cosa. Hay gente de lo mejor, es de lo más respetado y muy bien pago, después de la guerra. ¡ Ganan ocho liras diarias !

— Vuelvo a repetirle tio que para mí no es más que un guardia civil simulado en mi tierra. ¡ Me voy para Sudamérica !

— Eso es muy lindo decirlo sin más trámites, pero quién te da el pasaje — arguyó el tió, un tanto descreído.

— Por vía diplomática vine y por vía diplomática me voy. Y si no me voy a pie aunque sea por encima del oceáno, a nado me voy al Río de la Plata. ¡Ahora no me quedo en Italia ni aunque me hagan general!

El tío comprendiendo que se las tenía que ver con toda una voluntad y dignidad un tanto herida por aquel inconsulto rechazo, dijo por último suspirando:

— Ni tú mismo sabes lo que eres ni lo que vas a hacer. ¡Aquí, en Italia queremos gente de trabajo y no gente de aventuras con condesas y damas de alto vuelto mundano! ¿Es que tú vinistes a la guerra para tener citas con mujeres de alto copete?

— Esas son cuentas mías, querido tío, y los consejos solamente los recibo de mi padre, y eso hasta cierto punto. ¡Sin embargo, me creo todo un hombre de honor!

Al oír aquellas palabras de su tío no pudo menos que contestarle de esta manera, irguiéndose con ojos relampagueantes, pintándose en su rostro una expresión de dignidad y de fiereza, digna de la hombría de bien de que siempre fué poseído en su vida sudamericana. Era la primera vez, desde que había llegado a Italia que hablaba con ese tono a su tío carnal.

— Esto me empuja a que no permanezca un sólo día más en Italia, después de la resolución poco gentil del Ministerio de la Guerra — dijo, dando un puñetazo sobre el respaldo de una silla.

— ¡A mí me causa lástima verte en ese estado de ánimo, muchacho! — respondió por último el tío, fingiendo compasión y dolor a la vez.

— Vuelvo a repetirle que ni a usted ni a nadie le con-

fiero el derecho de entrometerse a prejuzgar mi conducta personal, en lo público y en lo privado, durante mi estada en Italia porque me creo obrar siempre bien y con honor — dijo nuevamente con ardor el joven.

— Lo que es en tocante a eso, — contestó la tía, con bondad y suspirando profundamente, — yo creo que Roberto es exactamente un hombre de honor. Ahora, precisamente, frente a la negativa del Ministerio de la Guerra para ser admitido como oficial voluntario de complemento en el ejército en operaciones, lo mejor que puede hacer es regresar a América como lo ha dicho ya él mismo. El ha cumplido hasta el último punto con la misión de *motu - propio* que lo trajo a Italia. Por lo tanto puede regresar libremente al lugar de partida, sin el menor remordimiento de conciencia de no haber cumplido con su deber. ¡ El también tiene allí una santa madre y una casi novia oficial, que han quedado virtiendo lágrimas a torrente por su irrevocable decisión de venir a la gran guerra mundial, cruzando un mar de sudmarinos que era peor que estar en el frente donde están nuestros hijos . . .

Y al decir ésto, Roberto, levantando significativamente sus ojos hacia la tía, dijo con un profundo suspiro del alma :

— Muchas gracias, tía . . . Son las dos cosas queridas que me hacen llorar interiormente noche y día. Nadie sería capaz de interpretar el triste misterio de mi alma en esta más que dolorosa emergencia de haber venido a Italia, con el sólo y preconcebido propósito de combatir en el frente con el grado que tenía en América ! Es así que para tranquilidad de mi conciencia y la de ustedes mismos, espero salir victorioso de un momen-

to a otro, en el intento de regresar al Río de la Plata cuanto antes, si es posible, con el grato y eterno recuerdo de vuestro recibimiento y vuestros consejos.

Después de esta conversación, todos los participantes en ella, parecieron serenarse los ánimos bajo la impresión segurísima ya, de que Roberto en ese mismo día se pondría en andanza para arreglar sus papeles y pasajes para regresar a América, y para de hecho, olvidar la aventurilla espiritual y aristocrática que había tenido con las damas italianas que ya conocemos, quizás las primeras y las únicas de su vida entera.

Y la armonía y el profundo afecto de parentela cercana de sangre volvió a reinar en aquella casa impregnada de moral y de virtud, como pocos hogares en la propia ola de perversión e inmoralidad que invade también hoy por hoy, a las playas de Sud - América .

En ese mismo día por la tarde Roberto se dirigió a Roma, con el fin ya predicho precedentemente, y cuando en el último tren regresó a Tívoli, al lado de sus tios, hizo irrupción en la sala, muy alegremente con estas palabras:

— Queridos tíos y primos; aprόntense para lavantarse a las seis en el día de mañana.

— ¿ Y por qué ? — contestó apresuradamente ansiosa la tía.

— Porque para mañana la tarde el Ministerio de Relaciones Exteriores me tiene pronto el pasaje marítimo para regresar a América, por intermedio del Comisariado de la Emigración, el Comando Militar de este Distrito el pasaje por ferrocarril a Génova, y el Cónsul de mi país el pasaporte correspondiente para salir de Italia.

— Haber las pruebas de todas esas promesas — repuso el tío, un tanto incrédulo aún.

— Aún no tengo nada en mis manos, pero es tan cierto lo que os digo en este momento, que por la mañana de esta misma noche, apenas el alba, pienso darles a cada uno de ustedes mi beso de partida para mi tierra nativa, quién sabe hasta cuando.

— Yo no lo creo hasta que no lo vea — repuso el tío nuevamente con signo de desconfianza.

—Ya sé que ustedes los italianos son un tanto positivistas y menos ilusos que los sudamericanos y sólo creen en lo que ven, ¡pero valga Dios, si no es cierto que mañana a las 11 y 30 de la noche parto de la estación Termine en Roma para seguir para Génova con destino a Sud - América!

CAPÍTULO X

A las seis de la mañana del día siguiente, conforme lo había prometido solemnemente a tíos y primos la noche antes, Roberto, se hallaba como tabla, con sus balijas prontas en el salón comedor, despertando con sus ruídos y baraunda a todo el mundo en aquella casa.

Mientras el primer tren a Roma se aprestaba a salir de su galpón para alistarse a recibir sus cotidianos pasajeros, empleados y obreros, que trabajan en la Ciudad Eterna y viven en Tívoli, porque es más baratos y más cómoda la vivienda. Roberto fué servido del café con leche y el peculiar pan negro de guerra casero, que le sirviera su tía con gravedad solemne, por la tan inesperada partida a América de aquel sobrino que ya quería como a un propio hijo, a pesar de haber ido a romper en aquella casa el hilo de sus mansas e inofensivas costumbres.

Terminado este desayuno, casi todos, rodeando a Roberto en el mayor mutismo, toda la familia se aprestó a abrazar y besar al pariente con lágrimas y triste efusión, de sentimientos lógicos de una partida tan lejana.

Ya estaba Roberto con el pie en un estribo del coche

cuando ya el convoy se ponía en movimiento, por lo que después de un fuerte abrazo a su tío, apenas tuvo tiempo de decirle:

— Tío, a ver cuando se hace un viajecito a América, para visitar a papá.

— ¡Dile a tu padre que solamente en el cielo nos veremos!... — respondió sentimentalmente, pero un todo secote aquel fuerte y enérgico carácter, como todos los italianos que son eficases directores de hogares modelos y perfectos, como herencia patriarcal inconfundible de los tiempos seculares idos.

Cuando el joven sudamericano tomó asiento del lado de la derecha de una de las ventanillas del vagón, ya en marcha acelerada el tren, aún alcanzó a ver a su tío secándose las gruesas lágrimas de sus párpados, no pudiendo hacer menos él también al poderoso influjo de aquellas palabras recias, pero grandiosas: «Dile a tu padre que solamente en el cielo nos veremos».

A las 7 y 30 Roberto se hallaba en Roma y a las 13 de la tarde tenía ya todo pronto, y tan solo esperaba la salida por la noche, del tren que desde Roma lo llevaría directamente a Génova.

Como a la 13 de la tarde pretendiera despedirse del Ministro de su país, doctor X en el «Excelsior-Hotel» en la via Veneto, y aún éste permaneciera en la mesa almorzando. por lo menos hasta las 14 de la tarde, a Roberto, se le ocurrió entrar al café de enfrente, donde esperaba encontrar y tener noticias precisas de sus distinguidas amigas accidentales de otros días de gloria infinita para él.

Una vez penetrado fuese a sentarse en el mismo lugar en que las conoció por primera vez aquel día tan glo-

rioso para su delicado espíritu, no despertado tan ardiente, hasta hallarse de cuerpo y alma en la Roma Imperial tan mentada en el mundo entero, y por la cual suspiran verla en su pasmosa realidad, los espíritus más selectos y célebres de otros mundos también civiles, pero no tan arcaicos ni tan grandes como este romano.

Cuando alcanzó a ver al mozo que los había servido en aquel día del primer conocimiento con Fanny y la anciana condesa, Roberto lo llamó para preguntarle:

— Diga mozo, ¿usted recuerda quién soy yo, no?

— No tengo bien presente, — repuso él, tratando de hacer memoria.

— Yo soy aquel oficial que hace unos días, estuvo en esta misma mesa con una señora joven y una señora anciana y condesa, que siempre vienen a esta hora en este café, y que paran en el hotel «Flora» aquí cerca, — dijo ampliando su investigación Roberto.

No bien había dicho esto las dos damas buscadas en aquel momento por el militar sudamericano, hicieron irrupción por la puerta que dobla sobre la vía Veneto, con la consiguiente agradable sorpresa del pobre Roberto, que en el fondo de la cuestión espiritual que lo embargaba en aquel momento, hubiera preferido partir para siempre de Roma, sin saber más nada de sus distinguidas amigas de la cita de la Villa d' Este en Tívoli.

Mientras la dulce Fanny se acercaba a la mesa de Roberto, que conjuntamente con la condesa habían alcanzado a divisar la figura de Roberto vestido de particular, como en el día que las acompañó en Tívoli, temblorosa y excitada, él hacía lo posible para que todo lo que había sentido por ella hasta entonces, lo interpretase ella misma fácilmente a primera vista en aquella misma tar-

de y en aquel mismo lugar como la explosión de un momento de pasión sin que en el fondo no hubiese surgido ni una pizca de amor que dejara las cenizas encendidas en el corazón y en el alma a través de las más grandes distancias y de los más largos *tiempos.*

Y cuando Fanny y la condesa llegaron frente a la mesa de Roberto, éste se hallaba de pie, también tembloroso y emocionado, saludándolas muy ceremonioso y cordialmente, ofreciéndoles asientos.

Es casi innecesario describir los momentos de incertidumbre de Roberto al pretender manifestar a Fanny la salida para siempre quizás en su vida de la Roma Imperial de sus amores, en la noche de aquel mismo día, para de Génova embarcarse para la América Latina Sur; momentos indecisos e incoloros en que ambos se mostraban reservados en sus verdaderos impulsos, porque ella también parecía tener sus recatos a través de la serenidad de los días transcurridos no tratados con Roberto, desde los últimos días en que se habían visto en la Villa d' Este, pensando con razón, lo mismo que Roberto en sus adentros, que todo aquello, no podía ser para uno y otro más que un irreflexivo momento de pasión sin el verdadero amor que como sello inmortal hubiera tenido que llevar los dos encuentros habidos anteriormenie. Lo que nos interesa por el momento para darle término rápido y feliz a esta pequeña pero simpática historia de amor fugaz en la Capital del Mundo Latino por un espíritu sudamericano, es saber de cómo se explicará Roberto frente a Fanny de aquel inesperado alejamiento de su lado y de Italia, para siempre.

El para poder hablar a sus anchas de su viaje y partir para América con la seguridad del verdadero enigma

oculto hasta entonces a sus ojos de aquella mujer hermosa, hubiera deseado encontrarse a solas con ella. Las miradas de uno y otro se estuvieron cruzando indagaciones psicológicas, con caras de gravedad y serios durante un largo lapso de tiempo. El estaba simulando una alegría que no era sincera, siendo oprimido por entero por un gran pesar, no sabiendo si partir sin decir nada de partida para América, o decirlo todo, para quedar con su conciencia tranquila ante aquellas dos exquisitas damas italianas. Cuando se saludaron él le mantuvo la mano en la suya, pero sin pronunciar más palabras que las usuales en estos casos de trato con gente de sociedad.

Fué realmente un instante solemne aquel cuando Roberto por último se dispuso a decir la entera verdad de su situación del momento en Italia, aprovechando que la condesa se hallaba distraída, le dijo sencillamente, pero visiblemente emocionado, muy por lo bajo y en sus oídos:

— Esta será, señora amiga mía, mi último día de estada en la Roma Eterna. ¡ Parto para América de retorno en el tren que a las 23 y 30 sale esta noche de la estación Termine para Génova.

Al decir ésto el oficial sudamericano, Fanny cambió súbitamente de color ; con aspecto melancólico y triste hizo con rostro y ojasos negros un gesto de profunda extrañeza, propio de las mujeres infinitamente enamoradas de « su hombre », de ese príncipe azul que llevan en la retina de sus ojos y de su mente inmortales. Después se quedó como petrificada.

— Señora Fanny, — volvió a decir él, acongojado, tomándole una mano que se hallaba tendida sobre la mesita, que retiró de inmediato con dignidad y recato,—ésto es consecuencia de la no aceptación de mis servicios

voluntarios en la guerra por el gobierno italiano. A los tres días de nuestro paseo por la hermosa Villa d' Este, me vino la respuesta en tal sentido del Ministerio de la Guerra. ¿Y si no he de ir al frente como pretendía desde mi tierra americana, qué quiere que me quede a hacer en Italia?

Por toda respuesta, Fanny le hizo una discreta indicación con el índice de su mano derecha diminutamente enguantada y cuajadas de brillantes por encima de la gamuza blanca, como pretendiendo ni que la misma condesa su compañera y amiga se enterara más a fondo de todo lo que Roberto deseaba manifestarle por entero y abiertamente en aquel instante.

La Condesa mientras esto parecía no escuchar lo hablado entre ambos y sólo ponía su atención en las pinturas notables que llenaban las paredes de la tercera salita del referido café aristocrático romano.

Y como tomando una resolución definitiva, Fanny, como lo suelen hacer las mujeres superiores y vivaces por demás en cuestiones del corazón, le dijo a Roberto:

— ¿Tiene usted lápiz y papel?

— ¡Sí, como no! — repuso él entregándole gentilmente con cautela ambas cosas.

Fanny se puso a escribir y sin que aún la anciana condesa se diera cuenta de tal acción de su joven amiga.

Después de unos instantes, de haber escrito una decena de frases con lineamientos magníficos y pensamientos seguros, le entregó al oficial nuevamente papel y lápiz, sin que nadie se diera cuenta del hecho.

Roberto con indiferencia y aparente desinterés lee lo siguiente de aquel papel desdoblado:

«Querido Roberto:

« No siga hablando en este momento, ni una palabra más de nuestro asunto y de su partida de Italia para América, porque no deseo que la condesa se interese demasiado a fondo lo que existe entre nosotros. Además me consta que el gerente de este café es muy observador de los movimientos de las damas que concurren aquí, y no deseo ser espectáculo gratuíto de su curiosidad poco delicada.

« ¿ Será usted tan gentil y bueno de esperarme a las 21 horas de la noche, en la Puerta Pinciana, a la entrada de Villa Borghese ? Bueno si usted acepta ir allí a esperarme sin falta a esa hora, yo concurro y hablaremos a nuestro placer.

« Creo que he simpatizado con usted. Si va hágame tan sólo un asentimiento de cabeza. No hable más una palabra de su viaje a América. ¿ Sabe ?. — *Fanny* ».

Roberto, inmediatamente de leer ésto con un gozo en sus adentros indescriptible, no se hizo rogar para decir que « sí » con un movimiento de cabeza como se lo pedía al pie de la letra su hermosa interlocutora.

Ahora en la demás conversación sostenida indiferentemente con Fanny, uno y otro lo hacían con voz lijeramente temblorosa, y máxime en ella, se advertía una inflexión que Roberto no se daba exacta cuenta, conmoviéndolo profundamente.

Llegó por fin la hora de retirarse de aquel café por obligaciones bien distintas por cierto, y Roberto pudo despedirse de ambas damas, en forma tan sutil y bien hecho, que la señora condesa no se había enterado para nada ni de su partida definitiva para América ni de la cita que Fanny le había dado para las 21 de la noche de aquel mismo día, a cien metros del propio hotel en que se hospedaban.

CAPITULO XI

A esa hora, las 21 de la noche, la Puerta Pinciana de la Villa Borghese, se hallaba tenuamente alumbrada, sin luz eléctrica de mayor potencia, advirtiéndose puerta adentro del extenso y romántico jardín principesco romano, un aspecto lúgubre y de melancolía extrema, esa melancolía que preceden a las soberbias puesta de sol de esta Roma que es milenariamente inmortal por todo lo que en sus muros tiene vida y movimiento, pareciendo más bien el lugar sagrado reservado a la memoria de los muertos, hora en que a sus avenidas y bosques de árboles centenarios penetran las parejas enamoradas hasta lo infinito, sin tener en cuenta para nada el « qué dirán », porque jamás el amor verdadero en cualquer parte del mundo que sea tiene ojos para mirar y oídos para sentir la opinión de los demás sobre sus actos, o las parejas libres del todo sin moral y sin principios de ninguna especie, esas similares « medinettes » parisiense que a toda hora del día y de la noche pululan buscando extranjeros para desplumarlos por las calles y boulevares de la inmensa y populosa « Urbe » Milenaria del Mundo.

A las 21 en punto, apareció por el costado derecho de

la ancha avenida de la via Veneto Fanny, ligera y flexible como una virgen cimbradora, sonriendo apenas perceptible al avistar al sudamericano apostado desde hacía diez minutos en el sagrado sitio de honor marcado por el destino de aquella mujer buena o fatal. El no sabía aún lo que aquella cita significaba en sí ni para él ni para ella; pero lo presentía con la natural intuición que todos los hombres sienten frente a estas clases de aventuras.

Al llegar al lugar de la propia cita ,Fanny, frente al hombre de sus pensamientos, por testigo la lúgubre mu dez de la noche silente y primaveral, y la luna que despuntaba novel por el lado de la Via Appia, más alla del Pincio, fué para ambos el momento más solemne y extraño sentido en todo el curso de aquel casual como particular conocimiento, digno de recordación eterna en la vida de un ser sudamericano, como Roberto Mirafiore, conduciéndola por la Villa Borghese adentro a sentarse sobre en un banco de una ancha y principal avenida de corpulentos cipreces centenarios, en medio de la majestuosa imponencia de la noche y de la soledad del paraje sumamente encantador, capaz de inspirar las más grandes pasiones humanas habidas y por haber del mundo, dignas de ser trasportadas al libro por una mente genial y una mano maestra, entre dos filas de estatuas al completo desnudo de gran arte romano, rodeadas de senderos de flores que con el rocío de la noche, hacían llegar a lo infinito del alma juvenil, las aromas más puras y eróticas de sus perfumadas corolas. Cuando hubieron tomado asiento en un banco de piedra entallada a la antigua, pareciendo de vetusto mármol, él le dijo sencillamente:

— Este pasaje de mi vida en la Roma Imperial de pasados y presentes tiempos, al lado de una mujer hermosa e intelectual como usted podría ser muy bien llevada al lienzo por algún émulo de Rafael o Miguel Angel, o al libro como un Dante o un Gabriel D' Annunzzio.

— ¿ Tan bello lo encuentra usted este paraje ? — respondió ella, sumamente embriagada, como trasoñando por aquella pasión de las mujeres superiores que saben apreciar el valor de una situación de espíritu de un hombre y de un panorama.

— Fanny — dijo él, tomando rápidamente una sus manos entre las suyas, — quizás sea ésta la última vez que nos veamos en la vida. Aunque no tengo motivos mayores para amarla a usted como se suele amar una sola vez en la vida, siento una pena muy honda en la profundidad de mi ser dejar Italia sin haber ido a pelear y Roma, sin haber trabado con usted un más amplio conocimiento en un tiempo indefinido, para tener tiempo y derecho a amarla siempre que así también fuera correspondido. Me enorgullezco partir para mi tierra americana con la conciencia tranquila, de no haber dado lugar durante mi corta estada en Italia, a que nadie, absolutamente nadie tenga que lamentarse una y mil veces de haberme conocido. ¡ Pero, ay de mi ! ahora comprendo que usted con mi ausencia va a sufrir, igualmente que yo. ¿ Por qué me comprometió usted esta noche a una cita tan fuerte, superior a las fuerzas morales de mi espíritu de varon fuerte, frente a las cosas más graves de la vida ?

Ella hizo una pausa haciendo que reinara por sobre toda la gran extensión del parque romano, un silencio de mecrópolis, con las almas de los muertos al borde de las

tumbas, atisbando los suspiros de ambos mortales, como una alta y singular novedad para ellos.

— Divina mujer, — repuso él tomándole ambas manos en la suya. — Yo no soy un aventurero cualquiera del amor a lo Don Juan Tenorio de los españoles. Parto esta noche para América con la seguridad en el alma y en el corazón de que ni en Roma ni en toda Italia está mi felicidad en el amor. Yo tengo un compromiso casi serio en América, y regreso casi en la seguridad de formalizarlo. ¿Porqué engañarla a usted hasta el propio momento de mi eterna partida de estos sagrados como inmortales lugares de los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra?

Fanny oyó todo ésto temblando como una vara verde que daba lástima verla y con un profundo e infinito suspiro del alma repuso:

— ¡ He sufrido tanto esta vida, que aún el destino se ensaña con esta otra terrible prueba ! — Y a guisa de consuelo, agregó: — ¡ Hubiera sido mejor no haberlo conocido aquel día en el café !...

Tan grande era el peso del pensamiento cruento que turbaba a ambos en aquel duro momento de prueba, que Fanny, sin darse cuenta buscó el apoyo de los hombros de Roberto para sollozar en silencio su inmenso y acerbo dolor, que él aferró fuertemente emocionado por temor de que se fuera a desmayar. Roberto jamás pudo imaginarse ni por asomo en su vida que en la Roma de los Césares del mundo iba apuntar en su haber una tan emocionante escena de amor, sin saber a fondo si partía de mujer honesta a carta cabal o de una vampiro arrepentida como Madalegna de sus pecados de a puño.

A la hora en que esta escena tenía lugar en la Villa

Borghese, como ya hemos descripto, la luz del parque ardía muy tenuemente que apenas quince pasos de distancia de ambos, no se veía inteligiblemente más nada.

Un Mercurio al completo desnudo los miraba ceñudamente de frente como un guardián impertinente. El perfume de los lirios y glicinas embalsamaban aún más románticamente el ambiente en que se hallaban sentados semi-inconcientes en sus acciones. Roberto sugestivamente murmuró una frase de admiración por aquella ves tal semi-muerta en sus brazos prosaicos de rural sudamericano y estampó un ósculo de veneración y respeto en la frente pálida y más muerta que viva de Fanny.

Después de un instante de extásis y de indecisión, entre el espíritu y la carne, entre la lucha del cerebro con los violentos impulsos del corazón, Roberto se entreparó, mirándola fijo a los ojos.

— ¡ Fanny ! — exclamó él extendiéndole la mano para que se apoyara en ella para levantarse. Venga conmigo; apartémonos de este lugar de compromiso moral de nuestras invencibles almas espirituales. Quiero reintegrarla a usted a su hotel a su compañera la anciana condesa, en la completa seguridad que me sabrá perdonar todo lo inconveniente que ha tenido entre ambos este tan inolvidable nuestro en la Roma Eterna.

— ¿ Pero se va usted de verdad para siempre a Sud-América ?, — preguntó ella con los ojos aún llorosos y sin poder contener el inmenso dolor que la embargaba.

— Sí, irremediablemente esta noche a las 23 y 30, salgo de la estación Termine para Génova, — contestó él, disimulando también su profunda turbación.

Había comprendido que aquella mujer era honesta, que tenía alma y que lo amaba.

—¿Y durante tu corta o larga ausencia fuera de Italia, me amará usted, aunque sea en el recuerdo de las horas sublimes que hemos pasado en la Roma de los Papas y de los Césares del Mundo?, —volvió a interrogar ella riendo ya que su batalla del corazón estaba perdida a los ojos y sentido de aquel hombre.

—Amarla no, recordarla sí, con inmenso afecto tanto que será una página vivida de la historia de mi rural vida ríoplatense, capaz de llevarla al libro algún día, si las fuerzas intelectivas me ayudan y usted tendría el consuelo de un alma amiga lejana que ha sabido recoger sus lágrimas dolientes de hermosa mujer itálica, con aquel cuidado microscópico de un artífice florentino al burilar sus madoninas afiligranadas en los jarrones miniados de Sevres.

—¡Oh, corazón de amigo noble y grande! —exclamó Fanny. Y agregó: —Amo más sus virtudes de hombre que lo que realmente usted tiene en sí de hombre.

Una vez en la Puerta Pinciana, casi frente a su hotel Fanny, repuso temblando por última vez:

—Hasta aquí nomás teniente, porque temo que me vean desde el hotel a estas horas, con un hombre salir del parque.

Roberto le estrechó fuertemente las dos manos, besando con unción extrema por último la derecha, por repetidas veces, repitiendo:

—Adiós estrella radiante de la espiritualidad romana, hermana de las vestales púdicas de imperiales y milenarios tiempos. ¡No solamente se goza en la vida con la posesión por entero de la carne bella que se adora en la mujer, sino por lo de principesco que contiene el espíritu humano, propicio a las grandes consecuencias

morales de los hombres, que es la esencia suprema y la base sólida de las sociedades humanas de todos los tiempos idos y presentes.

Uno y otro se alejaron, sin mirarse una sola vez más. ¡Las despedidas definitivas de seres apreciados por cierto valor moral, son siempre crueles a los sentidos y mejor es no mirar más para atrás.

Una vez en el tren Roberto, aquella noche, rumbo a Sud-América, para no volver a la Roma de los Césares quizás hasta cuando, donde había vivido horas de intensas sensaciones extrañas a su propio ser con sus invisibles visiones y violetas, perfumadas y eróticas, no hizo otra cosa que pensar perennemente que en algún día de su vida sudamericana, temprano o tarde de su regreso, podría muy bien y con honor hacer conocer públicamente en un libro, la triste pero intensa y bien vivida historia real y positiva, palpada en la propia Roma Imperial del Mundo latino, agradeciendo al Dios de la Guerra, el haberle dado a cambio de su buena intención para Italia en pro de su libertad mancillada, la feliz oportunidad de una no muy vulgar aventura, si no del todo de amor, por lo menos de máxima moral y espiritualidad, fuera de nivel común del momento morboso y amoral de las gentes de la era presente, digno de figurar en los anales de épocas remotas, pero románticas y caballerescas de los sentimientos humanos, en todos los terrenos de las debilidades y pasiones indómitas de la vida.

FIN

